

PETER FUNKE

# Atenas Clásica

*Atenas en la época clásica es, sin duda, uno de los referentes fundamentales para comprender las formas políticas, artísticas y filosóficas de la cultura occidental. Desde los cambios políticos que inauguran las reformas democráticas de Clístenes hasta la época de esplendor en tiempos de Pericles. Entre guerras y paces, amenazas externas y luchas internas, Atenas fue la «escuela de Grecia», conformando un periodo básico del mundo antiguo y de la historia de la humanidad.*



Peter Funke es profesor de Historia Antigua en la Westfälische Wilhelms Universität de Münster y director del Seminario de Historia Antigua y del Instituto de Epigrafía de su Universidad; SU PRINCIPAL ÁMBITO DE INVESTIGACIÓN LO CONSTITUYEN LA HISTORIA DE ATENAS Y EL MUNDO DE LAS CIUDADES-ESTADO GRIEGAS.

PETER FUNKE  
**ATENAS CLÁSICA**

**ACENTO**

Colección coordinada por Javier Rambaud

Diseño: Pablo Núñez

Imagen de cubierta: Sonsoles Prada

Título original: *Athen in klassischer Zeit* Traducción: Rosa Pilar Blanco

© C. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung (Oscar Beck), Munich, 1999 © Acento Editorial, 2001

Joaquín Turina, 39 - 28044 Madrid

Comercializa: CESMA, SA - Aguacate, 43 - 28044 Madrid

ISBN 84-483-0582-5

Depósito legal: M-5374-2001

Preimpresión: Grafilia, SL

Impreso en España / *Printed in Spain*

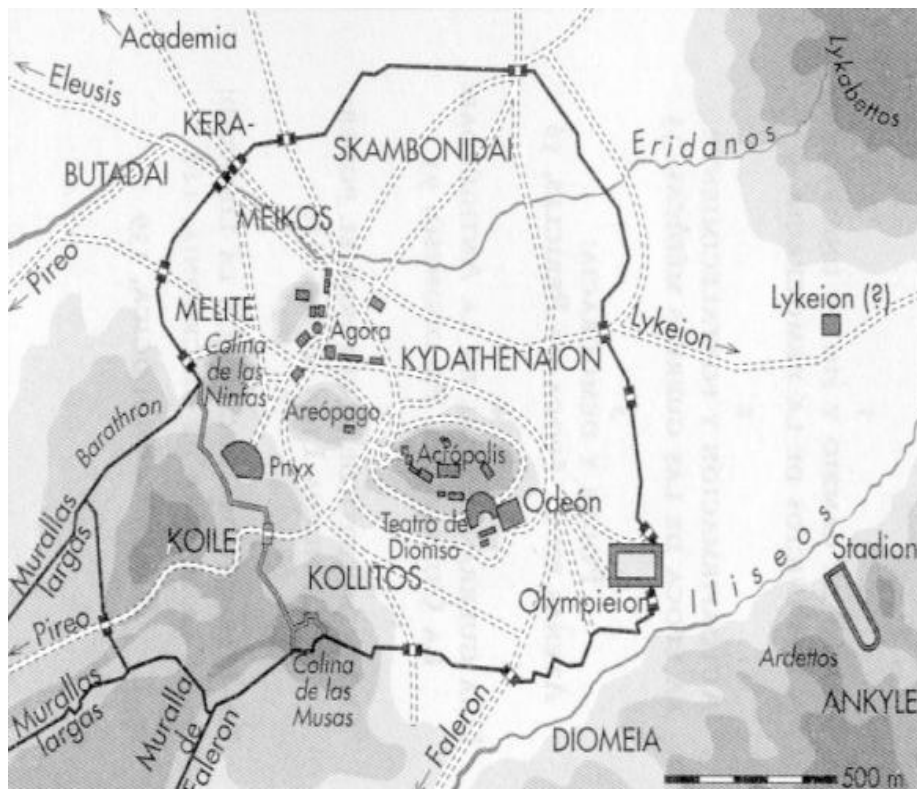
Huertas Industrias Gráficas, SA

Camino Viejo de Getafe, 55 - Fuenlabrada (Madrid)

*Para Mary*

## CONTENIDO

- 1  
TIEMPO DE CAMBIO Y FIN DE UNA ÉPOCA: LOS INICIOS DE LA DEMOCRACIA
- 2  
AUTOAFIRMACIÓN Y FORTALECIMIENTO: LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS MÉDICAS
- 3  
PODER Y DEMOCRACIA: ATENAS EN LA ÉPOCA DE PERICLES
- 4  
UNA GUERRA MUNDIAL EN LA ANTIGÜEDAD: LA GUERRA DEL PELOPONESO
- 5  
OTRO INTENTO DE RECUPERAR EL PODER: LA NUEVA LIGA NAVAL
- 6  
LA INFRUCTUOSA LUCHA POR LA LIBERTAD:  
  
A LA SOMBRA DE MACEDONIA  
TABLA CRONOLÓGICA



La ciudad de Atenas

TIEMPO DE CAMBIO Y FIN DE UNA ÉPOCA:  
LOS INICIOS DE LA DEMOCRACIA

El acontecimiento que se vivió el año 508 a. C. en las colinas de la Acrópolis fue realmente insólito: una masa enfurecida de atenienses asedió la fortaleza tras cuyos muros se habían atrincherado Iságoras, el supremo mandatario de Atenas, y el rey Cleomenes I de Esparta con algunos cientos de partidarios y soldados espartanos. Al tercer día, los asediados tuvieron que darse por vencidos. A los espartanos se les permitió marchar libremente, y el mismo Iságoras logró huir sin ser descubierto, entre las tropas en retirada; sus seguidores, sin embargo, fueron detenidos y ejecutados.

Las guerras civiles y las intervenciones militares extranjeras no eran precisamente infrecuentes en el mundo político griego de entonces; estaban incluso a la orden del día, aunque era un hecho más bien insólito que una movilización desordenada de ciudadanos atenienses fuese capaz de poner de rodillas a un rey de Esparta. Pero lo sucedido en este caso era especial porque precisamente ese rey, Cleomenes, había asediado la Acrópolis poco tiempo antes —el año 510 a. C.— al frente de un gran grupo de espartanos, contribuyendo de manera decisiva al derrocamiento de los tiranos atenienses, que se habían hecho fuertes allí. Destacadas familias de la nobleza ateniense, sobre todo los Alcmeónidas, al ser enviadas al exilio se dedicaron a activar la caída de los Pisistrátidas, que habían gobernado Atenas como tiranos durante más de una generación. Pero como sus fuerzas eran insuficientes, los Alcmeónidas no vacilaron en sobornar al oráculo de Delfos para atraer a su bando a los espartanos, contrarios a la tiranía.

A decir verdad, a los espartanos no les compensó este compromiso. Y ahora, en el año 508 a. C. —tras una segunda intervención en los conflictos internos de Atenas—, se encontraban de sopetón en el papel de asediados. El rey Cleomenes, mientras desalojaba la Acrópolis con sus soldados y se retiraba a Esparta, debió de recordar la expulsión de los tiranos que él mismo había forzado. El duro proceder contra su compatriota Iságoras y contra los espartanos, de unos atenienses que poco antes les habían apoyado para derrocar a la tiranía, marca un punto de inflexión en la historia de Atenas que solo puede entenderse lanzando una mirada retrospectiva a la época precedente.

*El siglo VI a. C.: una historia preliminar*

Tras la expulsión de los tiranos, Atenas corría el riesgo de caer de nuevo en la vorágine de las luchas de la nobleza por el poder, que a finales del siglo VII y principios del VI amenazaban con romper la unidad y que, finalmente, llevaron a la palestra al político Solón. Profundos cambios sociales y económicos habían dislocado el orden político, y no solo en Atenas. El rápido y creciente empobrecimiento del campesinado, y la demanda de una mayor participación en las decisiones políticas de grupos no pertenecientes a la nobleza que habían alcanzado una nueva riqueza, aumentaron el clamor en pro de una profunda reforma política y social.

Y en esta coyuntura fue elegido arconte Solón, en el 594 a. C., encomendándosele la tarea de salvar el abismo creciente entre los grupos sociales dentro de la polis y reequilibrar el tejido del estado ateniense. A la situación de desorden de Atenas, la *dysnomía*, Solón opuso el ideal de la *eunomía*. Bajo ese nombre aludía a un orden que tuviera en cuenta el cambio social y económico en Atenas y lograrse una nueva distribución de los derechos políticos y obligaciones dentro de la ciudadanía. La norma para participar en los procesos de decisión públicos pasó a ser el patrimonio de cada ciudadano y no su origen. En lo sucesivo, los derechos políticos del individuo ya no se

basarían en las raíces familiares, sino en su adscripción a una de las cuatro clases patrimoniales, escalonadas según el capital, en las que Solón dividió a la ciudadanía ateniense.

Todo esto tenía aún poco que ver con la democracia, aunque dos siglos más tarde Solón fuera considerado su fundador a los ojos de los atenienses. Lo que a Solón realmente le interesaba era desmontar los privilegios heredados de las antiguas familias nobles y pasar a un derecho de cooperación más amplio, pero escalonado, de la ciudadanía ateniense. La asamblea del pueblo (*ekklesia*) y el tribunal del pueblo (*heliaia*) estaban abiertos a todos los ciudadanos, pero el desempeño de cargos públicos y seguramente también la elección como miembro del recién creado consejo, para el que todos los años se elegían a 400 ciudadanos, quedaron vinculados a determinados ingresos mínimos.

En realidad, se aplicaron en el ámbito político los mismos principios que ya regían en la organización militar ateniense, donde cada ciudadano era llamado a filas según sus ingresos: ahora se asignaron los derechos políticos del mismo modo. La idea básica era conseguir una nueva unión para constituir el estado y la organización militar, vinculando de ese modo más estrechamente al conjunto de los ciudadanos a las responsabilidades en favor del estado (*polis*) y fortaleciendo la cohesión de la ciudadanía por encima de cualquier contradicción. Los estrechos lazos entre situación patrimonial, obligaciones militares y derechos políticos de un ciudadano se reflejan en los nombres de las cuatro clases patrimoniales de Solón, que originalmente se diferenciaban entre sí por el rendimiento de la cosecha (computado en «medimnoi», es decir, en fanegas de 52,5 l. cada una), y más tarde según los ingresos en dinero: *Pentakosiomédimnoi* («de quinientas fanegas» / más de 500 fanegas), *Hippeís* («jinetes» en el ejército / más de 300 fanegas), *Zeugítai* («soldados de tropa» / más de 200 fanegas) y *Thétes* («jornaleros» / menos de 200 fanegas).

Esta nueva división «timocrática» de la ciudadanía ateniense (es decir, que vinculaba las posibilidades de participación política a la situación patrimonial) fue el núcleo de un amplio programa de reformas. Solón respondió a la opresiva situación de necesidad económica y social de Atenas cancelando todas las deudas hipotecarias (*seisáchtheia* / «liberación de cargas») y prohibiendo vender como esclavos a los deudores incapaces de pagar. Al mismo tiempo, estas intervenciones sirvieron como medidas de apoyo para una amplia labor de carácter legislativo que repercutió en casi todos los ámbitos vitales privados y públicos de los atenienses. Aunque muchas cosas se regularon de nuevo, algunas siguieron igual o fueron adaptadas a la nueva situación. El hecho de que las leyes de Solón se fijaran por escrito y las tablas escritas con los textos de la ley se expusieran en público fue un factor decisivo. Con ello la nueva jurisprudencia se sustraía a la arbitraria intervención de la justicia oral y se tornaba comprensible, disponible e incluso reclamable judicialmente para cualquier ciudadano. La publicación de las bases jurídicas de la polis se convirtió en la expresión visible de un nuevo orden estatal que pretendía desvincularse de la poderosa vinculación a la política de las familias nobles dirigentes y fomentar la participación directa de cada ciudadano en la polis.

Es verdad que, a corto plazo, la aplicación de los principios timocráticos apenas provocó cambios en las capas políticas dirigentes: los miembros de las dos clases patrimoniales superiores, las más influyentes, siguieron identificándose con los miembros de las viejas y poderosas familias nobles. Pero a largo plazo la situación cambió. Los cargos políticos empezaron a estar abiertos también a ciudadanos no nobles, siempre que dispusiesen de los ingresos exigidos; pero lo que la reglamentación de Solón había logrado, sobre todo, era despertar la autoconciencia ciudadana de los

atenienses. La paulatina disolución del viejo entramado de relaciones y vinculaciones debilitó la posición de la nobleza, forzándola a nuevas formas de compromiso político.

Por esa razón, el camino iniciado por Solón no halló en todas partes la aceptación que hubiera sido necesaria para estabilizar la situación de manera duradera. Las rivalidades entre las casas nobles estallaron de nuevo. Las luchas por el poder y por influir en la polis cobraron incluso mayor dureza, ya que ahora también hacían valer sus derechos recién adquiridos aquellos que hasta entonces habían estado excluidos de las decisiones políticas. En la primera mitad del siglo VI, Atenas corría peligro de hundirse en el caos y en la anarquía debido a las disputas por la dirección de la polis.

Esta confrontación política solo concluyó después de que, en el 546 a. C., el ateniense Pisístrato —tras varias intentonas— consiguiera establecerse en Atenas como tirano. Tras décadas de encarnizadas luchas partidistas, se desembocó entonces en una tiranía, precisamente la forma de dominio que Solón había intentado erradicar con sus reformas. Pero, paradójicamente, fue la tiranía de Pisístrato y de su familia la que contribuiría en última instancia a fortalecer el orden de Solón. Para afirmar su poder frente al resto de la nobleza, Pisístrato no solo apostó por el apoyo de tiranos extranjeros y de tropas de mercenarios, sino que buscó también en Atenas el apoyo de otros grupos de población al margen de su propia y reducida clientela. Para neutralizar el afán de poder de sus rivales políticos, Pisístrato necesitaba numerosos seguidores. Y los encontró sobre todo en los círculos cuyas esperanzas en las reformas solónicas se habían visto defraudadas por las posteriores guerras de la nobleza. Es verdad que Pisístrato no les ofreció una mayor participación en el poder político, que de hecho concentró en sus manos, pero al menos, desde el punto de vista formal, dejó intactas las medidas de Solón, pues le resultaban utilísimas para contener la molesta competencia de los nobles. Atenerse al marco institucional fijado por Solón limitaba sobremanera las ambiciones políticas de algunos aristócratas, sobre todo mientras el tirano ejerciera una influencia determinante en el nombramiento de los cargos políticos. Los viejos mecanismos de poder fueron derogados, y a los nobles no les quedó más que una salida: o llegar a un acuerdo con la familia del tirano gobernante, o el exilio.

Al principio, los demás ciudadanos aceptaron su incapacitación política, ya que con la tiranía al menos había concluido la desdichada colisión entre las facciones de la nobleza. Por otra parte, hubo muchos que se beneficiaron del auge económico de Atenas. El comercio, la artesanía y la industria florecieron; además del vino y del aceite de oliva, los recipientes de cerámica de todo tipo se convirtieron en un gran éxito de exportación. Mediante la aplicación de técnicas innovadoras en la fabricación y diseño, los atenienses consiguieron calidades no alcanzadas hasta entonces en la producción de cerámica (desarrollo de la pintura de vasos de figuras rojas) y fueron expulsando paulatinamente del mercado en toda la zona mediterránea a sus competidores, como, por ejemplo, los corintios. Este fortalecimiento económico se debía en gran medida a la paz interna de la polis y a una hábil política económica de los Pisistrátidas, que retomó y continuó algunas de las medidas puestas en marcha por Solón.

Y también las medidas de los Pisistrátidas que tenían por objeto fortalecer el sentimiento de unidad de los ciudadanos atenienses enlazaban con las de Solón. Con ello se crearía un contrapeso a las casas nobles, atenuando sus posibilidades de influencia política. Pero mientras que, para Solón, la redistribución del poder político entre la ciudadanía figuraba en primer plano, para los tiranos la integración de cada ciudadano en la polis servía exclusivamente para preservar su propio poder. Todo lo que menoscabase su predominio político debía quedar excluido.

En consecuencia, los tiranos dirigieron las posibilidades de desarrollo de los atenienses a ámbitos alejados de la política, que sin embargo también servían para



fortalecer la cohesión interna de toda la polis. Los Pisistrátidas, por ejemplo, fomentaron el resurgir de cultos y festividades religiosas a las que estaban vinculados todos los ciudadanos. Las Panateneas en honor de la diosa de la ciudad, Atenea, y las Dionisíacas se convirtieron, con sus competiciones artísticas y deportivas, en los puntos culminantes de las festividades anuales de los atenienses. El costoso realce de las celebraciones iba acompañado de medidas constructoras en unas dimensiones desconocidas hasta entonces. En la Acrópolis se erigió un templo en honor de Atenea, más tarde destruido por los persas y nunca reconstruido, y al sureste de la ciudad se comenzó la construcción del Olympieion, un templo de enormes dimensiones dedicado a Zeus olímpico. Se inició la construcción de un sistema de abastecimiento de agua con hermosas fuentes y una amplia canalización, y en el terreno situado al norte del Areópago se habilitó una zona generosamente planificada con los primeros edificios para una nueva *agorá*, la plaza pública de reunión y mercado. Los tiranos, deliberadamente, configuraron la ciudad de Atenas como centro religioso y urbano y como nuevo centro de todo el Ática, para ofrecer a los ciudadanos un punto de referencia nuevo y esencial por encima de cualquier vínculo local. Símbolo de este objetivo fue la erección del altar de los doce dioses en el agora, considerado centro de toda la polis, y a partir del cual se midieron desde entonces todas las distancias del Ática. La imagen de la ciudad tenía que ser un signo visible de esplendor del dominio de los tiranos y una prueba de su poder hacia el exterior.

Con esta política, que renunció al terror y a la violencia, los Pisistrátidas se aseguraron el apoyo de amplias capas de la población no noble de Atenas. Este apoyo, sin embargo, no implicaba en modo alguno una ciega lealtad al tirano. Para muchos, la autocracia del tirano era solo un mal menor en comparación con las vicisitudes de las luchas partidistas aristocráticas de tiempos pasados. Así pues, al principio se sometieron al poder pisistrátida, toda vez que este al menos dejaba intactos los ingredientes fundamentales de la organización de Solón; pero a la larga se negaron a aceptar sin más la falta de toda intervención en las decisiones políticas. Los propios Pisistrátidas contribuyeron decisivamente a ello con su política; y el creciente bienestar hizo el resto. El abandono por parte de los ciudadanos de su vinculación política a casas nobles concretas y su orientación hacia el estado ateniense fortalecieron la autoconciencia cívica, sobre todo entre las capas más acomodadas. Pero era una mera cuestión de tiempo, y sobre todo de oportunidad, que estos grupos se negaran a seguir renunciando a su participación política en la polis.

Tras la muerte de Pisístrato en el 528-527 antes de C., el poder pasó a sus hijos, al principio sin fricciones. Pero el año 514 a. C. la situación dio un giro radical cuando dos atenienses, Harmodio y Aristogitón, en un acto de venganza por cuestiones personales, asesinaron al pisistrátida Hiparco. Su hermano Hippias, que sobrevivió al atentado, endureció el régimen tiránico, aumentando con ello la oposición de los atenienses. Ahora ya no eran solamente los nobles opuestos a los Pisistrátidas, sino también amplios sectores de las clases acomodadas no nobles quienes deseaban el final de la tiranía. Sin embargo, los atenienses no podían derrocar la tiranía con sus propias fuerzas. La liberación vino de fuera, en el 510 a. C, cuando soldados espartanos al mando del rey Cleomenes I entraron en Atenas, obligando a Hippias a abandonar la ciudad.

#### *Clístenes: un nuevo comienzo político*

Todos los atenienses coincidían en su oposición a la tiranía, pero sus ideas sobre la reorganización política eran muy diferentes y, tras la caída de la tiranía, se suscitaron

intensas disputas. Un sector de la nobleza esperaba recuperar su antigua hegemonía. El año 508 a. C. consiguieron que un representante suyo, Iságoras, accediera al cargo supremo de arconte. Con su ayuda pretendían incluso derogar el orden establecido por Solón y entregar el poder político a un consejo nobiliario de 300 miembros.

El rival de Iságoras era Clístenes, de la estirpe de los Alcmeónidas. Al igual que Iságoras, también él aspiraba al poder. En los años precedentes había sido el auténtico instigador de la lucha contra la tiranía de Hipias, y era él quien había sobornado a los sacerdotes de Delfos para que indujeran a los espartanos a intervenir en Atenas. Mientras que Iságoras pretendía hacer retroceder de nuevo a Atenas a la época del poder aristocrático de viejo cuño, Clístenes se había dado cuenta de que girar la rueda hacia atrás era imposible. Si la tiranía había quedado definitivamente desacreditada, las antiguas formas de poder, reservadas en exclusiva a las antiguas casas nobles, habían quedado asimismo obsoletas. La tiranía había transformado irremisiblemente las condiciones marco de la actuación política. Durante casi medio siglo, los Pisistrátidas habían privado de influencia política a las familias nobles dirigentes de Atenas impidiendo cualquier actuación política autónoma. Y esto había supuesto destruir durante mucho tiempo los vínculos tradicionales entre la nobleza y el resto de la población, arruinando la práctica de los modelos de conducta políticos tradicionales.

De hecho, las consecuencias de esta política de los Pisistrátidas no respondían en absoluto a sus auténticas intenciones. Lo que solo debía haber servido para la propia conservación del poder acabó ejerciendo una influencia decisiva para allanar el camino a las exigencias de la ciudadanía de reorganizar los procesos de decisión política. Clístenes asumió estas demandas y propagó la idea de una amplia reestructuración de la liga de los ciudadanos atenienses que garantizaría a todos una participación en la política lo más directa posible. Y, con certero olfato para captar el transformado clima político de Atenas, consiguió de ese modo granjearse el apoyo de amplias capas de la población en el enfrentamiento con Iságoras por la dirección política de Atenas.

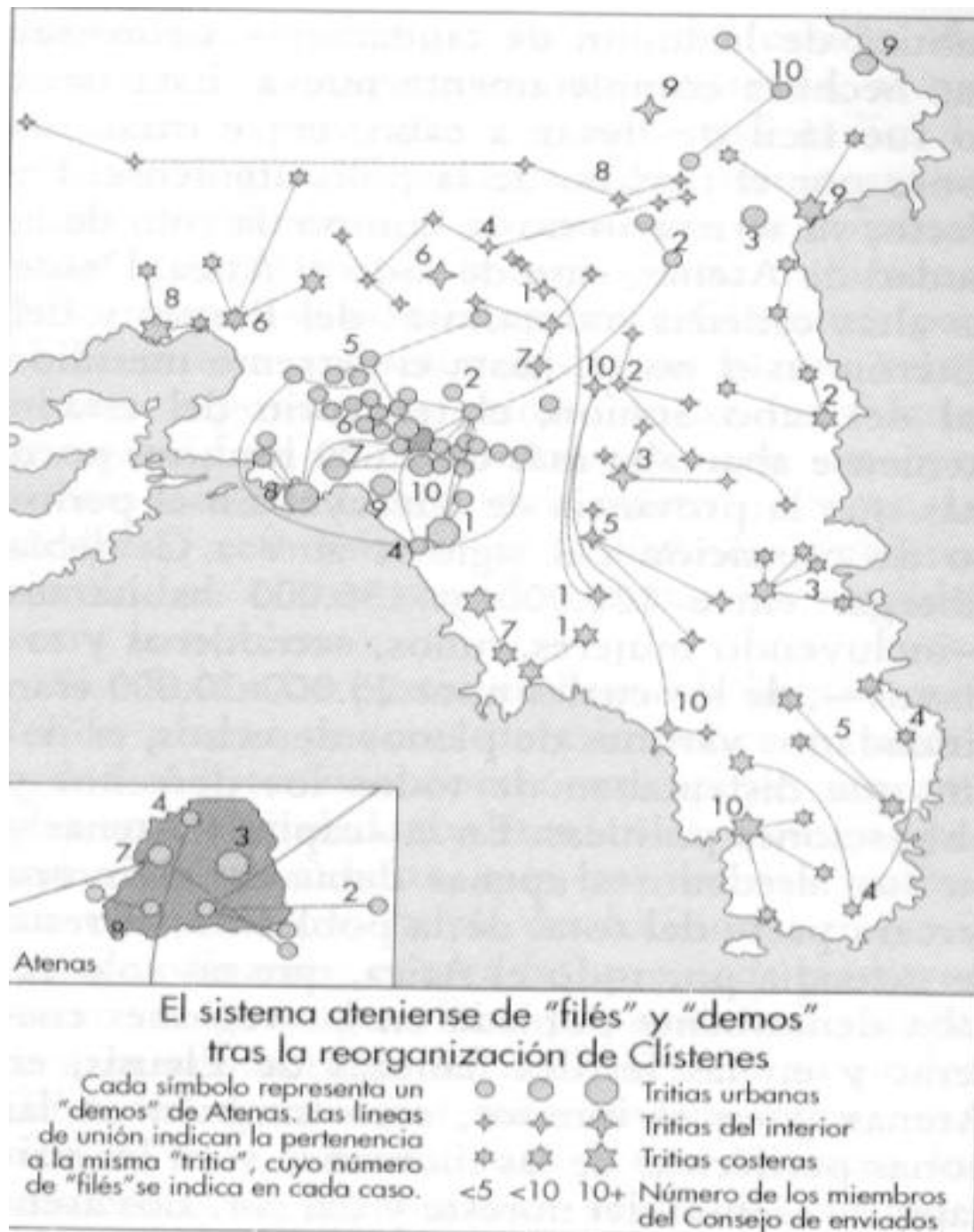
Sus enemigos, sin embargo, no estaban dispuestos a rendirse sin luchar. Sintiéndose a la defensiva, Iságoras, como anteriormente Clístenes, pidió ayuda a los espartanos. El rey Cleomenes volvió a intervenir en Atenas, e Iságoras, apoyado por las tropas espartanas, consiguió expulsar del Ática a Clístenes y a las familias de 700 de sus partidarios. Pero eso no le bastó para imponer sus propios designios. El intento de Iságoras de disolver el Consejo creado por Solón (o quizá un Consejo nuevo constituido de acuerdo con las ideas políticas de Clístenes; las fuentes nos dejan en la incertidumbre a este respecto), fue la gota que colmó el vaso. La mayoría de los ciudadanos no estaban dispuestos a dejarse incapacitar políticamente otra vez. A pesar de que Clístenes y sus más estrechos seguidores estaban fuera del país, numerosos ciudadanos se reunieron para oponerse por las armas, y lograron encerrar en la Acrópolis a Iságoras y a sus adeptos políticos junto con los soldados espartanos que había traído Cleomenes. Los acontecimientos posteriores se han descrito al comienzo de este capítulo.

Con la victoria sobre Iságoras y sus seguidores en el 508 a. C, los atenienses se habían defendido con éxito de todos los intentos de restauración aristocrática y proporcionaron un impulso decisivo a su demanda de mayor participación en la política. Empezaba a fructificar lo que las reformas de Solón habían pretendido y que había madurado bajo la tiranía de los Pisistrátidas, aunque contra su voluntad. La autoconciencia política de amplias capas de la población se abrió camino por primera vez y se convirtió en un factor decisivo para la posterior génesis del orden estatal ateniense en la época clásica. Si hemos colocado al principio de esta exposición los sucesos del 508 a. C, ha sido porque significaron realmente un punto de inflexión en la historia de Atenas.

Naturalmente, la victoria sobre Iságoras supuso también un triunfo para Clístenes. Había sido él quien, con sus ideas, había dado el impulso decisivo a la oposición; y como los atenienses no disponían aún de la necesaria confianza en sí mismos, ni tampoco de la experiencia precisa para ser autónomos y tomar en sus manos la reorganización del estado, depositaron sus esperanzas en Clístenes, al que reclamaron para que regresara del exilio. La verdad es que, obrando así, los atenienses seguían aferrándose a los modelos de conducta y de expectativas de la aristocracia tradicional. Y lo mismo se podría decir de Clístenes: para él, la puesta en práctica de sus planes reformistas suponía, en primer lugar, una autoafirmación en el enfrentamiento con sus oponentes nobles. Desde este punto de vista, las medidas reformistas de Clístenes siguieron siendo, en cierto sentido, luchas de rivalidad entre la nobleza.

Si a Solón las partes en litigio le habían conferido plenos poderes para imponer un nuevo orden, Clístenes encontró un apoyo tan amplio en los ciudadanos atenienses, a juzgar por todas las apariencias, que le permitió realizar sus objetivos por la vía de decisiones mayoritarias ordinarias, contra las que nada pudieron hacer sus enemigos. Para privar definitivamente a la aristocracia de las bases de su poder, Clístenes apostó por una amplia reorganización de toda la ciudadanía. Hasta entonces, los atenienses se organizaban según asociaciones de personas —«filés» («tribus») y «fratrías» («hermandades») —, basadas en relaciones gentilicias, es decir, en relaciones de parentesco más o menos ficticias y dominadas por casas nobles concretas. La participación de los ciudadanos en las decisiones políticas dependía de su inclusión en este entramado de relaciones marcado por los vínculos personales. Y, como vimos, la división adicional de la ciudadanía en cuatro clases patrimoniales efectuada por Solón había supuesto pocos cambios, debido a los acontecimientos políticos subsiguientes, a pesar de que, en el fondo, algunos de esos acontecimientos pretendían eliminar el principio gentilicio, al menos en el ámbito político.

Por eso, Clístenes emprendió ahora una vía más radical y proporcionó a la organización política de la unión de ciudadanos atenienses una hechura completamente nueva. Esta tarea no fue fácil de llevar a cabo, entre otras razones por el tamaño de la polis ateniense. En efecto, su territorio no se componía solo de la ciudad de Atenas, sino de todo el Ática. Desde las altas cadenas montañosas del Parnes y del Citerón en el norte, hasta el extremo meridional del cabo Sunion, el territorio del estado ateniense abarcaba más de 2.600 km<sup>2</sup>, un poco más que la provincia de Vizcaya. En el periodo de transición del siglo VI al V a. C. debía albergar entre 120.000 y 150.000 habitantes —incluyendo mujeres, niños, extranjeros y esclavos—, de los cuales unos 25.000-30.000 eran ciudadanos varones de plenos derechos, es decir, que disfrutaban de todos los derechos y obligaciones políticas. En la «capital» Atenas y en sus alrededores apenas debía de vivir una tercera parte del total de la población; el resto se extendía por todo el Ática, que no solo estaba densamente poblada en las regiones costeras y en las fértiles llanuras de Eleusis, en Atenas y en el interior, sino también en las zonas periféricas de las montañas y en los paisajes de colinas del noreste y del sur. Los asentamientos dispersos, con múltiples granjas aisladas y pueblos, coexistían junto a pequeños centros urbanos de marcado carácter ciudadano. Esta diversidad y la densidad de población del Ática había propiciado la emergencia de múltiples intereses particulares locales. Y sobre todo las viejas estirpes nobles habían sometido a su poder e influencia algunas regiones en las que —según el orden gentilicio establecido en la polis— hallaban su clientela y el necesario sostén para su política.



(El sistema ateniense de "filés" y "demos" tras la reorganización de Clístenes)

Para eliminar estas situaciones de dependencia era necesario abandonar el principio gentilicio con mayor decisión que Solón. Por esta razón, Clístenes basó su obra de reforma en un principio de índole meramente territorial, que no tenía en cuenta los extendidos vínculos regionales. Creó un sistema de «filés» o tribus completamente nuevo, que se convirtió en el tejido fundamental de la organización política del conjunto de la ciudadanía. Ciertamente el viejo orden gentilicio de «filés» conservó aún cierta vigencia social, pero perdió todas sus posibilidades de aplicación en el ámbito político.

Se empezó por dividir el Ática en tres grandes zonas: la «ciudad» (*ásty* — la ciudad de Atenas junto con la llanura de Kephissos que la circunda hasta la costa de Falero y el Pireo), la «costa» (*paralía*) y el «interior» (*mesógeia*). Por otro lado, las comunidades

campesinas áticas —y en el caso de Atenas también algunos barrios de la ciudad— se constituyeron como distritos administrativos («demos») agrupados en tres grandes espacios geográficos de 10 unidades cada uno, de modo que cada espacio tuviera un número de ciudadanos lo más parecido posible. Estas 30 nuevas unidades se llamaron «tritias» («tercios»), y a partir de ellas se crearon luego un total de 10 nuevas «filés», cada una de las cuales se componía de una «tritia» de la zona urbana, otra de la costera y otra del interior.

En la estructura extremadamente compleja de este sistema de «filés», Clístenes quería combinar dos ideas básicas: por un lado, la estricta aplicación del principio territorial; por otro, el entremezclamiento de toda la ciudadanía. La unión de varios grupos de «demos» de diferentes regiones para formar una «filé» debía servir para fortalecer el sentimiento de unidad de los ciudadanos por encima de sus vínculos locales y posibilitar una acción política conjunta. Cada una de las 10 nuevas «filés» recibió el nombre de un héroe ático, cuya adoración religiosa fortalecía la unidad dentro de cada una. El nuevo entramado de «demos», «tritias» y «filés» garantizaba una relación equilibrada entre las demandas políticas del ciudadano individual y los intereses de la colectividad.

Pero la verdadera base de la reorganización de Clístenes la constituían los «demos», cuya posición se fortaleció. Al igual que las «filés» y las «tritias», también ellos poseían instituciones específicas para regular las tareas que les habían sido encomendadas. Los «demos», a cuya cabeza había unos funcionarios («demarcas»), al principio elegidos anualmente y más tarde sorteados, disponían de cultos, propiedades y consejos propios dotados de importantes competencias; porque en los «demos» se verificaba que todas las demandas estuvieran acordes con el derecho de los ciudadanos atenienses y se confeccionaban las listas de ciudadanos. En ellos se nombraban también los candidatos a ocupar las supremas magistraturas de la polis y multitud de otros cargos y, más tarde, determinarían también los jueces para los juzgados centrales. Los «demos» constituían asimismo la unidad inferior de reclutamiento para la milicia, que se había reorganizado de acuerdo con las 10 «filés», y en la que tenían que participar los «demos» en proporción a su tamaño. La dotación de cada regimiento de «filés» ascendía a unos mil hombres armados («hoplitas»); además, cada filé aportaba un pequeño contingente de caballería, que desde mediados del siglo V se componía de unos cien hombres.

La pertenencia de cada ateniense a un «demos» se convirtió en condición imprescindible para asumir plenamente sus derechos y obligaciones políticas. Externamente esto se manifestó en que, a partir de entonces, los atenienses unían a su nombre propio, además del nombre del padre («patronymicon»), el nombre de su «demos» («demotición»), manifestando así su calidad de ciudadano de pleno derecho.

La unión entre los «demos» y el conjunto de la polis se hizo especialmente evidente en la composición y función de la «Bulé», el nuevo Consejo creado por Clístenes, que sería el auténtico motor de las reformas. En este «Consejo de los Quinientos» estaba representada cada una de las diez nuevas «filés» con cincuenta miembros. Dentro de las «filés» cada «demos» aportaba un número de consejeros («buleutés») que respondía al tamaño de su ciudadanía. Estos se sorteaban todos los años en las comunidades entre los solicitantes (había que tener una edad mínima de treinta años). Pero cada ciudadano solo podía pertenecer a la *Bulé* dos veces en su vida, de forma que la rotación regular en el cargo de los «buleutés» —al igual que muchos otros magistrados— suponía en cada ciudadano un gran compromiso político.

Esta composición del Consejo no solo aseguraba una representación representativa, proporcional y equilibrada de todos los ciudadanos en la *Bulé*, sino también un compromiso duradero entre los deseos y demandas a menudo muy diferentes en el seno

de la ciudadanía global. Porque, en el Consejo, los «buleutés» solo podían actuar según las «filés», por lo que se veían siempre obligados a concertar sus propios intereses con los de los demás «buleutés» de la misma «filé». Dado que la mezcla de las «tritias» en cada «filé» había provocado una amplia dispersión regional de los «demos» y, en consecuencia, también de sus representantes en el Consejo, los intereses a menudo divergentes de los ciudadanos se debatían no solo en las sesiones del Consejo general, sino también en las de cada una de las secciones de las «filés» de la *Bulé*, las llamadas pritanías. Este hecho era tanto más importante cuanto que cada pritanía no solo dirigía el consejo durante una décima parte del año como comité gestor al mando de un superior (*epistátes*) elegido a diario por sorteo, sino que hasta comienzos del siglo IV también ocupó la presidencia de las asambleas populares, desempeñando así un papel decisivo en la toma de decisiones políticas.

Aunque durante el transcurso del siglo V la *Bulé* fue asumiendo múltiples tareas, tales como el control financiero y la supervisión de las actividades de los funcionarios, ya en la época de Clístenes se le confirieron competencias centrales. Por ejemplo, estaba en sus manos el establecimiento del orden del día de la asamblea popular que se reunía con regularidad; pero aun más importante era que todas las propuestas que se presentaran a la asamblea popular para que decidiera necesitaban una deliberación previa y una toma de postura del Consejo. Sin una decisión previa (*probúleuma*) del Consejo no se podía votar propuesta alguna en la Asamblea Popular. Aunque la Asamblea Popular, en última instancia, era soberana a la hora de decidir, y podía modificar más tarde un «probúleuma» con propuestas adicionales, creando así una estrecha imbricación entre el consejo y la asamblea popular. Solo la acción conjunta de ambas instituciones garantizaba la participación de los ciudadanos en los procesos de decisión política. Como la composición del Consejo era representativa del conjunto de los ciudadanos atenienses, podía funcionar como contrapeso a la Asamblea Popular y también representar a todos los ciudadanos que no podían participar con regularidad en las asambleas populares debido a las enormes distancias existentes dentro del Ática.

Posiblemente fue ya Clístenes quien transfirió al Consejo un especial procedimiento de votación que permitía a los «buleutés» desterrar diez años del país a políticos sospechosos de tiranía; al expirar dicho periodo, el desterrado, cuyo patrimonio mientras tanto permanecía intacto, podía regresar a la patria. Como la votación, en la que tenían que participar como mínimo 200 de los 500 «buleutés», se realizaba mediante fragmentos de arcilla (*óstraka*), el procedimiento se denominó *ostrakismós* (ostracismo o «juicio de fragmentos»). En los años ochenta del siglo V a. C. este procedimiento pasó del Consejo a la Asamblea Popular, convirtiéndose en un arma arrojadiza en los enfrentamientos políticos internos. El momento de la introducción y las modalidades exactas del *ostrakismós* se vienen discutiendo desde la Antigüedad, pero existen indicios que apuntan a Clístenes como su creador. El *ostrakismós* demuestra la destacada posición que tenía el Consejo en el nuevo entramado del orden político, cuya permanencia había que estabilizar y defender a cualquier precio.

Las reformas de Clístenes habían definido la posición del ciudadano individual dentro de la polis. La revalorización de los «demos», y la constitución del Consejo de los Quinientos sobre todo, habían abierto a cualquiera la posibilidad de participar directamente en las decisiones políticas de la polis. Pero aún no cabía hablar de *demokratía*, aunque ya se habían establecido las bases necesarias y predibujado las vías para el futuro desarrollo de la misma. El lema entonces era *isonomía* («repartición igual»), en cuanto debía posibilitar la participación igualitaria de todos los ciudadanos en la vida política. Este concepto evocaba deliberadamente la *eunomía* de Solón, que propugnaba la distribución escalonada de los derechos políticos según las normas

timocráticas.

Los principios de Solón no fueron derogados en su totalidad. Se mantuvo la distribución de la ciudadanía en las cuatro clases patrimoniales y el acceso a las más altas magistraturas de la polis siguió estando reservado en principio a los miembros de las dos clases patrimoniales más elevadas, en las que a finales del siglo VI y principios del V todavía debieron de dominar las antiguas familias nobles. Por ejemplo, solo estas podían ser elegidas anualmente para formar parte del máximo gremio dirigente de los 9 arcontes, para asumir funciones dirigentes en la polis en calidad de *Archon Epónymos* («arconte que daba nombre»: por él se denominaba al año oficial / tareas públicas generales), de *Basileús* («rey»; asuntos de culto), de *Polémarchos* («jefe del ejército»: mando militar supremo) o de uno de los 6 *Thesmothétai* («que determinan el derecho»: gremio de jueces).

En un principio tampoco llegaron al Areópago las innovaciones de Clístenes. Este Consejo, que debía su nombre a su sede oficial situada en la colina de Ares (*Áreios pagós*) al noroeste de la Acrópolis, era considerado el guardián de la polis. Desde muy antiguo el Areópago tenía encomendada la vigilancia de la ley, importantes funciones judiciales y el control supremo de todos los asuntos públicos. Como los cerca de 200 a 300 miembros que lo integraban con carácter vitalicio se reclutaban entre los antiguos arcontes, el Areópago estaba por tanto abierto exclusivamente a las dos clases superiores del censo. Clístenes no había quitado competencias a este poderoso Consejo, pero con la *Bulé* o Consejo de los Quinientos le había yuxtapuesto una institución que conllevaba una cierta relación de tensión con el Areópago. Sin embargo, hasta mediados del siglo V la coexistencia de ambos Consejos transcurrió sin demasiados conflictos.

El equilibrio entre ambos, no siempre fácil de mantener, solo podía lograrse si la nobleza aceptaba y se organizaba mayoritariamente en consonancia con el nuevo orden, y si finalmente aprendía a acostumbrarse a él. Esta aceptó las nuevas condiciones y se ejercitó en la relación con el nuevo Consejo y la Asamblea Popular. De este modo, la autoridad y la experiencia de las viejas estirpes nobiliarias siguieron contando en adelante, y las capas más amplias de la ciudadanía ateniense se siguieron confiando a su dirección mientras se respetasen las nuevas reglas del juego político. Por esa razón, también en la época posclisteniana fueron preferentemente miembros de las antiguas casas nobles quienes dirigieron los destinos políticos de Atenas —aunque ya no por su propio poder, sino con el acuerdo y la aprobación de los ciudadanos.

Lo que Clístenes inició en el 507 a. C. no podía concluirse de la noche a la mañana. El nuevo orden debía ser ensayado, ejercitado y, en caso necesario, adaptado mediante modificaciones a las exigencias reales. Solo un año después los atenienses lograron superar ya con éxito la primera gran prueba de verificación. El año 506 a. C., Atenas fue acosada por todas partes. Los estados vecinos consideraron la situación de brusco cambio político como un hipotético debilitamiento de Atenas que pensaron poder aprovechar en su beneficio. Cleomenes, rey de Esparta, en la creencia ilusoria de que podía resarcirse de la derrota del 508 a. C, intentó devolver por la fuerza a Iságoras a Atenas y nombrarlo tirano. Pero esta empresa militar fracasó ya en sus inicios. La discordia dentro de sus propias filas hizo que el avance se detuviera en Eleusis y obligó finalmente a disolver el ejército espartano y a retirarse. Los atenienses condenaron a muerte a Iságoras en ausencia y sus propiedades fueron confiscadas.

Pero en la Liga con los espartanos también se habían movilizado contra Atenas los vecinos del norte, los beocios y la poderosa ciudad de Calcis en la isla de Eubea, y habían atacado las regiones fronterizas del norte del Ática. En el siglo VI, Atenas había logrado aquí una considerable ampliación de la esfera de su poder, poder que ahora se confiaba en anular. Bajo el dominio de los Pisistrátidas, Atenas no solo había

conseguido consolidarse en el Helesponto —en el Quersoneso tracio y en Sigeion—, sino que también había anexionado definitivamente a su propio territorio la isla de Salamina y había ampliado la frontera norte más allá de las cadenas montañosas del Citerón y Parnes, hasta llegar a la orilla sur del río Asopos.

Pero los beocios y los calcidios estaban muy equivocados al valorar la fuerza defensiva de Atenas. Tras la inesperada retirada del ejército de Esparta, los atenienses pudieron disponer de todas sus reservas para avanzar contra los agresores del norte. En un tiempo brevísimo —al parecer en un solo día— lograron una abrumadora victoria sobre sus enemigos en dos batallas distintas. Para asegurar el poder del Ática se procedió entonces a asentar a cuatro mil ciudadanos áticos en las tierras de los calcidios. Colonias de ciudadanos atenienses («kleruchoi») se fundaron también más o menos al mismo tiempo en Salamina y en las islas del norte del Egeo de Lemnos e Imbros, conquistadas entonces, y cedidas a sus compatriotas para su colonización por Milcíades (llamado «el Joven» para distinguirlo de su tío). La fundación de estas colonias, cuyos habitantes seguían siendo ciudadanos atenienses, tenía una importancia no solo estratégica, sino también económica. Miles de ciudadanos recibieron en ellas nuevas tierras de cultivo, y Atenas consiguió las superficies cultivables que necesitaba con urgencia para abastecer a su propia población. El sistema de colonias que se desarrolló en aquellos años se iba a convertir en épocas posteriores en un importante instrumento de la política militar y económica de los atenienses.

Tras su éxito militar, los atenienses habían hecho prisioneros a cientos de beocios y calcidios, a los que solo liberaron tras el pago de elevados rescates. Las cadenas de hierro con las que se había conducido a los prisioneros de guerra fueron consagradas a Atenea, la diosa de la ciudad, y expuestas ostentosamente en la Acrópolis. Con la décima parte del dinero del rescate, los atenienses erigieron en la Acrópolis una gran cuadriga de bronce como una ofrenda más a Atenea, y la dotaron de una inscripción en la que celebraban su victoria sobre beocios y calcidios.

La realización de estas ofrendas monumentales muestra la importancia que los atenienses dispensaban a sus victorias militares y la conciencia de su propia valía que extrajeron de ellas. La polis, que acababa de ser reconstituida y que en muchos aspectos aún no estaba plenamente configurada, se había enfrentado a las potencias más poderosas del mundo griego. El reclutamiento del ejército, reorganizado según las «filés» de Clístenes, había superado con éxito su primera prueba y había salido airoso de ella sin el apoyo persa, solicitado en un principio. La ciudadanía, confiando en sí misma, había sido capaz de defender a la polis de todos los ataques exteriores.

Es difícil valorar la importancia que tuvo este éxito exterior para estabilizar la situación interna. Los acontecimientos del 506 a. C. fueron un factor decisivo para imponer el orden de Clístenes. En los años siguientes no parece que se produjeran luchas abiertas por la dirección política. Existía un amplio consenso en las cuestiones fundamentales, de forma que el sistema pudo seguir desarrollándose. En el año 501-500 a. C. la estructura del mando militar fue transformada, colocando a la cabeza de cada uno de los regimientos de «filés» estrategas que eran elegidos anualmente por la Asamblea Popular a partir de un grupo de candidatos predeterminados en las «filés», posibilitando asimismo su reelección. La jefatura militar siguió en manos del polemarcha, pero a partir de entonces tuvo que ponerse de acuerdo con los 10 estrategas. Ese mismo año —y quizá ya en el 504-503 a. C.— se introdujo un juramento por el que los consejeros, al acceder al cargo, se comprometían a actuar en beneficio de toda la ciudadanía. Las competencias del Consejo siguieron siendo ilimitadas, pero la fórmula del juramento subrayaba la fuerte posición de la Asamblea Popular y el vínculo constitutivo entre *Bulé* y *Ekklesía*.



La consolidación del nuevo sistema fue cimentada además mediante la mitificación de sus orígenes. Asombra la enorme rapidez con la que el desarrollo real de los acontecimientos quedó relegado a un segundo plano tras del mito. Ya en la última década del siglo VI había canciones báquicas y poemas que celebraban el asesinato de Hiparco por Harmodio y Aristogitón (514 a. C.) como causa de la caída de la tiranía pisistrátida y como comienzo de la libertad. La intervención de Esparta y los méritos de Clístenes fueron rápidamente olvidados. Lo que ahora importaba era la celebración de la liberación de la tiranía mediante las propias fuerzas. Harmodio y Aristogitón, no Clístenes, eran celebrados como iniciadores de la *isonomía*.

Esta ideologización encontró una expresión visible en un grupo escultórico de los dos tiranicidas, obra del escultor Antenor, que los atenienses mandaron colocar públicamente en un lugar destacado del Ágora en torno al 500 a. C. El grupo escultórico se convirtió en el símbolo del nuevo régimen ateniense; y cuando los persas se lo llevaron como botín de guerra en el 480 a. C, los atenienses lo sustituyeron por un nuevo grupo, encargado a los escultores Critio y Nesiotes. Las estatuas de los tiranicidas se incluyeron en un amplio programa de renovación urbanística que pretendía superar la política constructora de los Pisistrátidas y que debía proporcionar un nuevo marco, incluso en el aspecto arquitectónico, al nuevo orden político.

En la Acrópolis, al sur del templo de piedra caliza en honor de Atenas erigido por los Pisistrátidas sobre los cimientos de un antiguo santuario, se comenzó la construcción de un espléndido templo de mármol (el llamado «Pre-Partenón»). Por el contrario, la gigantesca construcción del Olympieion iniciada por los tiranos se suspendió deliberadamente; quedó inconclusa como recordatorio de la «hybris» (soberbia) de los tiranos y no se terminó —tras varios intentos en la época helenística— hasta el año 131 d. C, en tiempos del emperador romano Adriano.

Entre la colina de las Musas y la de las Ninfas, al oeste del Areópago, se habilitó, alrededor del 500 a. C, una costosa plaza denominada «Pnyx» para celebrar las reuniones de la asamblea popular de Atenas. En la misma época se acotó con mojones el lado occidental del ágora y se le dio formalmente la denominación de recinto oficial público. Allí se construyeron los primeros nuevos edificios oficiales de los magistrados atenienses y una sala de sesiones para el Consejo de los Quinientos. Ese lugar de mercado, asamblea y fiestas evolucionó entonces hasta convertirse en el nuevo centro político de Atenas.

2  
AUTOAFIRMACIÓN  
Y FORTALECIMIENTO:  
LA ÉPOCA DE LAS GUERRAS  
MÉDICAS

*La sublevación jónica*

En el año 499 a. C., Aristágoras de Mileto (ciudad del Asia Menor, en la actual Turquía) llegó a Atenas. Un año antes se había enemistado con su señor persa, debido al fracaso de una operación militar dirigida contra la isla de Naxos. A continuación había invitado a las otras ciudades griegas jónicas de la costa de Asia Menor a sublevarse contra los persas, que desde el 547 a. C. habían ampliado su zona de dominio a toda Asia Menor e incluso más allá de los Dardanelos, hasta Tracia y Macedonia. A pesar de que la rebelión se extendió como el fuego, Aristágoras necesitaba más apoyo. Por eso viajó hasta la madre patria, para hacer campaña en favor de la causa de los griegos de Asia Menor. Mientras que en Esparta solo halló rechazo, los atenienses se mostraron dispuestos a colaborar y decidieron enviar veinte naves de guerra.

Debieron confluír muchos factores en la decisión de los atenienses: desde hacía bastante tiempo, Persia había concedido la residencia en Asia Menor a Hippias, el derrocado tirano de Atenas, y apremiaba a los atenienses para que volvieran a admitirlo en Atenas. Esta presión no había hecho sino fortalecer aún más el resentimiento antipersa que se había despertado poco después del 508 a. C, cuando una petición de alianza de los atenienses había sido interpretada por el Gran Rey como un gesto de sometimiento. Pero el factor esencial que determinó la decisión ateniense de comprometerse en Asia Menor fue la conciencia de su propia valía militar y política, que con las victorias sobre Esparta, Beocia y Calcis había experimentado un notable impulso. A los atenienses se les sumó luego la Eretria eubea con otros cinco barcos más.

Evidentemente, la sublevación, que estalló de repente, cogió a los persas completamente desprevenidos, de forma que necesitaron una larga fase para movilizarse; entre tanto, el 498 a. C, los jonios sublevados —junto con los contingentes atenienses y eretrios— consiguieron avanzar hasta Sardes y destruir la ciudad. Pero en la retirada sufrieron una grave derrota en Éfeso. No obstante, la sublevación se extendió y afectó a las regiones del Helesponto, a Licia, Caria y Chipre.

Al cabo de un año, Atenas y Eretria retiraron sus tropas, de forma que su intervención quedó reducida a una breve actuación extraordinaria y los enfrentamientos posteriores transcurrieron sin participación alguna de la metrópoli. Los rebeldes lograron aguantar tres años más. Pero el 494 a. C. selló el final de la sublevación jónica con el total exterminio de su flota en la pequeña isla de Lada, frente a Mileto, y la posterior conquista y destrucción de esta ciudad.

La catástrofe de Asia Menor trocó la confianza de los atenienses en sus propias fuerzas en una profunda inseguridad. En Atenas, el fracaso de la rebelión se vivió como una derrota propia. Era el primer gran descalabro político (exterior) de la reorganizada ciudadanía. Los atenienses dejaron clara esta sensibilidad cuando, en la primavera del 492 a. C, el poeta Frínico, con la tragedia *La toma de Mileto (Milétu Hálosis)*, llevó a la escena la conquista persa de dicha ciudad, haciendo llorar a todos los presentes. Es más: el hecho de que con su obra recordase una desgracia «doméstica» hizo que se le impusiera al dramaturgo una elevada multa y se prohibiera su representación.

A los atenienses no les cabía la menor duda de que los persas maquinaban una venganza y no se darían por satisfechos con el mero restablecimiento de su antigua supremacía en Asia Menor.

### *Maratón y las consecuencias*

En el verano del 493 a. C, cuando Milcíades el Joven llegó a Atenas huyendo de los persas, debió de parecer un emisario de futuras desgracias. Milcíades había tenido que renunciar a sus posesiones en la península tracia del Quersoneso, sobre las que había dominado casi durante un cuarto de siglo; también las pequeñas islas colonias de Lemnos e Imbros habían caído de nuevo en manos persas. Con todo ello, Atenas había perdido su importantísima posición en el Helesponto. Previendo la evolución futura que podían tomar los acontecimientos, y dados los permanentes enfrentamientos con la isla de Egina, Temístocles, arconte en funciones, forzó el año 493-492 a. C. la construcción del Pireo como nuevo puerto de Atenas e intentó conseguir un fortalecimiento duradero de la capacidad de combate de la flota ateniense. En ello debió de coincidir plenamente con Milcíades, que, tras su regreso a Atenas, fue subiendo escaños con rapidez hasta convertirse en dirigente político. Las divergencias entre ambos políticos en cuestión de política naval, defendidas por fuentes posteriores, son más que dudosas, ya que también Milcíades, a causa de sus experiencias de muchos años en el noreste del Egeo, debía de ser consciente de la importancia del potencial marítimo, máxime teniendo en cuenta que él mismo dirigiría pocos años después una gran empresa naval.

La situación se agravó todavía más en el 492 a. C, cuando ni siquiera se habían dado los primeros pasos en la nueva política naval. En una gran expedición marítima y terrestre, el jefe militar persa Mardonio, yerno de Darío el Grande, volvió a extender la esfera de influencia persa más allá de Tracia, hasta llegar a Macedonia, sometiendo también a la isla de Tasos. Y quizá el avance habría continuado hasta el interior de Grecia si la flota persa no se hubiera estrellado durante una tormenta contra el monte Athos; más de trescientos barcos resultaron destruidos y más de veinte mil hombres hallaron la muerte en el mar embravecido. Pero el fracaso del monte Athos no disuadió a los persas de proseguir una campaña de venganza y conquistar Grecia. En el 491 a. C., el Gran Rey planteó a los griegos un ultimátum conminándolos a través de enviados a que le entregasen tierra y agua como signo de sometimiento. Muchos estados obedecieron, pero los espartanos con sus aliados y los atenienses, que ya en una ocasión, tras la caída de la tiranía, habían rechazado un requerimiento similar de Darío, se negaron.

En Esparta y en Atenas los emisarios persas fueron incluso asesinados, vulnerando la ley de los embajadores. Así quedaban rotos todos los puentes y no existía otra salida que oponer resistencia. En la primavera del 490 a. C. los persas se armaron con gran aparato para la campaña contra Grecia. Para no volver a fracasar en el monte Athos, optaron ahora por una ruta marítima que cruzaba el Egeo en diagonal. Al mando de Datis y de Artafernes, una enorme flota persa, que transportaba más de veinte mil soldados y centenares de jinetes con sus caballos, navegó a través de las Cicladas en dirección a tierra firme griega. A bordo se encontraba también el anciano Hippias, a quien los persas, después de la victoria, pretendían volver a nombrar tirano y su sátrapa en el lugar.

Ante los aterrados ojos de los atenienses, los persas bordearon directamente la costa oriental del Ática y desembarcaron en la ciudad eubea de Eretria, de la que también querían vengarse por su participación en la sublevación jónica. Tras solo seis días de asedio, la poderosa y muy fortificada ciudad cayó y fue incendiada. Únicamente entonces comprendieron los atenienses con claridad lo que se les venía encima. Temiendo lo que se avecinaba, eligieron a Milcíades uno de sus estrategas, apostando por su experiencia de muchos años en la relación con los persas. Fue un cálculo que no se vería defraudado. A pesar de que el mando supremo le correspondía al polemarcha

Calímaco, Milcíades se convirtió en el protagonista decisivo.

Cuando, a finales del verano del 490 a. C, tras la destrucción de Eretria, la armada persa desembarcó en la costa de Maratón, situada justo enfrente de Eubea, fue Milcíades quien, en su calidad de portavoz, impuso en la asamblea popular la decisión de partir ese mismo día con todo el ejército para enfrentarse a los persas en Maratón. Al mismo tiempo envió un mensajero urgente a Esparta con la noticia del desembarco de los persas y la apremiante petición de rápida ayuda.

Los persas habían acampado en la parte nororiental de la amplia bahía de Maratón. Los atenienses se situaron al sur, donde las estribaciones de la cordillera del Pentélico se aproximan mucho al mar y solo dejan un paso muy estrecho en la ruta hacia Atenas. Ese escenario era el más propicio para cerrar el paso a los persas. Los ejércitos permanecieron varios días frente a frente, sin que ninguno se atreviese a presentar batalla. De nuevo parece que fue Milcíades quien logró convencer que esperasen a sus indecisos compañeros estrategas, que temían una batalla campal.

Para los persas ese tiempo era peligroso, ya que sabían que podían llegar tropas de socorro espartanas. Por eso se decidieron al fin a presentar combate y marcharon contra los atenienses, que habían obtenido refuerzos con una leva militar procedente de la beocia Platea. A pesar de la superioridad numérica, los persas no resistieron el contrataque y fueron rechazados hasta sus barcos con graves pérdidas. Al parecer, en la batalla fallecieron 6.400 persas, mientras que los atenienses solo tuvieron que lamentar 192 muertos. Los persas, sin embargo, lograron salvar la mayor parte de su flota y poner a salvo en los barcos al grueso de su ejército. Un intento de atacar Atenas directamente desde el este, tras rodear el Ática, fue desechado, pues las tropas atenienses habían regresado de Maratón a marchas forzadas y habían vuelto a apostarse junto a la ciudad. La flota persa se retiró a Asia Menor sin haber conseguido nada.

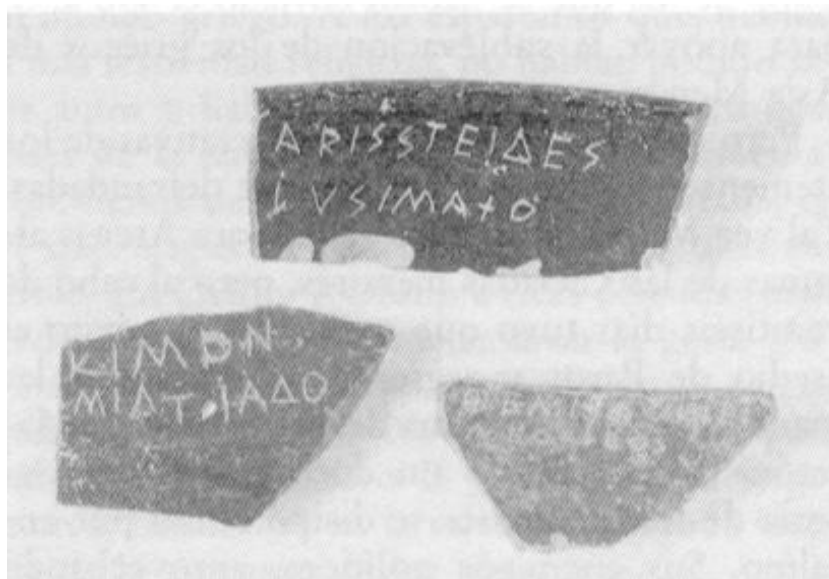
Indudablemente, los atenienses sabían que la victoria de Maratón no significaba ni mucho menos haber superado definitivamente el enfrentamiento con los persas. Pero el inesperado éxito no solo fortaleció la conciencia de su propia valía y la confianza en sus propias fuerzas, sino que les procuró un gran prestigio en el mundo griego. A los espartanos que, debido a una festividad religiosa, no habían podido salir antes y habían llegado a Atenas poco después de la batalla, los atenienses les presentaron, llenos de orgullo, el campo de batalla, en el que erigieron para sus caídos un alto túmulo. En Delfos y Olimpia ricas ofrendas procedentes de Atenas proclamaron la gesta gloriosa de Maratón, cuyo recuerdo no se cansaron de mantener vivo los atenienses para subrayar en el futuro la justicia de su hegemonía, basándose en la salvación de toda Grecia de la amenaza de los «bárbaros».

Los persas no debieron de valorar en tanto su derrota, puesto que no solo mantenían su esfera de influencia en Tracia y Macedonia, sino que también habían extendido su poder al mundo insular del Egeo. En realidad era solo una mera cuestión de tiempo que volvieran a intentar someter la tierra firme griega.

En cambio, los atenienses, eufóricos por la victoria, se atrevieron a oponerse a tales ambiciones de poder y decidieron pasar ellos mismos a la ofensiva. En la primavera siguiente, Milcíades, cuyo consejo ahora era mucho más solicitado tras su victoria en Maratón, logró convencer a los atenienses de emprender una campaña bélica contra la isla de Paros con la promesa de un rico botín. A juzgar por lo que sabemos, él tenía además una vieja cuenta personal que saldar con los parenses. Sin embargo, el ataque contra Paros respondía también a los intereses generales de Atenas, ya que la presencia persa en las Cicladas, justo ante sus propias puertas, constituía una amenaza permanente. Los atenienses confiaban también en recobrar su influencia en el norte del Egeo, perdida a finales de los años noventa. Así pues, aprobaron los planes de Milcíades

y le facilitaron dinero, soldados y la mayor flota ateniense que se había hecho a la mar hasta entonces: los setenta barcos del contingente eran el triple de los que se habían enviado el 498 a. C. para apoyar la sublevación de los griegos de Asia Menor.

Pero esta vez las elevadas expectativas de los atenienses se vieron amargamente defraudadas. Tal vez Milcíades lograra ganar para Atenas algunas de las Cicladas menores, pero al cabo de veintiséis días tuvo que suspender sin éxito el asedio de Paros y regresar a Atenas con las manos vacías. El carisma del «vencedor de Maratón» había sufrido un duro golpe y la euforia de los atenienses se disipó como por ensalmo. Sus enemigos políticos, aprovechando el momento propicio, entablaron un proceso por alta traición, exigiendo incluso la pena de muerte, de la que Milcíades se libró por los pelos; poco después falleció a consecuencia de una herida sufrida durante el asedio de Paros. En el proceso contra Milcíades se le había reprochado al fracasado estratega haber engañado al pueblo. Esta acusación es una prueba de la incrementada conciencia de la propia valía y de las exigencias de una ciudadanía ática que ya no estaba dispuesta a secundar sin condiciones a sus dirigentes políticos. El proceso del 489 a. C. contra Milcíades marcó el comienzo de enconados enfrentamientos políticos que iban a dominar la década comprendida entre Maratón y Salamina. Se reavivó la lucha de algunos individuos y grupos por lograr la influencia dominante; pero ahora ya no se trataba de imponer los intereses de poder de una persona. El régimen de Clístenes, que constituía la base —incluso en el ámbito institucional— para los procesos de decisión políticos, forzaba una política más orientada a temas objetivos y perspectivas programáticas. Así, la cuestión de si mantener y ampliar o abandonar este nuevo orden, fue objeto de debate tanto como la cuestión de las relaciones con la gran potencia persa, y también con la vecina isla de Egina, la vieja rival de Atenas justo a las puertas del Pireo. También se mezclaron variopintos aspectos de política interior y exterior, de forma que a quienes se pronunciaron a favor de un arreglo con Persia se les tildó de profesar el credo de la tiranía; y viceversa, a los seguidores de los Pisistrátidas que todavía permanecían en Atenas se les imputó una actitud favorable a los persas, lo que no era de extrañar si se recuerda que los persas habían concedido asilo al viejo tirano Hippias.



Fragmentos de cerámica (ostraka) con los nombres de Arístides, Conón y Temístocles. Foto: *Archiv für Kunst und Geschichte, Berlín.*

La década de los ochenta se convirtió en la prueba de fuego de la organización isónoma de Atenas creada por Clístenes. En el ambiente acalorado de las pugnas políticas, el procedimiento del ostracismo se convirtió en el principal instrumento regulador. Fue en esta época cuando este procedimiento pasó del consejo de los quinientos a manos del conjunto de la ciudadanía, que consiguió con ello una importante baza de intervención política. Entre el 487 y el 482 a. C. fueron sometidos al ostracismo año tras año y desterrados de la escena política importantes políticos: entre ellos Jantipo, padre de Pericles, y Arístides, que más tarde sería uno de los cofundadores de la supremacía ateniense. Si consideramos que una votación exitosa estaba vinculada a un quórum de un mínimo de 6.000 votos, esto evidencia la amplia participación de la ciudadanía y la intensidad con la que se luchaba en Atenas por el sistema político.

Hubo otras innovaciones políticas que fortalecieron el potencial democrático del orden trazado por Clístenes: desde el 487 a. C. los nueve arcontes ya no fueron elegidos, sino sorteados entre los cien candidatos que proponía cada «demos». Al mismo tiempo, el arconte polemarcha perdió el poder del mando militar, que pasó a manos de los diez estrategas, mientras que a él mismo solo le quedaron competencias para organizar las celebraciones conmemorativas en honor de los caídos de guerra y para desempeñar funciones judiciales en el ámbito del derecho de extranjería. La arbitrariedad del procedimiento del sorteo disminuyó la importancia política del colegio de arcontes y, a largo plazo, la del Areópago, que estaba integrado por los antiguos arcontes. En cambio se fortaleció la posición de los estrategas, que en lo sucesivo serían elegidos anualmente por asamblea popular. Como aquí sí que era posible la reelección ilimitada, el cargo de estratega fue evolucionando hasta convertirse en una posición clave dentro del estado ateniense, desde la que ejercer la política global, mucho más allá del ámbito militar.

Estos cambios institucionales, cuyo alcance no llegaron a vislumbrar los atenienses en ese momento, constituyeron importantes hitos para el posterior desarrollo del régimen ateniense y fortalecieron el peso del conjunto de la ciudadanía en el proceso de decisión política. Todo hace suponer que uno de los protagonistas de esta evolución fue Temístocles. Aunque las fuentes no señalan relación directa alguna entre su persona y las modificaciones legales de los años ochenta, su nombre aparece con mucha frecuencia en los fragmentos que fueron utilizados en aquella época para el ostracismo y que se han hallado en gran número en las excavaciones arqueológicas de Atenas. En estas votaciones de ostracismo, en las que Temístocles logró imponerse siempre frente a todos sus rivales, estaba también en juego el rumbo de la política exterior de Atenas, en la que, según nuestras fuentes, Temístocles ejerció un influjo decisivo.

Durante la primera mitad de los años ochenta, una nueva escalada en el conflicto con la isla de Egina relegó a un segundo plano las tensiones entre atenienses y persas. Dado que Darío el Grande, y a su muerte (486 a. C.) su sucesor Jerjes, estaban retenidos por sublevaciones en el interior de su reino, a los atenienses en principio no les amenazaba un peligro inminente por parte persa. Pero la isla de Egina suscitó una guerra que muy pronto hizo ver claramente a los atenienses su inferioridad militar en el mar. A pesar de la victoria de Maratón, era cada vez más evidente que un ejército terrestre tradicional no permitía alcanzar ni a los habitantes de Egina ni a los persas. Impresionado por la creciente influencia de los persas sobre el Egeo y por la pérdida consiguiente de las esferas de influencia ática en el Helesponto, Temístocles ya había abogado, siendo arconte en el 493-492 a. C. por un urgente incremento del poderío naval ateniense y por la elección del Pireo, con sus tres grandes bahías protegidas, como nuevo puerto. A la vista de la guerra naval con Egina, una isla situada justo delante de la costa ática, y del peligro persa en ultramar, Temístocles volvió a hacer todo lo posible para ganar a los

atenienses a sus viejos planes navales.

En la segunda mitad de los años ochenta la situación se agudizó. Estabilizada de nuevo la situación en el interior del reino persa, el Gran Rey Jerjes, a partir del 484 a. C, inició los preparativos de una nueva campaña contra Grecia. Hizo construir un gran canal que atravesaba la península de Athos para facilitar el paso de la flota, visto que en el 492 a. C. la armada persa se había deshecho ante la punta meridional, difícil de rodear. Y para el avance más rápido y sin fricciones del ejército de tierra se erigieron puentes en los Dardanelos y se instalaron almacenes de avituallamiento hasta en el interior de Macedonia. Todos estos enormes preparativos armamentísticos de los persas tuvieron que gravitar como una sombra ominosa sobre la política cotidiana de Atenas.

Así que fue una suerte que, en el 483 a. C, se lograran explotar nuevos y productivos yacimientos de plata en los territorios mineros del Ática meridional (Laureion), que produjeron a los atenienses grandes superávits financieros. Temístocles puso ese superávit, que hasta entonces se había distribuido siempre entre todos los ciudadanos, a disposición de la asamblea popular y mandó que se aprovechara el dinero para construir doscientos barcos. El núcleo de esta nueva flota ateniense eran los trirremes. La forma de combate de estos barcos de guerra rápidos y de fácil manejo, de 37 metros de longitud y solo 5,5 de anchura, consistía en poner fuera de combate o hundir los barcos enemigos con un espolón de bronce en la proa. Lo importante con ellos era maniobrar hábilmente y alcanzar una gran velocidad. Todo dependía de los remeros, que tenían que estar bien sincronizados, para lo que debían entrenarse constantemente. Con el correr del tiempo, los atenienses iban a alcanzar en esto una insuperable perfección, y su flota se convertiría en la columna vertebral de la política de dominio ateniense durante los siglos V y IV a. C.

En los años ochenta, sin embargo, Temístocles todavía tenía que imponer su programa de construcción de la flota frente a una enconada oposición: seguramente entonces se escucharon reproches como los que más tarde formuló Plutarco, empleando una cita de Platón (Nomoi 706 c): «Temístocles convirtió a hoplitas en marineros y gente de mar, arrebatando con ello a sus conciudadanos de las manos el escudo y la lanza y sentando al banco de los remeros al pueblo de Atenas». Tras estos reproches se escondía el cambio político que implicaba la decisión ateniense de apostar militarmente por la flota. Porque lo que aquí se trataba no era únicamente el fortalecer un nuevo tipo de arma. Dado que cada trirreme tenía una dotación de 170 remeros y una tripulación de 30 hombres, la construcción de la flota ateniense iba exigir un contingente humano que superaba con creces el que se reclutaba para el servicio militar.

La integración de todos estos ciudadanos en el potencial defensivo ático hacía que este, que así duplicaba su fuerza, aumentase también su peso político. En vista de la estrecha unión que había en la Antigüedad entre organización militar y estatal, las implicaciones políticas del programa de Temístocles de construir la flota no debieron de pasar inadvertidas, aunque tal vez no se previeran todas sus consecuencias. Quizá Temístocles opinaba que el fortalecimiento del conjunto de la ciudadanía abría una nueva oportunidad política a Atenas, pero también a sí mismo, de ahí que pueda considerársele también el auténtico iniciador de las transformaciones legales de los años 487-486 a. C, que marcaron una profunda reorientación.

### *La segunda prueba de eficacia*

A finales del verano del 481 a. C., hasta el último escéptico debía de tener claro que una nueva confrontación con Persia era inminente. Los persas habían concluido sus preparativos de varios años para la guerra y habían reunido en Sardes un ejército de más

de cien mil hombres; además, una flota de más de seiscientos barcos se estaba congregando en las costas de Asia Menor.

Jerjes repitió el juego de su padre, Darío, y mandó enviados a los estados griegos exigiendo agua y tierra en señal de sometimiento. Aunque los atenienses y espartanos quedaron excluidos de esta delegación diplomática, ya que diez años antes habían asesinado a los emisarios de Darío, en adelante no existió la menor duda de las intenciones persas. Los demás estados griegos reaccionaron de manera muy distinta, al igual que en el 491 a. C. Una vez más se pusieron de manifiesto la desunión y los diversos intereses en la tierra griega. Vastas zonas del norte y centro de Grecia, incluyendo el oráculo de Delfos y la mayor parte de las islas, pero también algunos estados del Peloponeso, tomaron partido por los persas, o al menos adoptaron una actitud de benévola neutralidad frente a ellos. Fueron apenas 30 los estados que, por iniciativa de Atenas y bajo el mando de Esparta, se congregaron en Corinto para formar una alianza defensiva contra los persas. Además de Atenas y Esparta junto con sus aliados del Peloponeso, al principio solo pertenecían a esta «Liga Helénica», unida por un juramento común, unas pocas polis del centro de Grecia y de las Cicladas; a ella se sumó también la isla de Egina, que dejó a un lado sus disputas con Atenas. Por el contrario, la ayuda esperada de la siciliana Siracusa y de Corcira nunca llegó.

A la vista del enorme destacamento militar que en la primavera del 480 a. C. avanzaba por mar y por tierra hacia Grecia desde Asia Menor a lo largo de la costa de Tracia y Macedonia, las perspectivas de rechazar con éxito a los persas no debían parecer halagüeñas. El plan inicial de cerrar el camino a los persas en la frontera norte de Tesalia, en el estrecho desfiladero del valle del Tempe, se abandonó enseguida, pues las posiciones griegas en ese punto eran demasiado fáciles de rodear. La idea de retirarse hasta el istmo de Corinto se desestimó, porque no se quería ceder Atenas a los persas sin lucha. Así que se erigió en la Grecia central una línea defensiva, cerrando el rey Leónidas de Esparta el istmo en las Termópilas con un contingente relativamente pequeño de unos 7.000 hombres. Y, al mismo tiempo, se bloqueó la ruta marítima en el cabo Artemision, situado en la punta norte de Eubea, con 271 trirremes, de los que Atenas aportó más de la mitad al mando de Temístocles.

La Liga Helénica se decidió por la ofensiva en el mar, mientras que por tierra optó más bien por situarse a la defensiva. El conflicto, sin embargo, se decidió en las Termópilas, después de que los persas lograran rodear el desfiladero por un atajo con ayuda de un traidor griego. La derrota del espartano Leónidas en las Termópilas supuso al mismo tiempo el final de las enconadas batallas navales que se venían desarrollando desde hacía días junto al cabo Artemision: como la flota griega corría el peligro de que le cortasen la retirada, navegó a toda prisa hacia el sur a lo largo de la costa occidental de Eubea para volver a formar en Salamina. Al mismo tiempo el ejército terrestre de la Liga Helénica se reunió en el istmo de Corinto, que intentó protegerse del inminente ataque construyendo un muro adicional.

Los persas tenían ahora el paso libre hacia Grecia central: el Ática estaba indefensa y a su merced. Se cumplían así los peores temores de los atenienses. La consternación, el duelo y el espanto cundieron por doquier. Y fue de nuevo Temístocles quien pidió a los atenienses casi lo imposible, convenciéndolos de que se lo jugasen todo a una carta y buscasen la salvación en la batalla naval. Para defenderse del peligro imparable que se avecinaba, se tomó la decisión de abandonar casas y granjas y trasladar fuera del país a toda la población del Ática. Todos los hombres capaces de combatir fueron movilizados en los barcos de guerra y las mujeres, los niños y los ancianos fueron trasladados a Salamina, Egina y Trecena.

Entre tanto, las tropas persas, saqueando e incendiando, llegaron hasta el Ática, que,



indefensa, cayó fácilmente en sus manos. Los persas habían jurado venganza por el incendio de los santuarios de Sardes durante la sublevación jónica y se tomaban ahora amarga revancha con la destrucción sistemática y total del Ática, y sobre todo de Atenas. Indefensos y forzados a la inactividad, los atenienses tuvieron que contemplar desde sus refugios en el golfo Sarónico cómo su ciudad era incendiada y su tierra devastada. Jamás, ni antes ni después, se verían expuestas Atenas y el Ática a semejante furia destructora.

Mientras tanto, la flota persa había llegado a la bahía de Falero, justo al sur del Pireo y a la vista de Salamina, donde estaba anclada la flota griega que entre tanto había aumentado hasta más de 370 trirremes, más de la mitad de las cuales los aportaban los atenienses. Cuando los persas entraron en el estrecho y ocuparon la pequeña isla de Psytaieia, situada delante de Salamina, Temístocles sólo con mucho esfuerzo logró mantener quietas en Salamina a las embarcaciones griegas situadas bajo el mando supremo del espartano Euribíades. Temístocles se había dado cuenta de las ventajas estratégicas que ofrecían las aguas entre Salamina y la tierra firme ática y atrajo a los barcos persas a una trampa. Cuando en los últimos días de septiembre del 480 a. C., estos pasaron a la ofensiva y penetraron más profundamente en el delgado estrecho, los maniobrables trirremes griegos demostraron su ventaja, ya que los barcos persas, más grandes y pesados, no tenían posibilidades de desenvolverse. Se desencadenó una encarnizada batalla naval que duró un día, y cuyo transcurso describió de manera impresionante el poeta Esquilo, que participó personalmente en los combates, en su tragedia *Los persas*, representada ocho años después.

A pesar de la tremenda derrota, una parte de la flota persa logró retirarse a Asia Menor y reagruparse en Samos. El Gran Rey Jerjes huyó a Sardes por tierra, pero dejó a su ejército en Grecia al mando de Mardonio. Como el Ática estaba completamente destruida, las tropas persas instalaron sus cuarteles de invierno en Tesalia. Ahora bien: sin el apoyo de su flota, la situación del ejército terrestre persa era muy precaria, máxime teniendo en cuenta que la relación militar de fuerzas ahora estaba hasta cierto punto igualada.

En vista de esta situación, los persas concentraron todos sus esfuerzos en intentar dividir a la Liga Helénica y, sobre todo, desgajar a Atenas del frente antipersa. Estos intentos tenían ciertas probabilidades de éxito, pues los aliados se mostraban poco dispuestos a cruzar la frontera del istmo para proteger de un nuevo ataque persa a los atenienses que habían regresado a su patria. Además, la oferta que difundieron los persas era muy atractiva: suspensión de todas las hostilidades, liberación del Ática y garantía de plena libertad política. Además, prometían a los atenienses cualquier ampliación deseada de su territorio y ayuda para reconstruir los santuarios destruidos. A pesar de encontrarse en una situación desesperada, los atenienses rechazaron con decisión la oferta persa y, a principios de la primavera, huyeron de su patria por segunda vez. Lo que no había sido destruido en el Ática el 480 a. C., fue arrasado en la devastación del 479.

Por fin los atenienses, con grandes esfuerzos, lograron convencer a sus aliados de emprender una intervención militar conjunta. Bajo el mando supremo del espartano Pausanias, todo el ejército avanzó contra las tropas de Mardonio, que se vio obligado a retirarse a Beocia. Varias semanas duraron las operaciones militares en la llanura de Platea, hasta que se produjo la batalla decisiva en la que el ejército persa sufrió una aplastante derrota.

La victoria sobre los persas se completó con la aniquilación, más o menos simultánea, de los restos de la flota persa en la península de Micala, situada frente a Samos. Ya en la primavera del 479 a. C. había sido enviada al Egeo, a instancias de

Temístocles, una escuadra griega al mando del espartano Leotíquides. Al principio, los griegos no estaban dispuestos a atacar a los persas y, para proteger a la metrópolis, se limitaron a avanzar hasta Delos. Sin embargo, tras muchas vacilaciones, terminaron por ceder al apremio sobre todo de los samios y, al pie de los montes de Micala, atacaron con éxito a las fuerzas terrestres y marítimas persas allí atrincheradas.

Este ataque más allá del Egeo supuso un punto de inflexión en la política de la Liga Helénica. Habían pasado de la defensiva a la ofensiva. Esto implicaba preguntarse por los objetivos políticos de la Liga, que en realidad solo se había creado para rechazar los ataques persas. Ahora, sin embargo, se veía obligada a afrontar las expectativas de las ciudades griegas de la costa de Asia Menor y de las islas que se extendían ante ella, que abandonaban en serie a los persas confiando en que la Liga Helénica protegería su libertad.

Pero cuando se discutió en Samos la solicitud de ingreso de esos estados en la Liga Helénica, se pusieron claramente de manifiesto las diferentes opiniones de los coaligados sobre su futuro: los espartanos se opusieron categóricamente a cualquier compromiso militar en el Egeo y abogaron por un traslado a la metrópoli de todos los griegos de Asia Menor. Los atenienses, por el contrario, defendieron con energía el mantenimiento y protección de las ciudades griegas de Asia Menor. El resultado de esta «Conferencia de Samos» fue un compromiso: los estados insulares fueron admitidos en la Liga, pero la relación con las ciudades costeras quedó en el aire.

Ahora bien, los atenienses no se dieron por satisfechos con esta solución, por lo que se ofrecieron a las polis de Asia Menor como potencia protectora. Hasta entonces, ellos siempre se habían sometido al mando supremo de los espartanos, a pesar de haber soportado la carga principal de las guerras persas y de que los contingentes atenienses —sobre todo en el mar— habían sido esenciales en la movilización militar total de la Liga Helénica. Pero ahora emprendían su propio camino. Mientras Leotíquides regresaba a Grecia con la escuadra del Peloponeso, los atenienses, apoyados por los griegos de Jonia y del Helesponto, sitiaron con éxito la guarnición persa de Sestos en el invierno del 479-478 a. C. Esta acción constituyó el germen del que apenas un año después nacería un vasto sistema de alianzas que constituiría la base del poderío ateniense a lo largo del siglo V.

El transcurso de la Conferencia de Samos y el sitio de Sestos fueron también los primeros signos del incipiente antagonismo entre Atenas y Esparta. Los éxitos en las guerras persas fortalecieron la autoestima de los atenienses, y su intervención desinteresada a favor de la causa común griega les granjeó un enorme prestigio entre los demás helenos. Los atenienses supieron aprovechar este estado de ánimo para emanciparse de Esparta y extender su campo de acción político. Esto se puso de manifiesto ya en 479-478 a. C., inmediatamente después de la expulsión de los persas, cuando los atenienses, en contra de la explícita voluntad de Esparta, rodearon su ciudad y el Pireo con murallas y comenzaron a convertirla en un firme bastión. Primero dieron largas a los espartanos reacios y luego los situaron ante hechos consumados. Ninguno de los dos estados quería llegar todavía a una ruptura abierta; pero —como escribiría el historiador ateniense Tucídides en su obra sobre las guerras del Peloponeso— había nacido «una secreta desavenencia».

### *A la búsqueda de la hegemonía*

El semestre de invierno del 478-477 a. C. trajo consigo un cambio político. Una flota griega al mando del espartano Pausanias había logrado arrancar a Chipre y a Bizancio del dominio persa. Pero la conducta despótica y ávida de gloria que manifestó Pausanias

en Bizancio fortaleció el resentimiento antiespartano de los griegos jónicos que, junto con los atenienses, habían tenido una participación decisiva en el éxito de la expedición naval del 478 a. C. Ya un año antes, los debates y decisiones de la Conferencia de Samos habían puesto en evidencia el escaso interés de Esparta por la suerte de los griegos de Asia Menor. Ahora, la conducta de Pausanias, que se comportó como un déspota persa, no hizo sino corroborar esta opinión. Entonces los griegos jónicos, sobre todo los poderosos estados insulares de Quíos y Samos, forzaron la cesión del mando supremo al ateniense Arístides, que dirigía los contingentes navales áticos.

Arístides, como muchos de los condenados al ostracismo en los enfrentamientos políticos de los años ochenta, había regresado a Atenas en el curso de una amnistía general y, desde entonces, se había destacado en la lucha contra los persas. Ahora aprovechó el puesto que se le ofrecía para construir un sistema de alianzas con Atenas completamente nuevo, con estructuras organizativas mucho más firmes de las que había poseído la Liga Helénica. Estas alianzas las fundamentó en los tratados bilaterales que Atenas había concertado, por tiempo indefinido, con numerosos estados insulares y costeros del Egeo. Dichos tratados obligaban a prestarse ayuda mutua y a reconocer a «los mismos amigos y enemigos»: y aunque esta cláusula se refería en principio solo a los persas, dejaba abierta la posibilidad para un nuevo sistema de alianzas. Ahora los atenienses, a los que se concedió el mando supremo por tierra y por mar, disponían de un instrumento de poder que, llegado el caso, podrían dirigir también contra otros enemigos.

La columna vertebral de la alianza la constituían las cuotas de los miembros (*phóroi*) que aflúan a una caja de la liga, y que, administradas por diez tesoreros atenienses (*hellenotamíai*), se destinaban a la construcción y mantenimiento de la flota aliada. Pero estos pagos solo tenían que satisfacerlos en efectivo los aliados que fueran incapaces de facilitar su propio contingente de barcos, y así lo hicieron Tasos, Quíos, Samos y alguna otra potencia naval, al menos durante los años iniciales de la alianza. Arístides había fijado estos impuestos anuales en 460 talentos; dicha suma equivalía casi a 12.000 kilos de plata y a más de cinco millones de jornales de un artesano ateniense, una cantidad colosal, aunque menor que el tributo que la satrapía persa de Asia Menor tenía que entregar todos los años al Gran Rey. La caja de la alianza se depositó en el santuario de Apolo en Delos, considerado un centro de culto por todos los griegos jónicos. Y allí se reunía también la asamblea de la alianza, en la que cada estado miembro disponía de un voto aunque, de hecho, Atenas la dominó desde el principio, ya que, con los votos de los aliados «menores», conseguía siempre la mayoría sobre las «potencias centrales». Además de que disponía del mayor potencial militar, con diferencia.

Lo que Arístides puso en marcha el 478-477 a. C. se conoce hoy comúnmente como la «Liga naval ática» o —atendiendo a su núcleo— «Liga naval delo-ática». Sigue siendo dudoso si su fundación supuso al mismo tiempo la disolución de la Liga Helénica, o si esta siguió existiendo al menos formalmente hasta que en el 461 a. C. se consumó la ruptura definitiva entre Esparta y Atenas. Lo cierto es que, por aquel entonces, los espartanos ya habían cedido por entero a los atenienses y a su nueva liga naval la contención del todavía amenazador peligro persa y la liberación y protección de las ciudades griegas de Asia Menor.

Durante las dos décadas siguientes la política ateniense estará indisolublemente unida al nombre de Cimón, hijo de Milcíades, el vencedor de Maratón. Él eclipsó con creces a todos los demás políticos que hasta entonces habían destacado en la lucha contra los persas. Mientras que, en los años sucesivos, Arístides, el arquitecto de la Liga naval, perdió influencia con la misma rapidez que Temístocles, que a finales de los años setenta incluso fue condenado al ostracismo y que, tras largos extravíos, iba a hallar al

fin refugio en Asia Menor... y con el Gran Rey persa.

Cimón influyó tanto la política exterior ateniense de los años setenta y sesenta, que este periodo se conoce todavía hoy como la «era cimónica». Condujo a la Liga naval de victoria en victoria: la última guarnición persa en tierra firme europea fue expulsada de Eion, Tracia, y la ofensiva contra los persas se llevó incluso hasta Caria y Licia. El punto culminante de las acciones militares de Cimón fue la completa aniquilación de una fuerza armada combinada (terrestre y marítima) en la desembocadura del Eurimedonte en Panfilia durante la primera mitad de los años sesenta. Esto acabó definitivamente con todos los intentos persas de lanzar una contraofensiva.

El auténtico impulso de la política de la liga naval ateniense iba dirigido sobre todo contra Persia. Pero ya las primeras empresas pusieron claramente de manifiesto una estrecha imbricación con marcados intereses particulares de Atenas. El establecimiento de colonias atenienses en Eion (476 a. C.) y después, sobre todo, la conquista de la isla de Skyros (475 a. C.) situada al este de Eubea, y la incorporación forzosa a la liga naval de la ciudad de Caristos, situada al sur de Eubea (470 a. C.), sirvieron claramente para ampliar la esfera de influencia ateniense. La creación de una colonia en Skyros fue el último eslabón de una cadena de islas-colonia de los atenienses, que llegaba hasta el Helesponto y aseguraba la ruta del comercio marítimo hacia el mar Negro, de vital importancia para la ciudad. Con Caristos, Atenas obtenía una plaza estratégicamente muy importante para el control del sudeste del Egeo.

Como los atenienses se servían cada vez más de la Liga naval para imponer sus propios intereses, era previsible que a largo plazo surgieran conflictos con los aliados, aun cuando estos carecían en principio de alternativa a Atenas. Esto cambió cuando, tras la doble batalla de Eurimedonte, la amenaza persa quedó conjurada, con lo que parecía haberse alcanzado la auténtica finalidad de la liga naval. Una sublevación de Naxos (467-466 a. C), finalmente fallida, evidenció el malestar de algunos aliados por la hegemonía de Atenas. Un año más tarde también se rebeló la isla de Tasos, aunque apenas tres años después se consiguió volver a obligarla a entrar en la Liga naval. Ambos estados tuvieron que entregar su flota y pagar en adelante elevados tributos a la caja de la Liga naval. El duro proceder de los atenienses no dejó ya ningún resquicio de duda sobre la decisión de Atenas de no renunciar a la Liga naval como instrumento decisivo para imponer sus ambiciones de poder.

### 3

#### PODER Y DEMOCRACIA: ATENAS EN LA ÉPOCA DE PERICLES

Con su política, Cimón se granjeó durante largo tiempo el apoyo de una amplia mayoría de la ciudadanía ateniense. Sin embargo, a finales de los años sesenta se produjo un cambio de actitud: en él confluyeron aspectos de la política interior y de la exterior de un modo que hoy no acertamos a comprender en su totalidad. La relación con Esparta parece haber sido decisiva. En el 465-464 a. C., los espartanos adoptaron una clara posición de enfrentamiento con Atenas al aceptar una petición de ayuda de los tasio, sitiados por Cimón, y amenazaron con atacar el Ática. Este ataque no llegó a efectuarse, pues, tras un devastador terremoto, una gran sublevación de ilotas en Mesenia hizo temblar los fundamentos mismos del estado de Esparta. Para controlar la situación, los espartanos, urgidos ahora por la necesidad, se dirigieron a los atenienses en demanda de ayuda. Pero Cimón, interesado en una conciliación de intereses con Esparta, solo logró imponer el envío de un destacamento de hoplitas atenienses tras una considerable oposición en la Asamblea Popular. Y los enemigos de esta política de amistad con Esparta ganaron adeptos. Objetivo directo de esa crítica era el Areópago, cuyos miembros, al parecer, se contaban entre los decisivos partidarios de la política de Cimón, y a los que el sistema vigente solo permitía abordar con dificultad. De este modo entraban en juego elementos políticos esenciales y, al final, los privilegios políticos del Areópago fueron eliminados. Ya hacía tiempo que venían manifestándose demandas en ese sentido. A muchos ciudadanos, las funciones de control del Areópago les parecían excesivas, después de que las reformas de la época de Clístenes y de los años ochenta y los grandes éxitos exteriores obtenidos habían fortalecido la voluntad del conjunto de la ciudadanía de tomar plenamente en sus manos las decisiones políticas. En el 462-461 a. C. se quitaron al Areópago todos los derechos de control legales y ejecutivos, y se transfirieron al Consejo de los Quinientos, a la Asamblea Popular y al Tribunal Popular; al Areópago solo le quedaron funciones en el ámbito religioso y en la «jurisdicción de la sangre», es decir, competencias en determinados delitos de asesinato y homicidio.

Los protagonistas de esta limitación de poderes al Areópago y de un decidido rumbo antiespartano eran Efiltes y Pericles, que desencadenaron violentas disputas entre los atenienses. Cimón, que tuvo que interrumpir la expedición militar a Mesenia debido al cambio de opinión de los espartanos, fue condenado al ostracismo a su regreso; y su rival político Efiltes fue víctima de un atentado. Fue entonces cuando surgió por primera vez —al principio solo como concepto de lucha político— la palabra *demokratía* («gobierno del pueblo», «poder popular»), que en el futuro se convirtió en la descripción tipológica del sistema que logró su forma fundamental y definitiva en Atenas con los sucesos del 462-461 a. C. Durante casi siglo y medio, todo el poder político estuvo en manos de toda la ciudadanía ateniense sin limitación alguna, sobre todo después de que Pericles, gracias a la introducción del pago de dietas, permitiera a cualquier ciudadano participar en el consejo y en los tribunales, y de que en el 457-456 a. C. abriera el acceso a los cargos de arconte a la tercera clase del censo y, poco después, también a los «thetes».

#### *El establecimiento del poder*

Con el ostracismo de Cimón y la definitiva ruptura de la Liga Helénica, los

atenienses habían sellado en el 461 a. C. la ruptura con Esparta, y desde entonces practicaron una activa política antiespartana. Con ello abocaban un doble enfrentamiento, ya que al mismo tiempo intentaron sacar rentabilidad en política exterior de la debilidad del reino persa, debilitado por disturbios y revueltas, y emprendieron nuevas ofensivas en ultramar. Los años cincuenta se caracterizaron por una actividad casi febril de Atenas en política exterior, tanto en la metrópoli como en todo el Mediterráneo oriental; e incluso el mundo griego situado al oeste de Grecia, es decir, en Italia meridional y en Sicilia, fue objeto de la atención cada vez más directa de Atenas.

Las listas de caídos esculpidas en piedra ofrecen todavía hoy un testimonio elocuente de las empresas militares de aquellos años de guerra, pero también de las grandes pérdidas que los atenienses estaban dispuestos a aceptar con tal de hacer respetar su inquebrantable voluntad de dominio. Expresión visible de esta voluntad de poder fue la construcción de unas murallas de más de siete kilómetros de longitud con las que los atenienses unieron a partir del 460 a. C. su ciudad y el puerto del Pireo, ampliándolo hasta convertirlo en una fortaleza inexpugnable.

El antagonismo entre Atenas y Esparta, esbozado como muy tarde a partir del 479 a. C, tomó forma concreta desde el 461 a. C. En Grecia, las antiguas constelaciones de fuerzas estaban cambiando. Mediante alianzas con Tesalia, con Argos, rival sempiterno de los espartanos, y con Megara, antes enemiga también de ellos, los atenienses intentaron frenar la influencia de Esparta y de Corinto. El intento de consolidarse en la Argólida meridional fracasó, aunque logró al menos atraer a Trecena al bando de Atenas. Y también la isla de Egina, con la que los atenienses volvían a tener disputas, tuvo que rendirse el 456 a. C, tras un asedio de tres años, e ingresó en la liga naval ática con la obligación de pagar un tributo anual altísimo de 30 talentos.

Sin embargo, las decisiones más importantes afectaron a la Grecia central. Los espartanos habían intervenido aquí en el 457 a. C, con un nutrido destacamento de tropas, en un conflicto entre los estados vecinos de Fócida y Dórida. Por miedo a fortalecer la influencia espartana en las regiones situadas al norte del Ática, los atenienses quisieron entonces cortar a los espartanos la retirada al Peloponeso, y entablaron una batalla campal en la Tanagra beocia, pero cosecharon una devastadora derrota. Apenas dos meses después los atenienses, contra toda previsión, reaparecieron en Beocia, y en Oinofyta, no lejos de Tanagra, vencieron al ejército beocio, colocando bajo su control a casi toda la Grecia central.

Pero los atenienses todavía no se daban por satisfechos con estos éxitos; querían golpear a Esparta en el corazón y sobre todo reforzar su propia posición en el oeste, frente a Corinto. Con este objetivo emprendieron el año 455 a. C. una expedición naval al mando de Tolmides, a la que se sumó uno o dos años después otra dirigida por Pericles. Zonas de la costa de Laconia fueron devastadas y se destruyeron los arsenales navales espartanos de Gytheion. La conquista de las islas de Zacintos y Cefalonia y de algunas localidades costeras en la cara norte del golfo de Corinto, así como la anexión de Acaya, afianzaron la posición ateniense también en esta región, que constituía la puerta hacia Italia y Sicilia y que, hasta entonces, había permanecido siempre bajo la influencia de Corinto.

Los éxitos militares en la primera mitad de los años cincuenta habían procurado a los atenienses una hegemonía en tierra firme griega que nunca habían alcanzado antes y que jamás volverían a alcanzar después. Su área de influencia abarcaba ahora desde las Termopilas hasta el golfo de Corinto y comprendía, junto con Acaya, Argos y Trecena, incluso zonas del Peloponeso. Al mismo tiempo, los atenienses se afanaban para seguir extendiendo el poder de la liga naval en el Egeo a costa de Persia. En el 460 a. C. habían

atacado Chipre y la costa de oriente con una gran flota, y desde allí habían continuado hasta Egipto para apoyar la rebelión del rey libio Inaros contra la dominación persa. Seis años duraron los encarnizados combates, que ambas partes acometieron con enormes esfuerzos.

Pero la rapidez y las dimensiones de la expansión del poder ateniense llevaba parejo un problema: la conservación y consolidación de dicho poder. En el 454 a. C. se puso de manifiesto que los atenienses habían sobrevalorado sus fuerzas y no lograron alcanzar finalmente sus ambiciosos objetivos: el ataque a Tesalia se reveló un fracaso y la expedición a Egipto terminó en catástrofe. Doscientos cincuenta barcos, junto con sus respectivas tripulaciones, fueron aniquilados en Nildeta por los persas. Una enorme sangría de la que Atenas se recuperó con dificultad. Por eso, los años siguientes se caracterizaron por un estancamiento en política exterior. Era necesario moderarse y cambiar de rumbo.

En esta situación, Cimón, que había regresado del exilio el año 451 a. C, logró negociar un armisticio de cinco años con Esparta. Esto no resolvía ni mucho menos las tensiones en Grecia, pero dejaba las manos libres a Atenas para forzar una nueva guerra contra Persia. También ese mismo año (451 a. C.) Cimón logró ganarse a los atenienses para emprender una nueva expedición de la flota a Chipre y Egipto. El hecho de que los atenienses, a pesar del desastre de Egipto acaecido pocos años atrás, se atrevieran a acometer esta empresa y facilitasen 200 trirremes, muestra su inquebrantable voluntad de poder y la decisión de imponer a cualquier precio su dominio. Esta actitud caracterizaría también en el futuro la política exterior de la Asamblea Popular de Atenas.

En Chipre, los atenienses consiguieron finalmente llevar a feliz término su expedición naval, pese a que se vieron obligados a levantar sin éxito el sitio de Citium, pues entre tanto había muerto Cimón. En el camino de regreso lograron una brillante victoria sobre el ejército terrestre y marítimo de los persas en la costa oriental de Chipre, en Salamina.

La muerte de Cimón marcó un cambio en la política de Atenas hacia los persas. Ganaron los valedores de una conciliación con Persia, entre ellos Pericles; y así, en el 449-448 a. C. se firmó, por mediación del ateniense Calías, una paz conciliadora, la «paz de Calías». El Gran Rey renunció a todas las acciones militares en el Egeo y en la costa occidental de Asia Menor y, a cambio, los atenienses reconocieron la soberanía persa sobre Egipto, Chipre y el Oriente. Esto apenas fue algo más que un reconocimiento del *statu quo* efectivo; pero las regulaciones del tratado respondían a los objetivos de la política de Pericles. A él ya no le interesaba extender a toda costa el dominio ateniense, sino salvaguardar lo conseguido y garantizar su estabilidad. En este contexto han de situarse también sus esfuerzos por convocar a todos los estados griegos a un congreso panhelénico en Atenas con la finalidad de discutir las bases de un orden de paz amplio y común.

El plan fracasó sobre todo por la oposición de los espartanos, que no estaban dispuestos a permitir que se consolidase la hegemonía ateniense. Solo después de que Atenas perdiera en el 447-446 a. C. su influencia en vastas zonas de Grecia central y en Megara, se mostró Esparta dispuesta a llegar a un acuerdo. En el 446-445 a. C, un tratado de paz de treinta años entre Atenas y Esparta puso un punto final provisional a las casi dos décadas de conflicto entre ambas potencias, que hoy suele denominarse la «Primera Guerra del Peloponeso». Atenas renunció a todas las ganancias territoriales en el Peloponeso; pero ambos firmantes del tratado aceptaban y garantizaban la estabilidad de su sistema de alianzas. En el futuro dirimirían sus diferencias mediante el arbitraje y no por la fuerza de las armas.

Si hacemos un balance de los últimos 15 años y nos preguntamos por las pérdidas y ganancias de Atenas, desde la perspectiva del 455 a. C. habría que hablar de pérdidas; pero, en realidad, solo se había perdido lo que a la larga hubiera sido imposible conservar. Visto en conjunto, el tratado de paz constituía una indudable ganancia para Atenas: la Liga naval ateniense y, en consecuencia, también la posición hegemónica de Atenas en el mar eran reconocidas «oficialmente» por Esparta. De este modo, Atenas consiguió la necesaria libertad de acción para consolidar de nuevo el entramado de poder de la Liga naval, que se había tornado frágil tras el arreglo con Persia.

Ya en el 454 a. C. —quizá sobre el trasfondo de la catástrofe de Egipto, pero quizá debido también a decisiones anteriores—, los atenienses habían acometido cambios fundamentales en la estructura organizativa de su Liga naval. La caja de la alianza había sido trasladada a Atenas y colocada bajo la protección de la diosa de la ciudad, Atenea, a cuyo tesoro del templo había que trasladar en adelante la sexagésima parte de todas las aportaciones de la Liga. Los atenienses erigieron en la Acrópolis grandes y ostentosas estelas de piedra, algunas de varios metros de altura, en las que, a partir del 454-453 a. C., consignaron, año tras año, las contribuciones a la diosa («listas tributarias áticas»). Con el traslado de la caja de la Liga se dio por disuelta la asamblea de la Liga en Delos, transfiriéndose la capacidad de decisión en todos los asuntos de la alianza a la Asamblea Popular de Atenas. Además, Atenas se convirtió en el único fuero competente para cualquier delito grave que se cometiera en todo el territorio de la alianza. Con ello se dieron los primeros pasos para transformar la Liga naval ateniense en un imperio marítimo de Atenas, convirtiendo a sus aliados en súbditos. En las próximas décadas, los atenienses prosiguieron con coherencia este camino, aunque en la época de Pericles, según parece, con mayor moderación que después, durante el periodo de la Guerra del Peloponeso.

El sistema monetario y de medidas quedó unificado por ley en todo el territorio aliado. Cada polis aliada fue obligada a participar en las Grandes Dionisiacas y en las Panateneas de Atenas y a contribuir con especiales dádivas a la organización de esas fiestas. En las Grandes Dionisiacas se celebraba la entrega anual de los tributos, poniendo en fila en la «orquestra», ante los ojos de los espectadores congregados en el teatro, cientos de recipientes rellenos cada uno con 26 kilos de plata de los aliados. Los atenienses también intervenían directamente en los asuntos internos de algunos aliados con el fin de asegurar su dominio; colocaron en el poder equipos de gobierno amigos, y les facilitaron supervisores atenienses para que los secundasen. En numerosas ciudades se acantonaron tropas de ocupación y se impulsó sistemáticamente la fundación de colonias atenienses.

En Atenas esta política apenas encontró oposición. Cualquiera podía percibir claramente sus ventajas y nadie deseaba renunciar a ellas. La construcción y mantenimiento de la flota de guerra, así como el servicio de remeros, procuraban buenos ingresos a muchos atenienses, garantizados por los pagos regulares de los aliados. Miles de ciudadanos hallaron en las colonias exteriores de Atenas una nueva patria que les ofrecía casa, granja y tierra de cultivo suficiente. La economía y el comercio florecían dentro del territorio de la Liga naval; y los ingresos procedentes de los derechos aduaneros y portuarios incrementaban la riqueza de la ciudad y de sus habitantes.

La consolidación de Atenas como nuevo centro de poder y como centro cultural de toda Grecia fortaleció la posición de Pericles. Política de poder y democracia habían contraído una unión indisoluble y apenas quedaban flecos sueltos. Tras el ostracismo en el 443 a. C. de su más duro antagonista, Tucídides —hijo de Melesias y tocayo del famoso historiador—, Pericles consolidó de manera indiscutible su posición dirigente en



Atenas y durante los tres lustros siguientes fue reelegido todos los años estratega por la Asamblea Popular. Esto indujo al historiador Tucídides a sentenciar que, por aquel entonces, y aunque nominalmente se consumó la democracia, lo que en realidad se consumó fue el poder del hombre que estaba al frente del Estado.

Pero entre los miembros de la Liga naval la política expansionista de los atenienses encontraba cada vez mayor oposición. Se extendió el malestar por el desarrollo del sistema de colonias, y las continuas intromisiones de Atenas en los asuntos internos de los aliados no solo agudizaron las tensiones políticas dentro de esos estados, sino que provocaron la reaparición de Esparta, cuyo apoyo contra los intentos de intervención de Atenas se solicitaba cada vez más. La precariedad de la situación se puso de manifiesto de manera fulminante en el 440 a. C, cuando Atenas intervino en una disputa entre Samos y Mileto por la ciudad de Priene, provocando al final la salida de la primera de la Liga naval. La defección de Samos amenazó con convertirse en un incendio devastador después de que también Bizancio se separase de Atenas. A duras penas logró Atenas controlar la situación, entre otras razones porque los espartanos se mantuvieron al margen. No obstante, la «guerra de Samos» había puesto al borde de un nuevo conflicto a las dos grandes potencias, siete años después de firmarse la paz de treinta años, pues Esparta se planteaba si intervenir en Samos, rompiendo de ese modo la paz.

El factor decisivo en el fracaso de estos planes fue la actitud de rechazo de Corinto, el principal aliado de Esparta. Evidentemente, los corintios aún temían la confrontación con Atenas. Pero la situación cambió a mediados de los años treinta, cuando los atenienses de Corcira se dejaron arrastrar a los enfremamientos con Corinto por la ciudad filial de Epidamnos (la actual Durres/Durazzo albanesa) y, con su participación, decidieron primeramente el conflicto en favor de Corcira. La escalada de los acontecimientos, que concluyeron de manera provisional (y todavía insegura) en el 433 a. C. con una batalla naval en las islas Sybota al sur de Corcira, patentizó la enorme inclinación a la guerra existente en ambas partes. Sin embargo, la colisión directa entre las dos grandes potencias, Esparta y Atenas, no llegó a producirse porque Corinto —por última vez— se abstuvo de solicitar la intervención de Esparta.

### *Sociedad y economía*

Una vez que todos los ámbitos de decisión política estuvieron en manos de la totalidad de la ciudadanía ateniense, se planteó más vivamente que nunca la cuestión de los requisitos para acceder al derecho de ciudadanía. En tiempos de Clístenes un gran número de extranjeros había obtenido la ciudadanía; también en la primera mitad del siglo V se había concedido este derecho a muchos *metróxenoí*, personas que descendían de padre ateniense y madre no ateniense. Sin embargo, la radicalización de las formas constitucionales a partir del 462-461 a. C. condujo a restringir más la ciudadanía ateniense. Esta tendencia a restringir el derecho de ciudadanía se aceleró debido a la creciente afluencia de extranjeros que intentaban aprovecharse del aumento de poder de Atenas.

En el 451 a. C. una ley de ciudadanía introducida por Pericles, y según la cual solo podían convertirse en ciudadanos atenienses aquellas personas cuyos dos progenitores también lo fueran, clarificó definitivamente las cosas. Solo en casos excepcionales, como homenaje a especiales méritos y partiendo de una resolución especial de la Asamblea Popular, podía concederse la ciudadanía de Atenas a los no atenienses. Es decir, que la posesión del derecho de ciudadanía dependía normalmente de la acreditación del linaje, cuya legitimidad se revisaba en las «fratrías» y «demos» y, en caso de duda, en el Tribunal Popular. El requisito para la adquisición de los derechos

cívicos tras alcanzar la mayoría de edad a los dieciocho años era la inscripción en una lista de ciudadanos (*lexiarchikón grammateíon*) que se llevaba en el «demos» natal (hereditario). Como los nuevos ciudadanos tenían además que cumplir primero un servicio militar de dos años (*ephebeía*) y durante ese tiempo quedaban excluidos de participar en la Asamblea Popular, después eran inscritos en una segunda lista (*pínax ekklesiastikós*) que les abría el acceso a la *ekklesía*.

Estas listas de ciudadanos estaban sometidas a severos controles, los cuales, poco después de la entrada en vigor de la nueva ley de ciudadanía (445-444 a. C), provocaron la eliminación de cinco mil personas. Pero también más adelante la revisión de la condición de ciudadano siguió siendo para los atenienses una cuestión importante; siempre tuvieron mucho cuidado de defender sus privilegios ciudadanos frente a intervenciones externas, sobre todo en vista del rápido incremento de la población global en el siglo v. En los años cuarenta y treinta del siglo V a. C. vivían en el Ática más de 300.000 personas, de las que apenas la mitad eran ciudadanos atenienses. A su vez, solo los ciudadanos varones de pleno derecho poseían derechos políticos; en el siglo V su número debió de oscilar entre 30.000 y 45.000, y en el siglo IV entre 20.000 y 30.000, de modo que en la época de mayor esplendor de la democracia ateniense, al final, todas las competencias políticas estaban en manos del 15 por 100 de la población total a lo sumo. Sin embargo, esta relación numérica no debe extrañar si la analizamos dentro del contexto de la situación específica de Atenas. Por una parte, al igual que en todas las sociedades de la Antigüedad, las mujeres estaban excluidas de los procesos de decisión política. Además, el número de ciudadanos de otros estados era extraordinariamente elevado, ya que los atenienses —al contrario que los espartanos, por ejemplo— practicaron siempre una política de extranjería muy liberal. Hasta 40.000 extranjeros («metecos») y sus familias vivían de manera permanente en la ciudad de Atenas y sus alrededores. Pero la fracción, con creces, más numerosa de la población no ateniense la constituían los esclavos (en ocasiones más de 100.000), que constituían la tercera parte de la población total del Ática. Esta cifra, extremadamente alta en comparación con otras polis de la Antigüedad, solo se explica por la riqueza y la prosperidad económica de Atenas.

Los privilegios de los ciudadanos atenienses no se limitaban al ámbito político. En efecto: únicamente los atenienses tenían derecho a la propiedad de casas y tierras; a los no atenienses este derecho solo se les concedía en raras ocasiones —como una distinción especial— y por acuerdo popular. Los delitos criminales contra ciudadanos atenienses solían ser valorados jurídicamente de forma distinta que los mismos delitos cometidos contra extranjeros o esclavos. Además, los ciudadanos de Atenas disfrutaban de numerosas ventajas financieras. Entre estas figuraban no solo los pagos de dietas por el ejercicio de cargos políticos y, desde comienzos del siglo IV, por asistencia a la Asamblea Popular (*ekklesiastiká*), y finalmente (desde mediados del siglo IV) también al teatro (*theoriká*). Las ayudas a inválidos y huérfanos, como por ejemplo la distribución de donaciones de grano, que facilitaban las potencias extranjeras en tiempos de necesidad, estaban asimismo limitadas al círculo de los ciudadanos atenienses.

Los atenienses —al igual que los ciudadanos de otras muchas polis— también estaban exonerados de pagos regulares de tributos. Solo en casos imperiosos de necesidad y con los correspondientes acuerdos populares se les podía solicitar el pago de un impuesto patrimonial extraordinario (*eisphorá*), que más tarde, en el siglo IV, fue sustituido por el denominado sistema de «*symmorías*» basado en el valor del patrimonio. Los ciudadanos tenían que prestar «*leiturgías*» en lugar de pagar impuestos. Las «*leiturgías*» (*leiturgía*, prestación de servicio al pueblo), al principio voluntarias, se

desarrollaron en la Atenas democrática hasta convertirse en un sólido sistema de financiación. En el marco de este sistema se repercutieron directamente los gastos por tareas estatales centrales a ciudadanos más acomodados que disponían de un determinado patrimonio mínimo.

Estas prestaciones afectaban sobre todo al ámbito de los cultos y festividades públicos (a nivel de «demos» y de polis) y al de la guerra. Aquí hay que incluir, por ejemplo, la financiación de las representaciones dramáticas y musicales en los grandes días festivos («*choregie*») y el pago para equipar, entrenar y mantener a los equipos que participaban en los múltiples campeonatos públicos con ocasión de grandes celebraciones religiosas («*gymnasiarchie*»); también los gastos de la legación religiosa anual al santuario de Apolo en Delos se recogían mediante una «leiturgia» («*architheorie*»). La «leiturgia» más importante y cara era la «*trierarquía*». Cada trierarca era responsable durante un año del mantenimiento de un trirreme. La polis ponía el barco junto con la dotación básica y asumía la soldada de la tripulación, mientras que el trierarca tenía que completar el armamento, ejercitar a la tripulación y se responsabilizaba del mantenimiento del barco que estaba bajo su mando durante ese período.

Anualmente había que hacer entre 100 y 120 «leiturgías» regulares, y además, en caso de guerra, otras muchas extraordinarias, como la trierarquía. Esto conllevaba cargas financieras muy elevadas, a menudo de varios miles de dracmas (el salario medio diario equivalía a un dracma). Por lo general, solo cada dos años a lo sumo se era llamado para encargarse de una «leiturgia». Debido a sus elevados costes (de 4.000 a 6.000 dracmas), durante la Guerra del Peloponeso la trierarquía fue dividida entre dos personas, y finalmente, en el siglo IV, fue adaptada al sistema de «*symmorías*». Sin embargo, las «leiturgías» no deben considerarse una mera contribución forzosa; también ofrecían a muchos ciudadanos ricos la posibilidad de destacar y obtener prestigio en el sistema democrático. En la cotidianidad política y ante un tribunal, la enumeración de las «leiturgías» prestadas, muchas veces por encima de la medida obligatoria, podía servir como demostración de los méritos por el bien común de la polis y como ejemplo de virtudes cívicas.

La exclusión de las mujeres de todas las decisiones políticas corría pareja con su clara posición de inferioridad legal frente a los hombres, en Atenas incluso mucho más marcada que en otras ciudades griegas. La ateniense dependía durante toda su vida de un tutor. Este era primero su padre y, tras su muerte, el hermano mayor u otro miembro masculino de la familia; eran estos quienes decidían la elección del marido. Con la boda, los derechos de tutela pasaban al marido, pero en caso de divorcio retornaban, al igual que la dote, a la familia de la mujer. La dote también debía devolverse si la mujer moría sin descendencia. Una mujer, por principio, no podía heredar, a lo máximo asumir una herencia de modo provisional, en calidad de «hija llamada a suceder» (heredera interina) mientras faltase sucesión masculina. Las mujeres tampoco poseían capacidad contractual excepto a través de su tutor, que tenía que representarlas ante el tribunal. Sin embargo, sería una conclusión errónea deducir forzosamente de esta situación legal la correspondiente posición de inferioridad de las atenienses en la vida pública y cotidiana. Aunque las mujeres estaban sometidas a todas esas limitaciones, disponían de una libertad de movimientos mucho mayor de lo que se suele suponer.

La fijación de los derechos de la ciudadanía ática iba acompañada de una configuración firme de los derechos y obligaciones de los ciudadanos extranjeros. Para los extranjeros (*xénoi*) que estaban provisionalmente en Atenas regían en el ordenamiento legal ateniense las reglas del derecho habitual de extranjería desarrollado en todo el mundo griego siguiendo el modelo del derecho de hospitalidad. Los

extranjeros cuya ciudad natal hubiera concertado con Atenas el correspondiente tratado de asistencia judicial tenían privilegios especiales especificados en cada caso. Además, podían dirigirse a un ateniense que mantuviera especiales relaciones de proximidad con su polis y cuyos intereses representaba en Atenas en calidad de *próxenos* (hoy lo denominaríamos «cónsul»).

Los extranjeros (*métoikoi*) con residencia fija en Atenas constituían un grupo especial.

Ya en fecha muy temprana, los atenienses habían fomentado el asentamiento de extranjeros para reactivar la economía. En la época clásica apenas existía un sector económico en el que no actuaran metecos. Se los encuentra en todos los ramos de la artesanía y de la industria y como médicos, directores de obras, heraldos, etcétera, e incluso en muchos cargos públicos. Grandes casas comerciales y fábricas de armas, así como numerosas compañías navieras, estaban también en sus manos; hasta la banca ateniense estaban controlada en gran parte por metecos. Numerosos artistas, literatos y científicos vivían asimismo como metecos en Atenas e influyeron duraderamente en la vida cultural de la ciudad: filósofos y médicos como Hipócrates de Cos, Anaxágoras de Clazomene, Protágoras de Abdera; artistas como Polignoto de Tasos y Zeuxis de Heraclea; historiadores y oradores como Heródoto de Halicarnaso, Lisias de Siracusa, Gorgias de Leontini... Estos pocos nombres representan a muchos más.

Los derechos de los metecos en Atenas estaban generosamente fijados, de acuerdo con su elevada posición en la economía y en la sociedad. En su actividad profesional no estaban sometidos a limitación alguna. Disfrutaban de capacidad jurídica plena y de la misma protección jurídica personal que los ciudadanos atenienses, aunque estaban sometidos al fuero de extranjeros. Pero el derecho de residencia y la protección jurídica obligaban también a los metecos a participar en las «leiturgías», en los pagos de *eisphorá* y en el servicio militar, aunque habitualmente solo eran llamados a participar en la defensa territorial y en el servicio naval. Pero a pesar de que los metecos estaban equiparados en muchos aspectos a los ciudadanos atenienses y de que en las relaciones cotidianas tampoco existían apenas limitaciones, su condición de extranjeros seguía siendo claramente reconocible. La obligación de pagar un impuesto de capitación anual (*metoíkion*) de 12 dracmas (las mujeres pagaban 6 dracmas) evidencia la separación entre metecos y ciudadanos tanto como la prohibición de comprar tierras. Además, cada meteco tenía que elegir a un ateniense que, frente a la ciudadanía, funcionase como una especie de patrón y fiador suyo (*prostátes*).

En la época clásica, el grupo de población más numeroso con diferencia de los no atenienses lo constituían, como ya dijimos, los esclavos, sin los cuales sería imposible concebir la vida cotidiana de Atenas. El auge económico de la ciudad y la creciente riqueza permitieron a numerosos ciudadanos y metecos comprar esclavos. La adquisición de un esclavo era muy cara (oscilaba entre seis y veinticuatro veces el salario mensual medio); pero además había que correr con su manutención, por lo que no todo el mundo podía comprar los esclavos que se antojara. Así, en algunas granjas de menor tamaño del Ática había —cuando los había— uno o dos esclavos fijos, toda vez que el alquiler temporal de esclavos y jornaleros solía ser más barato. Los labradores ricos, sin embargo, se permitían gran cantidad de esclavos, que a menudo incluso estaban dirigidos por un administrador, asimismo esclavo. En la ciudad, los ciudadanos ricos disponían de hasta 50 esclavos, y los miembros de la clase media hasta 10, que realizaban las tareas cotidianas de la casa (cocineros, criadas, etc., pero también nodrizas y pedagogos).

La mayoría de los esclavos trabajaban en cuestiones relacionadas con la economía, en todos los sectores profesionales, desde los puertos hasta la banca. De la clase de los

esclavos procedían técnicos muy especializados, así como peones y obreros no especializados. A veces también se encomendaban a esclavos actividades empresariales libres (por ejemplo, la dirección independiente de comercios). A pesar de lo dicho, no cabe hablar en Atenas de esclavitud masiva. El número de esclavos que trabajaban en las distintas empresas siempre se mantuvo dentro de unos límites razonables. La cifra más elevada que ha llegado hasta nosotros son los 120 trabajadores esclavos de la fábrica de armas del meteco Kephalos (padre del retórico Lisias). Las minas de Laureion, en las que llegaron a trabajar en las condiciones más deplorables hasta 20.000 esclavos, pertenecientes a un gran número de empresarios o alquilados por estos, constituían una excepción.

Los esclavos no eran solo propiedad de particulares; también la polis como tal poseía esclavos. Estos «esclavos estatales» (*demósioi*) ayudaban a los magistrados en el cumplimiento de sus obligaciones. Entre otras cosas, desempeñaban labores de escribientes y contables en la administración judicial y financiera, y como archiveros se encargaban de la custodia de los documentos públicos. También los cargos de verdugo, torturador y carcelero estaban en manos de los esclavos estatales. A veces desempeñaban incluso funciones policiales: hasta mediados del siglo IV, un grupo de intervención especial compuesto por 300 arqueros escitas al mando de un oficial ateniense se encargaba de mantener la paz y el orden en la Asamblea Popular y en los tribunales. La polis poseía asimismo operarios (*ergátai*), que trabajaban, por ejemplo, en la construcción de caminos y en la casa de la moneda estatal y, en ocasiones, también tenían que colaborar en la construcción de edificios públicos.

La situación jurídica de los esclavos era tan homogénea como diferente era su situación social y sus condiciones de vida concretas. Al igual que en todo el mundo antiguo, los esclavos carecían en principio de libertad personal. Eran —según Aristóteles— «posesión viviente» y propiedad de su señor, que tenía la capacidad de disponer en exclusiva de su persona y, por tanto, podía alquilarlos, empeñarlos y venderlos a su arbitrio, así como disponer de ellos a voluntad en su testamento. Sin embargo, el esclavo estaba protegido de la total arbitrariedad de su señor, aunque no fuera más que porque su compra era siempre una inversión cara, por lo que a su señor le interesaba conservar el mayor tiempo posible su fuerza de trabajo.

Parece que las liberaciones de la esclavitud no fueron frecuentes en Atenas, en comparación con la praxis de la Roma clásica. No obstante, los liberados debieron constituir una parte notable, aunque no determinable con exactitud, del conjunto de la población. La liberación, que lógicamente requería siempre la aprobación del propietario del esclavo, se producía bien de manera gratuita —por ejemplo, por especiales merecimientos— o mediante la compra de la libertad. Un esclavo podía pedir prestado el dinero a terceras personas para comprar su libertad; pero a algunos esclavos su señor les daba la posibilidad de reunir ahorros propios y utilizarlos después para comprar su libertad. Tras su liberación, un esclavo tenía los mismos derechos y obligaciones que un meteco, aunque por lo general estaba obligado hasta la muerte de su liberador, que también funcionaba como su *prostátes*, a prestarle servicios establecidos contractualmente (contrato de *paramoné*) y solía quedarse a vivir en su casa.

A pesar de que los esclavos constituían un pilar fundamental de la economía ática, apenas es posible hablar de una economía esclavista pura. No había ninguna actividad a la que se dedicaran únicamente los esclavos. Incluso en las canteras del Pentélico y del Himeto y en las minas de Laureion trabajaban —a menudo en las mismas pésimas condiciones— ciudadanos y metecos libres, además de los esclavos.

Como en todas las economías de la Antigüedad, la agricultura era la columna

vertebral de Atenas. Pese a la diversidad de sus actividades, la sociedad ateniense siguió teniendo un marcado carácter campesino. Todo el Ática estaba recorrida por una densa red de pequeñas ciudades, asentamientos rurales e innumerables granjas aisladas. Como las superficies cultivables eran limitadas, cada trozo de tierra era aprovechado intensivamente. La mayoría de las granjas tenían un aceptable tamaño medio y pertenecían a labradores que administraban su granja como *auturgoí* («autónomos»). Pero existían también propiedades rurales mayores, cuyos propietarios solían vivir en la ciudad y administraban sus propiedades a través de capataces con esclavos y jornaleros.

De acuerdo con las costumbres alimenticias de la época, en la agricultura predominaba la tríada de cereal, olivos y vino. Donde el suelo lo permitía, se prefería el trigo, en caso contrario se sembraba cebada. Como el cultivo de cereal resultaba muy laborioso, era desplazado por el cultivo del olivo y de la vid, toda vez que este era mucho más rentable. Esto agudizó todavía más la notoria escasez de cereales en el Ática. Desde las postrimerías del siglo VI como muy tarde, y acaso antes, los atenienses dependieron de regulares y cuantiosas importaciones de grano procedentes de Sicilia y de Egipto, y también de la zona del mar Negro.

El menú cotidiano de Atenas se basaba en productos sencillos como lentejas, alubias, guisantes, ajo y cebollas que se cultivaban en cualquier pequeño huerto, pero que también ofrecían los campesinos en el mercado. Entre las variedades de fruta más apreciadas, además de las manzanas, peras, ciruelas y moras, figuraba el «hermano de la vid», como Hiponax de Éfeso denominó una vez al higo. En la ganadería predominaba la crianza de ovejas, cabras y cerdos, ya que el terreno pobre del Ática era completamente inadecuado para criar ganado vacuno. La carne siempre fue cara y generalmente solo se comía en ocasiones especiales, por ejemplo, en las grandes celebraciones religiosas y fiestas de sacrificios; por lo demás —sobre todo en la ciudad—, se comía más pescado que carne, ya que este (a diferencia de lo que sucede en la actualidad) era más barato.

El grado de autoabastecimiento de los campesinos del Ática era comparativamente alto, incluso en la época clásica. En un hogar campesino muchos objetos de uso cotidiano se realizaban personalmente. Por eso las especializaciones artesanales estaban mucho menos desarrolladas que en la ciudad de Atenas, el Pireo y los grandes centros de «demos» del Ática, donde se podían encontrar todos los oficios imaginables. Y, al igual que sucede todavía hoy en el centro de la ciudad vieja de Atenas, también entonces había determinados barrios reservados a los diferentes oficios. Así sucedía con los carniceros y pescaderos, con los zapateros, herreros, curtidores y, por supuesto, con las prostitutas. No es imposible imaginarse el animado, variopinto y laborioso trajín del Ágora y de las retorcidas callejuelas de los barrios vecinos.

Por lo general, las pequeñas empresas domésticas producían para el mercado local. Sin embargo, el aceite, el vino, la miel y otros productos agrícolas del Ática, famosos por su calidad en todo el ámbito mediterráneo, se exportaban en grandes cantidades; a esto hay que añadir materias primas —sobre todo plata, plomo y mármol— y cerámica ática —tanto mercancía en serie como piezas de mayor calidad—, que encontraban compradores en todo el extranjero. Favorecidos por el desarrollo de la Liga naval, los puertos de Atenas se convirtieron en importantes emporios comerciales que proporcionaban también considerables ganancias gracias a las elevadas tasas aduaneras. Los ingresos procedentes de las exportaciones y las aduanas compensaban en parte las valiosas importaciones de grano, madera para la construcción de barcos, cobre y un sinnúmero de otras mercancías. En el mercado se podía encontrar de todo en cualquier momento, lo que provocó la burla del comediógrafo Aristófanes cuando afirmó que uno nunca sabía bien en qué estación del año se encontraba.

Una de las más importantes fuentes de beneficios era la mina de plata de Laureion. En ningún otro lugar del Ática debieron concentrarse en la época clásica tantos trabajadores en un espacio tan reducido como en ese distrito industrial del sur de la zona, del que todavía hoy se conservan impresionantes restos en los valles situados al norte del cabo Sunion. Decenas de miles de obreros —sobre todo esclavos, pero también ciudadanos y metecos, como dijimos— trabajaron allí en profundas galerías y en pozos excavados bajo tierra, en las gigantescas cisternas y lavaderos de mineral y en los hornos de fundición para explotar los yacimientos y obtener la codiciada plata de la que se acuñaban los «dólares» de la época clásica, las famosas monedas de plata con la cabeza de Atenea en el anverso y el búho en el reverso.

### *Atenas, escuela de Grecia*

En su discurso fúnebre dedicado a los caídos durante el primer año de la Guerra del Peloponeso, Pericles calificó a la Atenas de entonces de «escuela de Grecia» (*tes Helládos paídeusis*). Según él, los atenienses eran un modelo digno de imitación para los demás griegos no solo por su poder y su sistema democrático, sino también en los ámbitos del arte y la literatura, de la filosofía y de las ciencias. De hecho, durante los cincuenta años comprendidos entre las guerras médicas contra los persas y la Guerra del Peloponeso, es decir durante la «pentekontaétis», Atenas se había convertido en la nueva potencia hegemónica y en el centro cultural del mundo antiguo. El poder y la riqueza de la ciudad formaban tal simbiosis con la cultura que empequeñecía con creces todo lo anterior. Pero por decisiva que hubiera sido para este esplendor la pausa en las hostilidades contra los persas, los orígenes venían de antes, en un proceso de evolución que solo se vio interrumpido temporalmente durante las guerras contra los persas. No todo lo nuevo que después se concibió y se creó tenía su origen en esta nueva Atenas, sino también en la Atenas de la época pisistrátida y, sobre todo, de la época de Clístenes.



Representación de una fundición: a la izquierda, el horno de fundición; a la derecha, montaje de una estatua de bronce; crátera ática de figuras rojas, 490-480 a. C, de Vulci; 30,5 cm de diámetro; foto: *Bildarchiv Preussischer Kulturbesitz*, Berlín.

Las experiencias de las guerras médicas y el entusiasmo de los griegos por su autoafirmación habían liberado por doquier —en la metrópolis griega y en el mundo del Egeo, en Asia Menor y en la Italia meridional— fuerzas creadoras radicalmente nuevas. Pero la ciudad de Atenas era, sin duda, la auténtica culminación de cuanto lo que hoy se vincula al concepto de «clasicismo» griego. La Liga naval florecía y el dinero aflucía a las arcas atenienses. La riqueza permitía no solo alumbrar ideas nuevas, sino también ponerlas en práctica. Ningún otro lugar ofrecía a los artistas, filósofos y científicos de todo el mundo un campo de actuación tan fructífero como esta polis. En las décadas pasadas, los atenienses habían experimentado que merecía la pena intentar lo inaudito. Esto los había hecho receptivos para lo nuevo y extraordinario también en el ámbito cultural, tanto más si el vanguardismo artístico podía conferir una expresión adicional a sus éxitos y pretensiones políticas.

Así que se atrevieron a competir incluso con los grandes centros religiosos panhelénicos de Delfos y Olimpia y a aventajarlos en la construcción y equipamiento de santuarios propios. Durante décadas, en Atenas y en todo el Ática los templos destruidos por los persas habían quedado reducidos a escombros. En la construcción del escarpado muro norte de la Acrópolis se habían utilizado trozos de vigas y tambores de las columnas del viejo templo de Atenea y del «Pre-Partenón» bien visibles (hasta hoy) como recordatorios permanentes de la guerra. Desde entonces, las celebraciones religiosas se habían desarrollado en lugares sagrados erigidos de manera precaria. Solo aquí o allá se habían dado vacilantes inicios de reconstrucción. A comienzos de los años 40 inició Pericles un amplio programa de edificación, cuyo punto culminante sería la completa reestructuración de la Acrópolis, enlazando con esfuerzos similares acometidos durante la época de Clístenes. Todo se rehízo nuevo: la construcción del Partenón —sobre los cimientos del «Pre-Partenón» iniciado en la época de Clístenes (en el lugar de un edificio anterior aún más antiguo)— en solo dieciséis años, entre el 447 y el 432 a. C., según planos de los arquitectos Ictinos y Calícrates y del escultor Fidias, dinamitó todas las proporciones habituales hasta entonces de un templo dórico. El número y disposición de las columnas, la ornamentación escultórica y todas las dimensiones del cuerpo de obra superaron en tamaño, en equilibrio y en armonía incluso al entonces recién terminado templo de Zeus en Olimpia; y la estatua crisoelefantina (oro y marfil) de 12 metros de altura de Atenea Pártenos situada en el interior del templo no tenía nada que envidiar en esplendor y grandeza a la estatua crisoelefantina del Zeus de Olimpia, obra del mismo escultor (Fidias) y admirada como una de las maravillas del mundo. Los modernos trabajos de restauración han evidenciado que la construcción del Partenón fue una obra maestra desde el punto de vista técnico, de una precisión increíble y milimétrica.

La ejecución de este programa de obras fue algo característico de toda la ciudadanía ática, consciente de su propio valor y deseosa de novedades. En efecto, por mucho que se pueda considerar a Pericles el auténtico motor de la empresa, el proyecto y progreso de la obra requería la aprobación de la Asamblea Popular y los correspondientes acuerdos de las comisiones de obra creadas y controladas por ella. Por tanto, la espléndida ampliación de la ciudad se sustentaba en la voluntad mayoritaria de la ciudadanía ateniense. Lo que no excluye que los proyectos se discutieran intensamente y a veces fuese necesario concertar compromisos, como, por ejemplo, en el caso de la nueva construcción de los Propileos (437-432 a. C.) proyectada por el arquitecto Mnesicles, unas puertas monumentales que cerraban la amplia escalinata de la Acrópolis. Esta zona de entrada debía estar flanqueada por dos secciones laterales simétricas, pero una de ellas, la del sur, en consideración al nuevo templo de Atenea Niké proyectado en su antiguo lugar, fue acertada y no ejecutada por completo.





El suntuoso equipamiento de los lugares de culto y de las plazas públicas contrastaba claramente con los barrios de calles sinuosas y casas más bien modestas, construidas casi todas de adobe; contraste que, más de un siglo después, asombraría a Heráclides, el narrador de viajes de la Antigüedad. Por el contrario, los oradores atenienses de la época clásica alababan todavía este contraste como prueba del espíritu colectivo ciudadano y de discreción privada, y consideraron la tendencia creciente durante el siglo IV a las casas lujosas y a la autoostentación pomposa, por ejemplo en el arte funerario, un signo amenazador para el régimen democrático.

Si en las artes plásticas fueron siempre estímulos externos los que influenciaron y fomentaron en Atenas la creación artística, la tragedia y la comedia constituyen creaciones atenienses completamente autóctonas, cuya intemporalidad se pone de manifiesto hasta nuestros días. Sus inicios se remontan hasta muy atrás, en el periodo arcaico, estrechamente ligados desde el principio a las celebraciones religiosas en honor del dios Dioniso. Su fiesta principal eran las «Grandes» o también «Ciudadanas» Dionisiacas, que se celebraban en el noveno mes del calendario ático, en «Elaphebolión» (marzo-abril), y que desde finales del siglo VI incluían un certamen teatral. Al principio solo se representaban tragedias. Posiblemente en estrecha relación con la reorganización estatal de Clístenes, durante la última década del siglo VI el *agón* («concurso») adoptó formas más definidas: en tres días sucesivos se representaban tres tragedias («trilogía») en cada uno, por regla general unidas temáticamente, a las que seguía un juguete satírico. Cada una de estas «tetralogías» procedía de la pluma de un autor, escogido previamente entre un grupo de candidatos. A partir del 486 a. C. se desarrollaron también en las Grandes Dionisiacas concursos de comedias, en las que, a lo largo de un día, competían cinco obras de diferentes autores. Desde la segunda mitad del siglo V se celebraron adicionalmente también en las *Lénaia* —una fiesta en honor de Dioniso en el mes de «Gamelió» [mes de los matrimonios] (enero-febrero)— concursos teatrales, en los que competían dos veces dos tragedias y otra cinco comedias. Así, durante unos pocos días al año se llegaban a representar hasta 26 obras teatrales. En el teatro situado en la ladera sur de la Acrópolis, miles de espectadores seguían los espectáculos, por lo general excelentes, hasta diez horas diarias. Esto no solo constituía una gran labor intelectual que presuponia un nivel cultural comparativamente alto de amplias capas de la población ateniense; implicaba también esfuerzo físico, máxime si tenemos en cuenta que, hasta la segunda mitad del siglo IV, las filas de asientos del teatro se componían de sencillos asientos de madera construidos en la pendiente natural, y que en la época de las representaciones (enero-febrero o marzo-abril) el tiempo no siempre debía ser estable en la Grecia de entonces.

Las tragedias tematizaban de forma siempre nueva los conflictos fundamentales de la existencia humana, valiéndose del entramado de tensiones entre los dioses o de las normas ético-morales, por una parte, y la decisión y actuación individuales, por otra. Al incluir los temas de libertad y necesidad, de venganza, orgullo desmesurado, culpa y expiación en narraciones siempre variadas de los mitos tradicionales, los trágicos creaban el distanciamiento necesario para resaltar con mayor claridad la universalidad de sus mensajes. La relación con los mitos conocidos provocaba en los espectadores, mediante la compasión y el miedo, una *kátharsis* («purificación») generadora de significado en un tiempo de cambio acelerado y de profundas transformaciones políticas.

El tratamiento directo de temas contemporáneos, como en *Milétu Hálosis* (*La caída de Mileto*) de Frínico o en *Pérsai* (*Los persas*) de Esquilo, constituía una rarísima excepción en las tragedias. En las comedias las cosas eran completamente distintas: no eran en modo alguno inofensivos saínetes, sino más bien una especie de cabaré político.

Con un sarcasmo a menudo mordaz y burlas sangrientas, atacaban abiertamente escándalos públicos y privados y sometían a una crítica implacable a los políticos del momento.

Hoy solo conservamos parte de las más de dos mil tragedias, comedias y sátiras que se representaron hasta el final del siglo V durante las Grandes Dionisiacas y Leneas. Se conservan íntegras 32 tragedias justas, y exclusivamente de los tres «clásicos», Esquilo, Sófocles y Eurípides, cada uno de los cuales debió escribir, sin embargo, obras de muy diversa índole. Así, por ejemplo, junto a las siete tragedias conservadas de Esquilo y de Sófocles, hay que poner entre ochenta y ciento veinte obras perdidas, de las que conocemos a lo sumo los títulos o algunos fragmentos. De las comedias atenienses de la época clásica aún sabemos menos. Conocemos los nombres de casi 100 comediógrafos de los siglos V y IV, pero solo se conservan íntegras 11 obras (de un total superior a 40) de un único poeta, concretamente Aristófanes. Visto así, nuestros conocimientos actuales del contenido y de la expresividad de los dramas clásicos siempre será fragmentario y parcial. Sin embargo, lo poco que ha sobrevivido al tiempo permite adivinar qué tesoro se ha perdido para siempre.

Todo lo dicho es igualmente aplicable a los ditirambos, de los que hoy solo conocemos fragmentos, cantos corales en honor de Dioniso, cuya declamación ya se organizó en época de Clístenes, en forma de *agón* o concurso entre las recién creadas 10 «filés». Cada «filé» tenía que organizar un coro de hombres y de muchachos con cincuenta cantores cada uno, que libraban un concurso de cantantes en las Grandes Dionisiacas y también en algunas otras festividades. Cada coro era financiado por un corega, que en caso de victoria podía colocar, por sí y por «su» «filé», un trípode votivo en la «calle de los trípodes» que conducía hasta el teatro de Dioniso, de la que es un ejemplo especialmente bello el «monumento de Lisícrates» que aún podemos contemplar hoy (en la ciudad vieja de Atenas). En el curso del tiempo se compusieron miles de ditirambos, sometidos a una creciente experimentación, como la que practicaron en Atenas vanguardistas musicales del tipo de un Kinesias o un Timoteo mediante la introducción de nuevos ritmos y espectros sonoros.

El desarrollo de nuevas formas en la música, en las artes plásticas y en la creación literaria se correspondía de forma muy fructífera con el desarrollo de nuevas ideas en el pensamiento y la filosofía. También aquí se aunaban muchas cosas en Atenas, cuya época clásica sentó las bases de su fama como centro intelectual de la filosofía y de la retórica, una fama que sobreviviría al ocaso político de la ciudad en la época helenística y de cuyo esplendor aún acertaron a beneficiarse los atenienses de la época romana.

Los cambios sociales y políticos de la Atenas clásica plantearon de nuevo la cuestión del fundamento de la existencia humana. Al igual que la tragedia, también la filosofía buscaba respuestas a los interrogantes de la época. En los siglos VI y V los filósofos de la naturaleza de Asia Menor (por ejemplo, Tales, Heráclito, Anaximandro y Jenófanes), así como Pitágoras y sus discípulos y los «Eleatas» en el sur de Italia (Parménides, Zenón), habían trazado las vías por las que después transitó en Atenas el pensamiento filosófico, que penetró todos los ámbitos de la ciencia. Anaxágoras, originario de la Clazomene de Asia Menor, perteneció a los precursores de una nueva filosofía de la razón, que con sus modelos de explicación racionalistas cuestionó radicalmente las tradicionales ideas cosmológicas y abogó por un escepticismo que conmovió los cimientos de las normas vigentes. La interrogación filosófica por el origen de todo lo existente y la búsqueda de las causas y trasfondos del desarrollo y de la muerte provocaron también una forma completamente nueva de analizar tanto el propio tiempo como el pasado, durante el siglo V, sometido a tantos reveses y cambios. Pero en vez de las explicaciones cosmogónicas apareció el examen analítico.

Ante un gran público de oyentes y de lectores, Heródoto (originario de Halicarnaso en Asia Menor) difundió en Atenas a lo largo de los años cuarenta sus investigaciones sobre las causas de las guerras médicas, sentando con ello las bases de una historiografía científica, cuya «paternidad» le atribuiría más tarde Cicerón (*pater historiae*). El ateniense Tucídides se convirtió en el segundo precursor de la historiografía con su exposición monográfica de la Guerra del Peloponeso. Su rigor metodológico y su capacidad analítica se convirtieron en modelo paradigmático para todos los historiadores posteriores.

La obra histórica tucididiana refleja asimismo una corriente intelectual que marcó la vida pública de Atenas más que ninguna otra durante la segunda mitad del siglo V. Los precursores de esta nueva tendencia del pensamiento filosófico fueron denominados sofistas («maestros de la sabiduría»). Comprometidos con las tradiciones de la antigua filosofía, su interés ya no se centraba preferentemente en la cosmología y en la doctrina de los elementos, sino que se dirigía a las personas y a su actuación en la vida práctica. A los sofistas les interesaba iluminar la vida con ayuda de la filosofía, que de este modo se proyectaba al ámbito pragmático, abriéndose al mismo tiempo a todos los temas sociales y políticos. Los sofistas se consideraban a sí mismos maestros que, con sus conocimientos y su consejo, ponían a las personas en condición de enfrentarse a cualquier situación vital imaginable. La *eubulía* («estar bien aconsejado») transmitida por ellos tenía que garantizar una vida afortunada y feliz. El conocimiento se convirtió así en mercancía: en consecuencia, respondía a la idea que los sofistas tenían de sí mismos el que cobrasen por su actividad docente, logrando con ello amasar grandes riquezas.

Los sofistas procedían de todas las zonas del mundo griego e iban de un lado a otro como maestros ambulantes. Sin embargo, en la segunda mitad del siglo V Atenas constituyó para ellos un especial punto de atracción. Protágoras (de Abdera, en la costa tracia) y Gorgias (de Leontini, Sicilia) difundieron aquí su doctrina, igual que Trasímaco (de Calcedonia, en el Bósforo) y Pródico, de la isla de Quíos. El carácter abierto y cosmopolita de la ciudad, pero sobre todo el campo de tensiones a que daba lugar la democracia radical y el afán de hegemonía, crearon el sustrato ideal para la sofística. Jóvenes de familias acomodadas corrían hacia los sofistas en bandada, pero también destacados políticos buscaban su cercanía. Al igual que Anaxágoras, Protágoras pertenecía al círculo más íntimo de Pericles. El hecho de que este le confiara en el 443 a. C. la elaboración de la Constitución y de las leyes de la recién fundada ciudad de Turi en el sur de Italia, muestra la gran influencia del nuevo pensamiento incluso en la política; una influencia que también podía volverse contra la democracia: así, en la fase final de la Guerra del Peloponeso, los atenienses Antifonte y Critias, cerebros dirigentes de la sofística, participaron activamente en las revueltas oligárquicas del 411 y del 404-403 a. C., hallando en ellas la muerte.

La sofística no se basaba en una doctrina única. Sus teorías eran tan diferentes y diversas como la procedencia de sus representantes, e incluían todos los ámbitos del saber, desde la matemática y la astronomía, pasando por la geografía y la historia, hasta llegar a lo que hoy conocemos como ciencias políticas y sociales. Lo que unía a los sofistas era un acercamiento pragmático al tema, consideraciones de utilidad y la acentuación de su aplicabilidad. Las preguntas por la «técnica» correcta a la hora de aplicar el saber en la vida cotidiana solían incluso sobreponerse a la auténtica investigación del objeto del conocimiento. Por eso también se les atribuía una enorme importancia, máxime si tenemos en cuenta que en la Atenas democrática el arte del debate y del discurso perfecto eran exigencias imprescindibles para poder salir airoso en la Asamblea Popular y ante un tribunal. Gorgias y Antifonte fundaron entonces la

retórica ateniense, que en el siglo IV alcanzó pleno florecimiento con oradores y políticos como Isócrates, Demóstenes y Esquines, y que crearía escuela para toda la retórica posterior.

También era común a la forma de pensar de los sofistas el partir radicalmente de la persona. La persona en cuanto sujeto que conoce se situó en el centro, y sus manifestaciones se convirtieron en el punto de partida del conocimiento. Es característica la sentencia (*homomensura*) de Protágoras: «El hombre es la medida de todas las cosas: de las que son, porque son; de las que no son, porque no son». La subjetividad de cualquier conocimiento así expresada potenció el escepticismo de la filosofía tradicional. Afirmar la relatividad de cualquier manifestación cuestionaba también de raíz la validez y obligatoriedad de las normas y leyes. Pero con ello no se estaba propugnando una ilimitada arbitrariedad, sino que se exigían nuevas motivaciones cuando era posible.

En cuestiones de religión, esta actitud condujo a un agnosticismo o a un nihilismo radical que negaba por entero la existencia de los dioses. Esto hacía tambalearse a los fundamentos de la polis que, a pesar de todo su secularismo, hundía firmes sus raíces en la religión. En Atenas se celebraban muchas más fiestas religiosas que en la mayoría de las otras polis. Había más de sesenta días festivos «estatales» al año; a ello se añadían innumerables celebraciones religiosas en los «demos», «fratrías» y en muchas otras comunidades. En la polis, la adoración de los dioses era omnipresente, tanto en la esfera pública como en la privada. Por ello, cuestionar o incluso negar a los dioses debió parecer a la mayoría de los ciudadanos una erosión del régimen fundamental del estado, de forma que algunos sofistas, sobre todo durante los enfrentamientos internos acaecidos poco antes del estallido de la Guerra del Peloponeso, fueron denunciados por *asébeia* (impiedad) y tuvieron que abandonar la ciudad para escapar a la condena de muerte.

Tal vez el trasfondo del tenso ambiente de Atenas tras la derrota en la Guerra del Peloponeso, de la que se hablará en el próximo capítulo, pueda explicar que en el 399 a. C. también Sócrates fuera condenado a muerte y ejecutado por impiedad y corrupción de la juventud. Desacreditado por sus enemigos como el peor de los sofistas, era sin embargo su más acérrimo antagonista. Aunque el propio Sócrates no redactara en persona obra alguna, al menos los rasgos fundamentales de sus enseñanzas pueden deducirse de los escritos «socráticos» de sus discípulos Platón y Jenofonte; y la comedia *Las nubes* de Aristófanes (estrenada el 423 a. C.) proporciona una imagen viva, aunque exagerada y satírica, de la aparición de Sócrates en Atenas. Con sus penetrantes preguntas, no solo atacó el relativismo ético y moral de los sofistas, sino que puso ante un espejo a toda la ciudadanía ateniense y la urgió a volver a ocuparse más de la esencia de las cosas. Sin embargo, el rigor de su pensamiento y su comportamiento provocaron tanta inseguridad en los atenienses, que muchos solo pensaron en librarse de él. Su proceso fue un escándalo, y así parecen haberlo vivenciado muchos jueces. El veredicto de culpabilidad se alcanzó por los pelos: 281 votos frente a 220. Pero cuando se trató de fijar la pena y Sócrates, en lugar de la condena a muerte exigida por los acusadores, solicitó la participación en las comidas en el Pritaneion —el máximo honor que podía conceder la polis—, 361 de los 501 jueces decidieron, posiblemente por enfado, la muerte mediante la copa de cicuta.

Tras la ejecución de Sócrates, Platón se convirtió en el albacea de la herencia espiritual de su maestro. En sus obras, escritas en forma de diálogos, pero también en sus conferencias no escritas, desarrolló sistemáticamente posturas contrarias a la sofística. Al igual que Sócrates, también él exigió la reflexión introspectiva en lo esencial y, con su teoría de las ideas, intentó profundizar con sentido en todos los

ámbitos de la vida humana. El núcleo de su actividad filosófica y de su atractivo para innumerables discípulos fue la *Akademía* fundada por él poco después del 387 a. C., una escuela situada en un parque que llevaba el nombre del héroe ático *Akádemos*, situada extramuros, al noroeste y a corta distancia de la ciudad. La Academia duraría más de novecientos años, aunque con algunas interrupciones; con el cierre decretado por el emperador Justiniano el año 529 d. C. se extinguió definitivamente en ese lugar la vida filosófica. Pero la filosofía de Platón, junto con la doctrina de su discípulo Aristóteles, que amplió decisivamente el edificio del pensamiento platónico con sus profundas investigaciones empíricas, seguiría constituyendo en el futuro la auténtica base del filosofar.

También en las artes preservó Atenas en el siglo IV su carácter ejemplar y su influencia. Ciertamente se recurrió con plena deliberación al arte del siglo V, que ya se apreciaba entonces como «clásico», y como tal idealizado. Pero esto no condujo a una parálisis o a la mera imitación, sino al desarrollo de un estilo muy personal, cuyas tendencias arcaizantes a finales del siglo IV —respondiendo al ambiente político de la época— se inspiraron en un periodo incluso anterior.

Durante las primeras décadas del siglo IV, la actividad constructora se centró primero en la reconstrucción de las murallas y fortificaciones de la ciudad, arrasadas tras la Guerra del Peloponeso. Después, a mediados del siglo, se inició una vasta planificación para reestructurar la ciudad, que se concluyó en los años treinta con un formidable programa de obras que había sido iniciado por el político Licurgo.

Fue entonces cuando recibió su forma actual el teatro de Dioniso, cuyos rasgos esenciales ya no variarían más tarde las reformas de los romanos; al sureste de la ciudad, al otro lado del Iliso, se erigió un gran estadio, y la Pnyx, la plaza de la Asamblea Popular, fue diseñada de nuevo con enormes muros de apoyo y reformada para darle un carácter representativo. Se quería de este modo resaltar el vigor inquebrantable de la democracia ateniense... Apenas una década antes de su ocaso.

UNA GUERRA MUNDIAL EN LA ANTIGÜEDAD:  
LA GUERRA DEL PELOPONESO

La firma en el año 446-445 a. C. del tratado de paz de treinta años no logró eliminar de raíz las auténticas causas de la rivalidad entre Atenas y Esparta. El encono por las ansias de poder político de cada una de las partes seguiría determinando en adelante la relación entre las dos grandes potencias y sus aliados; y la política de Pericles de los años cuarenta y treinta dio a los espartanos sobrados motivos para la desconfianza. La intervención en los enfrentamientos entre Corcira y Corinto por Epidamnos demostró con claridad que los atenienses se proponían aprovechar cualquier oportunidad que se les presentase para ampliar su esfera de influencia y demostrar la superioridad del poder ateniense, y que al mismo tiempo estaban dispuestos a contravenir, si no la letra, sí el espíritu del tratado de paz.

En estas circunstancias, la coexistencia pacífica de los dos bloques de poder, la Liga naval ática y la Liga del Peloponeso, se presentaba poco halagüeña. Por ello, Pericles, con plena deliberación, dirigió la política ateniense a finales de los años treinta a un conflicto abierto con Esparta. Esto acaso fuera también en parte una especie de huida a la política exterior, ya que por entonces la presión política en el interior sobre Pericles había aumentado considerablemente. Su rival, Tucídides, hijo de Melesias, había regresado a Atenas tras un exilio de diez años e intentaba oponerse de nuevo a él. Posiblemente fue él quien impulsó los procesos por ateísmo, cohecho y alcahuetería que se entablaron alrededor del 432 a. C. contra el filósofo Anaxágoras y el escultor Fidias, miembros prominentes del círculo más estrecho de amigos de Pericles, y también contra la esposa de este, Aspasia, procesos que en el fondo iban dirigidos contra el propio Pericles.

Cuando, en el 433-432 a. C, la tensa situación en el exterior se agudizó aún más, debió de suponer también una liberación en el interior, y Pericles impuso en la Asamblea Popular un acuerdo («psephisma de Megara») por el que a la potencia comercial de Megara, por entonces de nuevo miembro de la Liga del Peloponeso y estrechamente vinculada a Corinto, se le cerraban todos los puertos del territorio de la Liga naval ateniense, impidiéndole de esa manera cualquier actividad comercial en casi toda la zona del Egeo. Al mismo tiempo, Atenas lanzó un ultimátum a Potidea, una colonia corintia perteneciente a la Liga naval ática situada en la península más occidental de Calcídica, para que rompiera sus relaciones tradicionales con Corinto y demoliese todas sus fortificaciones. El objetivo de estas medidas provocadoras era más que evidente. Los atenienses intentaban acabar con las ambiciones de poder de Corinto, buscando al mismo tiempo debilitar el poder espartano. Los aliados de Esparta, y sobre todo Corinto, Megara y también Egina, se negaron a seguir aceptando por más tiempo la política ateniense y exigieron la guerra.

Al principio, los espartanos vacilaron, a pesar de que antes ellos mismos habían animado a Potidea a abandonar la Liga naval ática con la promesa de lanzar un ataque de advertencia contra el Ática. En el verano del 432 a. C, la amenaza de Corinto de abandonar la Liga del Peloponeso y buscar nuevos aliados forzó a decretar oficialmente la guerra, que ya no lograron evitar las últimas negociaciones del invierno siguiente. Por entonces la inclinación a la guerra era demasiado grande por todas partes, y el odio de muchos estados griegos a la hegemonía ateniense, demasiado profundo. En un discurso, Pericles presentó a sus conciudadanos muy drásticamente la intrincada situación: los atenienses corrían el peligro de perder su poder y quedar expuestos al odio que dicho poder les había acarreado. Pero tampoco podían renunciar por libre decisión a su

dominio, que se había convertido en una tiranía y, aunque instaurarla podría haber sido injusto, abandonarla sería muy peligroso.

Esparta supo aprovechar el muy difundido espíritu antiateniense y se convirtió en paladín de la liberación del mundo estatal griego de la supremacía ateniense. La exigencia espartana de *eleuthería* y *autonomía* («libertad» y «autodeterminación») para todas las polis surtió efecto al principio en muchas de ellas. Pero terminó por anquilosarse y convertirse en mera fórmula propagandística de una guerra en la que a todos los contendientes les interesaba únicamente consolidar y ampliar la propia hegemonía.

Ya en la Antigüedad los enfrentamientos entre los sistemas de alianzas ateniense y espartano entre los años 431 y 404 a. C. se denominaron «Guerra del Peloponeso». Pero este nombre induce fácilmente a confusión sobre las auténticas dimensiones de esta guerra, que en modo alguno quedó limitada a Grecia y al Peloponeso, sino que se extendió a casi todos los ámbitos del mundo mediterráneo de entonces. Todas las potencias dirigentes de la época se vieron arrastradas a esa «guerra mundial» de la Antigüedad que solo encontró un final provisional con la total derrota de Atenas en el año 404 a. C. y que tendría un epílogo de casi dos décadas de duración.

### *La guerra no resuelta*

Dado que desde años antes todos los indicios presagiaban guerra, los atenienses habían realizado amplios preparativos por si era necesario. Como apenas podían oponer fuerzas comparables al ejército de tierra de los peloponesios, muy superior, intentaron compensar su inferioridad militar terrestre rearmando su ejército naval. Al comienzo de la guerra, la flota ateniense disponía de más de 300 trirremes operativos y —pese a los contingentes navales espartanos, también muy cuantiosos— gozaban de amplia ventaja debido al mejor entrenamiento y armamento. Además, en la segunda mitad de los años treinta, los atenienses habían invertido grandes reservas financieras que se incrementaban continuamente gracias a los tributos de los aliados; los espartanos, por el contrario, tuvieron que comenzar exigiendo contribuciones de guerra a sus aliados.

La potencia militar de los dos bloques enemigos, muy distinta, respondía también a la estrategia y a la táctica de cada uno de ellos. Mientras que los espartanos intentaban decidir la guerra en tierra y trataban de golpear en el corazón al enemigo con ataques directos al Ática, Atenas, por consejo de Pericles, siguió una táctica de desgaste desde el mar. Esta tendía en lo esencial a perjudicar al enemigo con ataques rápidos desde el mar, pero sobre todo a interrumpir las comunicaciones comerciales, bloqueando las vías marítimas y cortando el abastecimiento al Peloponeso. Pericles, confiando plenamente en la superioridad de la flota ateniense, se lo jugó todo a una carta. Su cálculo incluía la entrega temporal del territorio ático. Por indicación de Pericles, el Ática fue evacuada, y su población tuvo que cobijarse detrás de las murallas de Atenas, que no solo rodeaban la ciudad y el Pireo, sino que encerraban también la zona situada entre ambos, formando un gran triángulo fortificado.

Todos los habitantes que vivían en campo abierto y en los «demos» más pequeños tuvieron que abandonar casas y granjas y, provisionalmente, ponerse bajo la protección de las fortificaciones de Atenas con unas pocas pertenencias. Todo el ganado fue trasladado a Eubea y a las islas de los alrededores. Esta ejecución coherente del plan de guerra de Pericles supuso una exigencia desmesurada para todos. Apenas cincuenta años después de la destrucción provocada por los persas, los atenienses tenían que volver a contemplar, cruzados de brazos, cómo su país y sus propiedades caían en manos de sus enemigos. A ello se añadieron las insoportables condiciones de vida en Atenas. La



ciudad se vio obligada a admitir de golpe una gran cantidad de habitantes. Miles de personas vivían apiñadas en un mínimo espacio, ocupando hasta el menor rincón libre dentro de las fortificaciones.

Los primeros años de guerra transcurrieron de acuerdo con el plan de Pericles. El modelo fundamental fue siempre el mismo: entre el 431 y el 425 a. C, tropas del Peloponeso invadieron año tras año el Ática durante la época de la cosecha, para devastar los campos y asolar todo lo que no había sido asolado en las campañas precedentes. El año 429 a. C. fue el único en que no se atrevieron a ir al Ática, debido a la epidemia que se había desatado allí, y en el 426 a. C. un terremoto impidió la campaña bélica anual. Con casi la misma regularidad, los ataques espartanos eran contestados con operaciones navales atenienses contra el Peloponeso. Como las tres primeras invasiones espartanas fueron dirigidas por el rey Arquidamo, los propios contemporáneos denominaron a esta primera fase de la Guerra del Peloponeso «guerra arquidámica».

La estrategia de Pericles sometió a la población ática a gravosísimas cargas físicas y psíquicas, que en el 430-429 a. C. aumentaron hasta lo indecible cuando una epidemia —probablemente la peste— estalló en Atenas y se llevó casi a la tercera parte de la población. A pesar de que la oposición a Pericles aumentaba, este consiguió que los atenienses siguiesen apoyando su postura. El descontento de la oposición se desahogó deponiendo a Pericles como estratega en el 430 a. C; pero en el 429 a. C. resultó reelegido, aunque ese mismo año falleció a consecuencia de la peste, igual que había sucedido antes a dos de sus hijos.

Para Atenas, la muerte de Pericles supuso una profunda ruptura histórica. Durante más de dos décadas había marcado el rumbo de la política de los atenienses, consciente de su poder, pero siempre con una visión clara de lo posible y factible. A su muerte, llegó al poder una nueva hornada de demagogos políticos que, en su mayoría, ya no procedían de las antiguas familias de la nobleza, sino que se habían enriquecido siendo empresarios e industriales, como Cleón, propietario de una fábrica de curtidos, o Nicias, que había hecho su fortuna en las minas de plata. Las intrigas de estos dos hombres marcaron la política ateniense durante la época posterior. Mientras que Nicias se contaba entre los defensores de continuar la tendencia moderada de Pericles, Cleón defendió con éxito en la Asamblea Popular ateniense un rumbo de la guerra ofensivo y casi brutal, para imponer sin consideraciones y a cualquier precio la pretensión de dominio de Atenas no solo frente a Esparta, sino también frente a sus propios aliados. Este nuevo rumbo se hizo público cuando, en el 428 a. C, la ciudad de Mitilene, situada en la isla de Lesbos, uno de los más poderosos aliados de Atenas, abandonó la liga naval, aunque un año después fue obligada a una capitulación incondicional. A instancias de Cleón, la Asamblea Popular decidió realizar un escarmiento ejemplar, matando a los hombres y vendiendo como esclavos a todas las mujeres y niños. Al día siguiente, tras un acalorado debate y solo con un voto escasísimo se «suavizó» esa decisión en el sentido de que «solamente» fueran ejecutados en Atenas los más de mil principales culpables.

Pericles siempre había prevenido a los atenienses de que no ampliaran su ámbito de poder durante la guerra. Pero, pese a sus advertencias, ahora se abrían continuamente nuevos escenarios bélicos. En el 427 a. C. enviaron un primer contingente de barcos a Sicilia para intervenir en una guerra contra la poderosa Siracusa, y en el 426 a. C. intentaron en vano poner pie en la Grecia central mediante una ambiciosa empresa naval y terrestre. La guerra adquiriría cada vez mayores dimensiones y forzó a los espartanos a ampliar sus acciones militares. Pero mientras los atenienses consiguieron mantener abiertas las vías marítimas, asegurando así el abastecimiento de grano y de alimentos,

los espartanos no lograban conseguir ningún éxito capaz de decidir la guerra. Es verdad que tampoco los atenienses lograban dar la vuelta a la tortilla en su favor. La situación, sin embargo, cambió cuando en el 425 a. C. los atenienses coparon a un contingente de hoplitas espartanos en la pequeña isla de Esfacteria, situada delante de Pilos. La paz estaba al alcance de la mano, ya que los espartanos cambiaron de actitud y ofrecieron renovar el tratado de paz y consolidarlo con una alianza común. Sin embargo, la mayoría de los atenienses, eufóricos por el éxito momentáneo, en lugar de darse por satisfechos con un arreglo pacífico, apostaron por una victoria total. Atendieron, pues, los consejos de Cleón, que abogaba por rechazar la oferta de Esparta y proseguir la guerra. Al principio, sus éxitos parecieron darle la razón: en escasos días una expedición naval a su mando obligó a capitular a los hoplitas espartanos de Esfacteria, que fueron conducidos a Atenas como prisioneros de guerra y sirvieron de prenda en futuras negociaciones con los espartanos. La amenaza ateniense de ejecutar a los prisioneros si se producían más ataques contra el Ática, puso fin por el momento a las invasiones anuales de los espartanos.

Este éxito fortaleció decisivamente la posición política de Cleón en Atenas. Halagado por los homenajes estatales, prosiguió impertérrito su política de guerra incondicional y se ganó para su causa a la asamblea popular ateniense, pues medidas populistas como el aumento del pago diario de dietas de dos a tres óbolos para los jueces consolidaron su prestigio. El aumento de los tributos de la liga naval de 460 a 1.460 talentos impuesto por él en el 425-424 a. C. («cálculo de Cleón») demostró su decisión de continuar la guerra a cualquier precio.

Los éxitos de los atenienses en las aguas del Peloponeso prosiguieron. Con la toma de la isla de Citera, situada delante de Laconia, en el 424 a. C., el bloqueo alrededor del Peloponeso se estrechó todavía más, tras haber establecido antes en Pilos un baluarte ateniense. Pero en el 424 a. C. los atenienses sufrieron una aplastante derrota en Delio, en la Beocia oriental, al fracasar lamentablemente su intento de provocar allí un golpe de Estado. Una expedición naval al mar Negro emprendida al mismo tiempo tampoco tuvo éxito. Los atenienses volvían a correr peligro de sobrevalorar sus fuerzas. Los espartanos, dándose cuenta de ello, lo aprovecharon abriendo otro frente en el sensible flanco norte del ámbito de poder ateniense, en la Calcídica y en la costa de Tracia. Allí enviaron a Brasidas, uno de sus generales más capaces, que se enzarzó con los atenienses en penosos combates. Cuando en el 422 a. C., Cleón y Brasidas, los protagonistas de la guerra, encontraron la muerte en una batalla ante las puertas de Anfípolis, el cansancio de la guerra cundió por doquier, tanto más cuanto que durante los años de guerra transcurridos los resultados habían sido más bien insatisfactorios para ambas partes, y Esparta, además, debía tener en cuenta que el 421 a. C. expiraba su tratado de paz con Argos, su adversario del Peloponeso. Por todo ello, en la primavera del 421 a. C. Atenas y Esparta, con la mediación de Nicias, volvieron a concertar una paz por cincuenta años («paz de Nicias»), cuyas regulaciones tenían por objeto restablecer la situación prebélica.

### *Entre la paz y la guerra*

Los atenienses podían sentirse satisfechos con la «paz de Nicias»: los espartanos habían renunciado al que había sido el objetivo declarado de la guerra, la disolución del sistema de alianzas ateniense, y habían aceptado sin limitaciones la hegemonía de Atenas, que incluso se amplió con algunas importantes posiciones estratégicas en el golfo de Corinto y en la costa occidental griega. En cambio, muchos de los aliados de Esparta, sobre todo Corinto y Beocia, vieron traicionados sus intereses, por los que

habían iniciado la guerra contra Atenas, y al principio se negaron a ratificar el tratado. El descontento por el comportamiento de Esparta fue tan grande, que la Liga del Peloponeso se disgregó, y se formó por iniciativa de Argos una contraalianza en la que participaron, además de Corinto y otros estados del Peloponeso, las ciudades calcídicas del norte.

Las relaciones de poder habían quedado completamente trastocadas. De los atenienses dependía ahora aprovechar la situación y consolidar su propia hegemonía con una política previsoras. Pero, al parecer, en Atenas reinaba entonces un sentimiento generalizado de exaltación. Respondiendo a la necesidad de la época de cercanía personal con los dioses, nuevos cultos experimentaron un insospechado florecimiento. El culto del dios sanador Asclepio fue introducido en Atenas en 421-420 a. C.; más o menos al mismo tiempo se fundó en Oropos el gran lugar de culto en honor del dios sanador Anfiarao. También se retomaron, o se comenzaron nuevos, numerosos proyectos de construcción en la ciudad y en el campo. Pero en política los atenienses no aprovecharon sus oportunidades para un nuevo comienzo constructivo. Tras diez amargos años de guerra, a muchos la idea de una colaboración más estrecha con Esparta debió parecerles inaceptable. Prevalecía la desconfianza... acaso por ambas partes. Las ideas sobre el rumbo futuro de la política ateniense eran demasiado divergentes, incluso después de la paz, como para imponer en la asamblea popular una línea planificada y continuada. En lugar de eso los atenienses se dejaron arrastrar una y otra vez por los demagogos a aventuras políticas irreflexivas.

Especialmente influyente fue la agitación política de Alcibíades, un sobrino de Pericles, que en el 420 a. C, recién cumplidos los treinta años, fue elegido estratega por primera vez. Perteneciente a la joven generación de familias ricas y distinguidas, en los años veinte había pasado por la escuela de la sofística y había desarrollado un distanciamiento escéptico del sistema político de la democracia ateniense. La irrupción de Alcibíades en la política se caracterizó por la ambición y la carencia de escrúpulos. Lo único que contaba para él era el poder y la influencia personales. Se perfiló como acérrimo rival de Nicias, entorpeciendo por todos los medios el acercamiento entre Atenas y Esparta. Con una hábil demagogia consiguió ganarse a los atenienses para firmar una alianza de cien años con Argos, Mantinea y Elis y aislar todavía más a la de por sí debilitada Esparta. Pero esta liga de estados apenas duró dos años, ya que fue derrotada en la batalla de Mantinea por los espartanos, que a continuación lograron restablecer su hegemonía en el Peloponeso.

Entre tanto, en Atenas seguían endureciéndose los enfrentamientos políticos, sobre todo entre Alcibíades y Nicias. Ninguno de los dos quería renunciar a su poder; y cuando en el 417 a. C. el político ateniense Hiperbolo inició un procedimiento de ostracismo para superar esa polarización, fue él mismo víctima de la ostracoforia. Para no verse obligados a abandonar el escenario político, los dos rivales, Alcibíades y Nicias, habían formado un cártel y habían dado a sus numerosos seguidores, organizados en asociaciones sueltas (*hetairíai*), las correspondientes instrucciones electorales. Esta manipulación del procedimiento del ostracismo constituyó un punto de inflexión. El arma del «tribunal de los cascotes» había perdido su filo, y nunca más se volvió a utilizar. Pero ese mismo fenómeno hizo ver a todos los atenienses con claridad meridiana las dimensiones y el poder de las «hetairíai». La ciudadanía se volvió extremadamente insegura y desconfiada.

El cargo de estratega, en el 417-416 y en el 416-415, permitió a Alcibíades seguir marcando el rumbo de la política exterior y practicar una política de desconsiderada ampliación del poder. Un ejemplo de la desenfadada voluntad de dominio fue el proceder contra Melos en el 416 a. C. La isla, que hasta entonces siempre se había

mantenido neutral, fue conquistada en plena paz sin razón aparente y transformada en una colonia ateniense, tras asesinar a todos los hombres y esclavizar a mujeres y niños. La mera voluntad de poder fue también el motor del compromiso militar en Sicilia, para el que Alcibíades consiguió convencer a los atenienses en contra de la decidida oposición de Nicias. No era la primera vez que las ambiciones atenienses apuntaban hacia el oeste; en la primavera del 415 a. C., más resueltos que nunca, se mostraron dispuestos no solo a proceder contra Siracusa, sino a someter a la isla entera. Más de 250 barcos, entre ellos más de 130 trirremes con más de 30.000 soldados en total, fueron puestos bajo el mando de Alcibíades, Nicias y Lamaco. Fue la mayor flota que jamás había aprestado polis alguna.

En Atenas las esperanzas eran altas, pero también los temores y miedos, vistas las dimensiones de la expedición siciliana. Muchos ciudadanos interpretaron como un mal augurio que, inmediatamente antes de zarpar la flota, fueran mutilados en una noche casi todos los bustos de piedra en forma de pilar del dios Hermes diseminados por toda la ciudad, en los cruces de caminos y en las puertas de las casas. Las sospechas se dirigieron sobre todo contra las fuerzas políticas organizadas en las «hetairíai», cuyas actividades fueron tachadas de antidemocráticas. En las investigaciones se lanzaron también acusaciones de impiedad contra los misterios de Eleusis, en lo que también debía de haber participado Alcibíades. Sus enemigos políticos hicieron suyos esos reproches, pero se negaron a presentar denuncia antes de la partida de la flota, pues confiaban en conseguir todavía más pruebas contra Alcibíades en su ausencia. El cálculo salió bien. Se produjeron numerosas detenciones e interrogatorios en los que acabaron concretándose las acusaciones contra Alcibíades, que a continuación recibió orden de regresar de Sicilia. Pero Alcibíades se libró del amenazador proceso mediante la huida. Cambió de bando y se trasladó a Esparta, donde en los años siguientes se convirtió en un importante consejero en la lucha contra su propia ciudad natal.

La expedición siciliana perdió así al auténtico cerebro de la empresa. Tras los éxitos iniciales, el tren de la guerra no tardó en detenerse, pues Siracusa había recibido ayuda adicional de los espartanos. Estos, por consejo del propio Alcibíades, enviaron al versado general Gylippos, que participó decisivamente en la aplastante derrota de los atenienses a finales del verano de 413 a. C. El ejército ateniense fue completamente destruido; los más de 7.000 hombres que lograron sobrevivir perdieron la vida en condiciones miserables en las canteras de Siracusa. Esta catástrofe arruinó definitivamente los planes arrogantes de lograr la hegemonía ateniense sobre el mundo griego occidental. Atenas siguió todavía casi una década enzarzada en una guerra con Esparta, que terminó con la total destrucción del poder ateniense.

### *El camino hacia la derrota*

Tras la destitución y el cambio de bando de Alcibíades, los atenienses siguieron aferrados sin vacilar a su rumbo expansionista. Sus empresas militares de los años 414 y 413 a. C. apenas le fueron a la zaga a las de los años cincuenta y comienzos de los cuarenta. A pesar de que la guerra en Sicilia continuaba con la misma fuerza y de que la flota de allí incluso aumentó en otros 75 trirremes, en el 414 a. C. los atenienses reanudaron también la guerra con los espartanos, y, dando apoyo al desertor de Caria, Amorges, se enemistaron al mismo tiempo con los persas. Los atenienses practicaban un juego peligroso, porque el conflicto con el Gran Rey no solo provocó el pago de cuantiosos subsidios persas a Esparta, sino que fortaleció también la tendencia a la sublevación entre los aliados poderosos y muy solventes de la costa de Asia Menor y de sus islas. Esto, a su vez, disminuyó la afluencia de dinero, que Atenas necesitaba más

que nunca a causa de los enormes esfuerzos armamentísticos.

La presión sobre Atenas se incrementó todavía más en el 413 a. C., cuando los espartanos volvieron a atacar el Ática por primera vez después de doce años. Esta vez, y gracias a los consejos de Alcibíades, la nueva ofensiva espartana trajo un cambio de táctica: como los efectos de las incursiones anuales eran de relativa poca importancia, los espartanos se establecieron ahora permanentemente en el Ática, en Decelia, situada en la pendiente suroriental del Parnes, donde erigieron un baluarte que les permitía controlar todo el territorio. Por eso los contemporáneos denominaron a la última fase de la Guerra del Peloponeso «guerra de Decelia» (diferenciándola de la «guerra jónica» que se desarrollaba paralelamente en el Egeo), en la que de lo que se trataba era la distribución del poder entre atenienses y espartanos.

La devastadora catástrofe de Sicilia, la presencia constante de tropas espartanas en territorio ático y los graves reveses militares en el Egeo colocaron a Atenas en el 412-411 a. C. en una situación precaria que provocó severas tensiones políticas internas. Las fuerzas antidemocráticas de Atenas vieron entonces una posibilidad de llevar a cabo por fin sus planes de cambio de régimen largo tiempo añorados. Con crímenes y asesinatos crearon un ambiente de miedo y de terror en la ciudad, preparando el terreno para la caída de la democracia. Atemorizada e intimidada por el terror de las *hetairíai* de tendencia oligárquica, la Asamblea Popular de Atenas votó en junio del 411 a. C. la introducción de un nuevo orden. Todos los cargos e instituciones democráticos fueron abolidos. Solo cinco mil ciudadanos quedarían en posesión de los derechos políticos, mientras que los asuntos de gobierno fueron confiados a un Consejo integrado por 400 miembros. Pero el gremio de los 5.000 ciudadanos de pleno derecho ni siquiera llegó a constituirse. Todo el poder de decisión residía exclusivamente en el Consejo de los 400, que los golpistas, naturalmente, habían cubierto con sus correligionarios.

A pesar de todo, este Consejo no logró mantenerse en el poder, ya que la esperada conciliación con Esparta no se produjo y los fracasos militares siguieron debilitando al régimen autocrático de los oligarcas. En la resistencia a los oligarcas gobernantes iba a jugar un papel importante la escuadra ateniense estacionada en Samos: allí se había formado casi un contragobierno democrático; todos los estrategas y trierarcas sospechosos de oligarquía habían sido relevados de sus cargos y sustituidos por los representantes de la oposición, entre los que figuraban Trasíbulo y Trasilo. Alcibíades, elegido también uno de los nuevos estrategas, llevaba mucho tiempo preparando su regreso a Atenas y, al principio, apostó por la carta oligárquica, pero después volvió a cambiar de bando y se unió a los demócratas en la flota de Samos.

En Atenas, mientras tanto, el movimiento antioligárquico tampoco permanecía inactivo. Durante el otoño del 411 a. C. fue derrocado en Atenas el gobierno de los «Cuatrocientos». Siguió el también corto interludio de un gobierno moderadamente oligárquico, en el que solo podían participar los ciudadanos de las clases superiores del censo. Finalmente, a comienzos del verano del 410 a. C. se puso también fin al llamado «régimen de los 5.000», que de hecho estaba formado por muchos más ciudadanos, y se restableció por completo la democracia. El golpe de Estado oligárquico y su superación habían puesto de manifiesto, por una parte, la debilidad del sistema democrático en situaciones extremas de crisis; pero, por otra, también su capacidad de resistencia.

La caída definitiva de la oligarquía fue consecuencia de la brillante victoria naval sobre los espartanos que la flota «democrática» al mando de Alcibíades logró en Cíclico. Siguió otros éxitos, que crearon las condiciones para el triunfal regreso a Atenas de Alcibíades (408 a. C.). Este les parecía ahora a muchos la garantía de la superioridad de Atenas en la lucha contra Esparta. Absuelto de todas las antiguas acusaciones, fue elegido por los atenienses *hegemón autokrátor* («general en jefe con plenos poderes»).

Pero el éxito político de Alcibíades iba a durar tan poco como el militar. En la guerra se encontró en el espartano Lisandro con un rival de su talla, que en una batalla naval entablada en Notion (al noreste de Samos) en el 407 a. C. le infligió una terrible derrota. Decepcionado por el fracaso, Alcibíades volvió a perder el favor de los atenienses y — apenas un año después de su regreso— fue derrocado de nuevo. A continuación, se retiró a sus propiedades en el Quersoneso tracio y finalmente, en el 404 a. C., tras una última huida, esta vez junto al sátrapa persa, fue asesinado por instigación de Lisandro y del régimen proespartano que gobernaba entonces en Atenas.

A pesar del creciente poderío de la escuadra espartana —sobre todo gracias al apoyo persa—, los atenienses seguían confiando en inclinar la guerra a su favor. Con un supremo esfuerzo, consiguieron volver a compensar las pérdidas sufridas en Notion y armar una nueva flota de más de 150 trirremes, que en el 406 a. C. logró una última gran victoria en las islas Arginusas, al sureste de Lesbos. Pero la victoria sobre los espartanos también acarreó graves pérdidas a los atenienses. La tormenta que sé levantó impidió a los estrategas salvar a los naufragos y recoger a los muertos, por lo que a su regreso a la patria fueron sometidos a un juicio escandaloso, que vulneró todos los preceptos jurídicos, en una Asamblea Popular instigada por los demagogos. Solo Sócrates, que apenas siete años después caería víctima de un asesinato legal no menos terrible, fue el único que alzó entonces su voz contra la condena de los estrategas.

Con la ejecución de los estrategas, los atenienses perdieron a sus mejores y más experimentados generales. Este debió de ser uno de los motivos de que, en el 405 a. C., su flota no lograra resistir un ataque sorpresa de Lisandro en el Helesponto, junto a Egospótamos, y fuera completamente aniquilada. Con su última escuadra, los atenienses perdieron el sostén de su «imperio marítimo», que cayó en manos de Lisandro como una fruta madura. Lisandro expulsó a miles de colonos atenienses de sus enclaves en las costas e islas del Egeo, obligándolos a refugiarse en su patria. El flujo de refugiados aumentó la penuria, ya de por sí grande, de Atenas. Con la misma reiteración, los espartanos habían interrumpido las líneas de avituallamiento vitales y necesarias para Atenas: el Helesponto estaba bloqueado y por las aguas situadas directamente ante la costa ática patrullaba una flota; y por tierra, el asedio espartano se cerró con la guarnición de Decelia y un ejército acampado al noroeste de la ciudad, junto a la Academia. A pesar de esta situación desesperada, políticos como Cleofón seguían dando consignas de resistencia y llegaron incluso a conseguir una resolución popular que prohibía hablar siquiera de condiciones de paz. Sin embargo, era una mera cuestión de tiempo que la hambrienta Atenas se viera obligada a someterse a la exigencia espartana de una capitulación incondicional. A principios de verano del 404 a. C, Lisandro consiguió entrar con su flota en el Pireo y apoderarse de la ciudad. El historiador Jenofonte escribe que se comenzó a «derribar con gran diligencia las murallas con el acompañamiento musical de tañedoras de flauta, en la creencia de que ese día significaba para la Hélade el comienzo de la libertad».

### *El epílogo*

El restablecimiento de la libertad y la autonomía de los estados individuales griegos proclamado por los espartanos tenía, en realidad, muy mal cariz. El rumbo político de Lisandro no dejaba muchas dudas sobre el escaso interés de Esparta en implantar un nuevo orden que tuviera en cuenta también los intereses de los demás estados, pues lo que se pretendía era construir un sistema de poder propio, en el que se integrarían los antiguos dominios atenienses. Paradójicamente, los atenienses se beneficiaron de esta política, pues los espartanos se opusieron al apremio de sus aliados —sobre todo

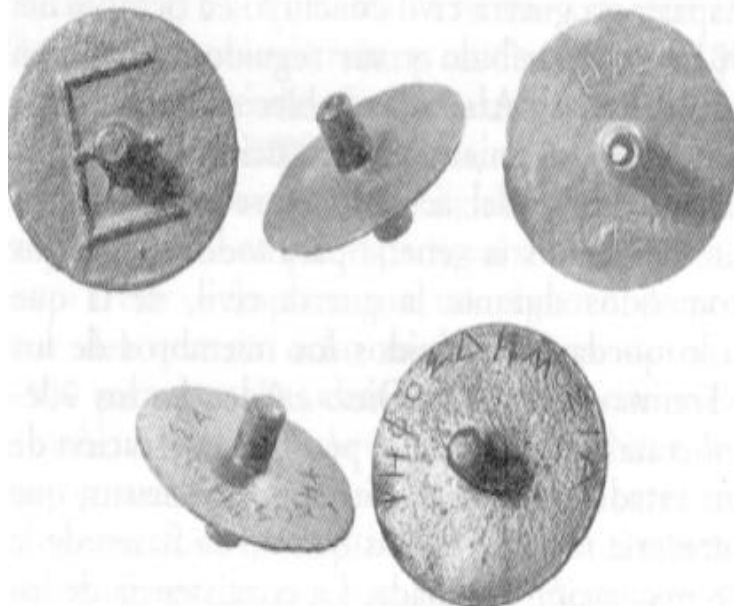
Corinto y Beocia— de aniquilar por completo a Atenas, esclavizar a todos sus ciudadanos y transformar la ciudad en campos de pastoreo. La subsistencia de Atenas le resultaba útil a la política de los espartanos, ya que una Atenas sometida a ellos podía ser utilizada como contrapeso a los esfuerzos de autonomía de las potencias griegas medianas.

De todos modos, a los atenienses solo les había quedado la existencia desnuda de su polis. Habían perdido todas sus posesiones exteriores, incluyendo sus tradicionales islas colonias de Lemnos, Imbros y Skyros, y en las condiciones de capitulación tuvieron que aceptar la demolición de sus fortalezas y la entrega de su flota. El poder gubernamental pasó a las manos de un gremio de 30 miembros compuesto exclusivamente por atenienses proespartanos, entre los que figuraban muchos de los participantes en el golpe de Estado oligárquico del 411 a. C. Estos «Treinta» coparon el Consejo y las magistraturas con sus secuaces y limitaron el derecho de ciudadanía ateniense a un grupo de 3.000 atenienses, compuesto exclusivamente por sus correligionarios. Con el respaldo de las tropas espartanas de ocupación, los «Treinta» implantaron un régimen de terror del que en ocho meses fueron víctima 1.500 personas. Las detenciones y ejecuciones arbitrarias estaban a la orden del día. No solo fueron asesinadas personas políticamente en desgracia; los «treinta tiranos» dieron también instrucciones de asesinar a ricos atenienses y metecos para apoderarse de sus propiedades.

Innumerables personas abandonaron su patria y huyeron a los estados vecinos. La indignación ante la permanente tutela de Esparta había provocado en esos estados un cambio en la opinión pública. Los aliados de Esparta —sobre todo los beocios—, que poco antes exigían la aniquilación de Atenas, apoyaron ahora con todos los medios a los emigrantes atenienses en su oposición al régimen proespartano de los «Treinta». En Tebas se congregó en torno a los atenienses Trasíbulo, Arquino y Anito un movimiento democrático de resistencia que, en el invierno del 404-403 a. C., logró ocupar la fortaleza fronteriza de Filé, en el norte del Ática, desencadenando desde allí una encarnizada guerra civil. La tropa, en sus inicios compuesta por apenas 70 combatientes, se incrementó rápidamente con el flujo constante y creciente de emigrantes. El número de combatientes superaba ya los 1.000 cuando, en la primavera del 403 a. C., los resistentes entraron en el Pireo. A pesar de que los «Treinta» fueron derrocados y sustituidos por un colegio gubernamental de diez personas dispuesto a la reconciliación, al principio no se alcanzó acuerdo alguno entre las agrupaciones proespartanas de la ciudad y los demócratas del Pireo.

Gracias a la mediación de Pausanias, rey de Esparta, la guerra civil concluyó en octubre del 403 a. C. Trasíbulo y sus seguidores entraron triunfantes en Atenas, restableciendo en la ciudad el ordenamiento constitucional democrático. La base del acuerdo entre ambas partes fue una amnistía general para todos los delitos cometidos durante la guerra civil, de la que solo quedaron excluidos los miembros de los «Treinta» y de los «Diez». Además, los «demócratas» tuvieron que permitir la creación de un estado especial oligárquico en Eleusis, que ofrecería un hogar a los que no se fiasen de la reconciliación acordada. La coexistencia de los dos estados áticos de Atenas y Eleusis fue regulada por contrato hasta el más mínimo detalle. Las indemnizaciones por la Guerra del Peloponeso se repartieron entre ambos estados, que también tenían que pagar por separado sus aportaciones a la Liga del Peloponeso. La muralla antigua, bien visible todavía hoy y que discurre a lo largo de más de 4 kilómetros entre Parnes y Aigaleos separando la llanura ática de la tracia, posiblemente señaló también entonces la división estatal del Ática. Lo que separaba a ambos estados no eran tanto las diferencias ideológicas como el odio y la desconfianza por las crueldades cometidas bajo el dominio de los «Treinta» y de los «Diez».

La política previsor de Trasíbulo y Arquino, que se empeñaron en un estricto cumplimiento de la amnistía, hizo que ya en el 401-400 a. C. se disolviera el estado de Eleusis y se consiguiese la reunificación política del Ática. Dado que a los espartanos se les había demostrado una ostensible lealtad, estos renunciaron a una intervención y aceptaron los hechos consumados.



Piedras de bronce para votar de las que se utilizaban en los juzgados. J. M. Camp, *Die Agora von Athen*, Philipp von Zabern Verlag, Maguncia, 1989, pág. 123.

Con el restablecimiento de la unidad de la polis, la democracia ateniense había superado con éxito su prueba más dura. Se mantendría otros ochenta años sin contestación, hasta que en el 322 a. C. sucumbió a la presión exterior de Macedonia. Durante ese periodo, la restaurada democracia demostró su estabilidad y su vitalidad. Las nuevas disposiciones constitucionales del siglo IV no provocaron cambios esenciales en las formas fundamentales de la democracia que se habían desarrollado en el siglo V. La amplia revisión legal acometida después del 403 a. C. y la reorganización del procedimiento legislativo, que fue transferida de la *Ekklesia* a un gremio especial de «nomotheten» [legisladores], no limitaron en lo esencial las competencias decisorias del conjunto de los ciudadanos. La mayor formalización de los trámites procesales, como, por ejemplo, la introducción de procedimientos de sorteo muy complicados para designar a magistrados y jueces, o la separación institucional de la presidencia en el Consejo y en la *Ekklesia*, no fue la expresión de un decadente anquilosamiento, sino que respondió a la voluntad de afinar los mecanismos de control, fortaleciendo al mismo tiempo la posición de la Asamblea Popular, para cuya asistencia se pagó desde los años noventa del siglo IV una dieta (*ekklesiastikón*). Ciertamente que existía una tendencia a la especialización y profesionalización en la política, entre otras razones heredada de la sofística, y que la actuación de los políticos profesionales ejerció su influjo en la cultura política cotidiana. Pero ni siquiera la creciente influencia del Areópago durante la segunda mitad del siglo IV cuestionó el principio de la soberanía plena de la ciudadanía ateniense ni la participación ilimitada de todos los atenienses en los procesos de decisión política. Y ya a la sombra de la supremacía macedonia, en la primavera del 336 a. C., la Asamblea Popular consolidó la democracia frente a intentos de derrocamiento oligárquicos y tiránicos con una ley específica.



La superación de la división interna en el 401-400 a. C, supuso también para los atenienses un importante requisito para recuperar a largo plazo una mayor libertad de acción en política exterior frente a Esparta. La amnistía, mantenida con coherencia, había eliminado tan ampliamente la desconfianza entre los antiguos bandos de la guerra civil que, para una gran mayoría, Esparta se tornó innecesaria como potencia garante del tratado de reconciliación. No obstante, los atenienses siguieron participando con lealtad en las acciones militares de la Liga del Peloponeso.

En Atenas, sin embargo, no habían renunciado del todo a la esperanza de recuperar lo que parecía definitivamente perdido en el 404 a. C; ya se vislumbraba que Esparta apenas sería capaz de preservar su propio ámbito de dominio y llenar al mismo tiempo de manera duradera el vacío de poder ocasionado por el derrumbamiento de Atenas. La guerra contra los persas, que los espartanos habían entablado desde el 400 a. C. en Asia Menor para librar a las ciudades griegas de allí de los ataques del Gran Rey, ofreció a Atenas una oportunidad de aproximarse a sus objetivos. A partir del 398-397 a. C., ambas partes intensificaron sus esfuerzos bélicos. Los persas extremaron sobre todo el armamento de su flota con el apoyo del ateniense Conón. Este había sido estrategia ateniense en la batalla de Egospótamos (405 a. C.) y, tras su derrota, había huido a Chipre para librarse de su inminente condena en Atenas. En Chipre se puso al servicio del Gran Rey, y en los años 396-393 a. C. tuvo una participación destacada como comandante en la guerra naval persa contra la flota espartana.

Ya en el 398-397 a. C. los atenienses, por indicación de Conón, establecieron sus primeros contactos con los persas, que se intensificaron cuando el rey espartano Agesilao marchó a Asia Menor al frente de un gran ejército. Por aquel entonces Atenas se había permitido ignorar por primera vez —al igual que Beocia, Corinto y Argos— el llamamiento a la guerra de los espartanos. Para contrarrestar el ataque espartano, los persas intentaron aprovechar el clima antiespartano difundido en Grecia, hacer estallar una guerra y levantar así un segundo frente contra Esparta. Afluyó gran cantidad de dinero del que también se benefició Atenas y que, en el 395-394 a. C, favoreció la confluencia de Beocia, Corinto, Argos y algunos otros estados, junto con su antiguo archienemigo Atenas, en la antiespartana «Alianza de Corinto», llamada así por el lugar donde se reunió. El núcleo de esta alianza militar fue un pacto defensivo que Beocia y Atenas concertaron en agosto del 395 a. C. Como en esos momentos Beocia ya se encontraba en guerra con Esparta debido a una disputa fronteriza en la Grecia central, la conclusión del tratado equivalía a una abierta declaración de guerra de Atenas a Esparta. Esto suponía la rescisión del tratado de paz del 404 a. C, y así lo demostró el hecho de que los atenienses, en el 395-394 a. C, comenzasen a reconstruir las fortificaciones de su ciudad.

El cálculo de los persas había salido bien. Para controlar la evolución de los acontecimientos en la metrópoli, los espartanos se vieron obligados a retirar de Asia Menor a Agesilao y a sus tropas. Durante su regreso a Esparta, Agesilao logró derrotar, en agosto del 394 a. C. en la Queronea beocia, a las tropas de la Alianza Corintia, que ya algunos meses antes había sido derrotada por las tropas del Peloponeso en el territorio fronterizo entre Corinto y Sicione, junto al arroyo de Nemea. Pero al mismo tiempo (agosto del 394 a. C.), Conón infligió en Cnido una aplastante derrota a la flota espartana, provocando el completo hundimiento de la hegemonía de Esparta en el Egeo. Este hecho hizo abrigar a los atenienses nuevas esperanzas, sobre todo después de que, en el verano del 393 a. C., Conón arribase al Pireo con una potente escuadra. Los atenienses le tributaron un recibimiento triunfal. Todos los reproches por la derrota de Egospótamos quedaron olvidados a la vista del gran número de barcos y de la cantidad de dinero persa que Conón facilitó generosamente para la reparación y la posterior

ampliación de las fortificaciones e instalaciones portuarias atenienses y para armar una nueva flota.

La guerra terrestre se concentró en la región de Corinto, donde los enemigos se enfrentaron durante años en una guerra de posiciones en definitiva infructuosa, por lo que también se denominó «Guerra de Corinto» a todo el acontecer bélico entre los años 395-394 y 387-386 a. C.

Los primeros esfuerzos de paz de los espartanos fracasaron en Sardes durante el verano del 392 a. C. por la resuelta oposición de la Alianza de Corinto. Los espartanos habían ofrecido a los persas la entrega de las ciudades griegas de Asia Menor, aunque exigiendo a cambio la autonomía de todas las polis griegas y del Egeo, con la esperanza de impedir de ese modo cualquier nueva concentración de poder antiespartano. Para Beocia, Argos y Corinto esto equivalía a una subordinación definitiva al mando espartano. Y para los atenienses una paz semejante habría supuesto el fin prematuro de sus renacidas ambiciones exteriores; pero sobre todo se negaban a aceptar la pérdida de todas sus posesiones exteriores, especialmente en las islas de Lemnos, Imbros y Skyros.

Medio año después, las ofertas de paz espartanas, que fueron presentadas a los atenienses en el invierno del 392-391 a. C. en una conferencia de paz celebrada en Esparta, eran ya más atractivas. Se reconocía el derecho de Atenas a las tres islas colonias y a la reconstrucción de sus fortificaciones y de su flota. Esto suponía de hecho una anulación del tratado de paz del 404 a. C. y la aprobación *a posteriori* de la política seguida por Atenas desde el 395 a. C.

Sin embargo, los atenienses rechazaron también esta oferta de paz, a pesar de la encendida defensa del político Andócides, que, en su calidad de miembro de la delegación ateniense, señaló expresamente a sus compatriotas en un «discurso de paz» que conservamos íntegro, que solo aceptando esas condiciones de paz podrían sentarse las bases para una futura política exterior poderosa de Atenas. La mayoría de los atenienses no quisieron darse por satisfechos con la oferta. Justo doce años después del desastre de la Guerra del Peloponeso, volvían a predominar las voces de los que exigían una vuelta de Atenas a la política de la Liga naval del siglo V, considerando la debilidad de Esparta una oportunidad para recuperar completamente el poder perdido. El hecho de que llegasen incluso a juzgar a sus embajadores por haber llevado mal las negociaciones y que estos tuvieran que huir para librarse de la condena de muerte habla claro de las exageradas expectativas de los atenienses.

Al igual que ocurriera en la última fase de la Guerra del Peloponeso, a lo largo de los años siguientes el acontecer bélico se fue trasladando paulatinamente a la zona del Egeo y del Asia Menor. Allí volvieron a endurecerse los enfrentamientos entre persas y espartanos; pero tampoco los atenienses dejaron la menor duda de su decisión de volver a practicar en el Egeo una política de poder independiente. En el 390 a. C, por iniciativa de Trasíbulo y bajo su dirección, se envió al Egeo una expedición de la flota ática que perseguía restablecer la supremacía ateniense en el Mediterráneo oriental, esforzándose por conseguir a toda costa la restauración del imperio marítimo perdido. Tras obtener grandes éxitos en el norte del Egeo y recuperar todas las polis de Lesbos, Trasíbulo arremetió contra las ciudades insulares y costeras jónicas, con la intención de restablecer también allí la hegemonía ateniense. Su proceder era coherente con los antiguos métodos políticos de la Liga naval ateniense: resucitó los instrumentos de la subversión constitucional, el acantonamiento de guarniciones y el nombramiento de supervisores, y volvió a introducir incluso los viejos aranceles comerciales. Trasíbulo extendió sus operaciones marítimas hasta muy dentro del espacio licio y panfilio, avanzando hasta las regiones situadas más allá de las islas Celidonias, que en el siglo V habían constituido las fronteras exteriores de la esfera de influencia ateniense. Y

después de que Trasíbulo hallase un final poco honroso el 389 a. C. en Panfilia, donde le dieron muerte los habitantes de la ciudad de Aspendos, sus sucesores, Agirio e Ifícrates, prosiguieron su obra en el mismo sentido.

Pero el año 387-386 a. C., la quimera del imperio marítimo ateniense halló un brusco final después de que el espartano Antalcidas, con apoyo persa y también siciliano, lograra hacerse con el control del Helesponto, y al mismo tiempo barcos de Egina y de Esparta bloqueasen las comunicaciones comerciales marítimas en el golfo Sarónico. La situación del año 405-404 a. C. se repetía: el bloqueo del Helesponto y del Pireo forzaron de nuevo la rendición de los atenienses. Estos tuvieron que aceptar las condiciones de paz que había negociado Antalcidas con los persas y que el Gran Rey impuso a los griegos reunidos en Sardes el año 387 a. C. («paz del Rey» o «paz de Antalcidas»). El Gran Rey reclamó para sí «las ciudades de Asia (...) y las islas de Clazomene y Chipre» y declaró autónomas todas «las demás polis griegas, tanto pequeñas como grandes». A los atenienses se les concedió al menos la posesión de las islas colonias de Lemnos, Imbros y Skyros; pero, por lo demás, se rechazaron tajantemente todo el resto de sus pretensiones hegemónicas en el Egeo.

Con el juramento de las condiciones estipuladas en la paz del Rey en una conferencia posterior celebrada en Esparta finalizó, en la primavera del 386 a. C., tras la guerra de Corinto, el largo epílogo de la Guerra del Peloponeso. El principio de autonomía para todo el mundo griego tenía que constituir la base de un orden de paz general (*koiné eiréne*). Con ello, la paz del Rey fue el primer intento constructivo de solucionar los conflictos políticos que ni siquiera el final de la Guerra del Peloponeso había logrado eliminar. El hecho de que tampoco esta solución, basada en una aceptación mutua, fuera duradera y fracasara una y otra vez debido a las ansias de poder de algunos estados, es harina de otro costal.

OTRO INTENTO  
DE RECUPERAR EL PODER:  
LA NUEVA LIGA NAVAL

Con la paz del Rey se había instalado en Atenas una visión más serena de las posibilidades de acción en política exterior. Los sueños de restablecer la antigua hegemonía por el momento habían concluido; ahora los atenienses intentaban organizarse de nuevo, ateniéndose a las condiciones marco de la paz del Rey. Pero esto no significó en modo alguno una paralización de la política exterior. Con el estricto mantenimiento de los compromisos aceptados en la paz del Rey, Atenas adoptó en política exterior un rumbo posibilista, pero intentando sondear los límites de lo factible. El arquitecto de esta nueva política fue Calístrato, del «demos» ático de Aphidnai. Él supo comprometer a los atenienses con una política que rechazaba en principio las exageradas veleidades de gran potencia, pero que aspiraba con buen tino a conseguir una posición dirigente en el concierto de las potencias. Mientras que los espartanos, remitiéndose a la cláusula de autonomía de la paz del Rey, lo apostaron todo a destruir cualquier concentración de poder antiespartano y a extender su propio ámbito de influencia a toda Grecia hasta Macedonia y la Calcídica con una deliberada atomización del mundo de la polis, los atenienses se esforzaron sobre todo por consolidar sus relaciones exteriores con los estados del Egeo oriental. Debido a su dependencia de las grandes rutas del comercio de cereales hacia el territorio del mar Negro y de Egipto, pasando por el Dodecaneso, Atenas estaba obligada a mantener su influencia en esta región hasta donde fuera posible, incluso después del 387-386 a. C.

Ciertamente la reanudación de las relaciones directas con las antiguas polis aliadas de la costa de Asia Menor era impensable, pero la autonomía que garantizaba a todos los demás estados la paz del Rey abría la posibilidad de seguir cultivando al menos los viejos vínculos entre Atenas y los estados insulares situados frente a la costa. Después de concertar una alianza con el reino tracio de los odrisios en el 386-385 a. C., renovando de esa manera los tratados concertados por Trasíbulo cuatro años antes, en el verano del 384 a. C. volvió a establecerse la alianza entre Atenas y Quíos, aunque ahora con expresa referencia a las regulaciones de la «paz del Rey» y la garantía de libertad y autonomía como base del tratado.

A comienzos de los años setenta, los atenienses lograron extender todavía más su red de relaciones exteriores. Partiendo de la paz del Rey, se concertaron acuerdos con Tenedos, Mitylene, Methymna, Rodas y Bizancio. Este recurso constante a la paz del Rey constituía no solo una garantía frente a la omnipresente política intervencionista espartana, sino que sirvió también para tranquilizar a Persia, que debía de seguir con recelo el nuevo auge de la influencia ateniense justo delante de la costa de Asia Menor.

Las indisimuladas aspiraciones hegemónicas de Esparta en los años ochenta y principios de los setenta propiciaron un mayor acercamiento con Atenas, incluso con la Tebas beocia. Las cláusulas de la paz del Rey le habían servido a Esparta para hacer pedazos al estado federal beocio, llevar al poder en las distintas ciudades a sus partidarios, e incluso estacionar una guarnición en Tebas el 382 a. C. Al igual que Tebas había apoyado a los atenienses en el 404-403 a. C., Atenas alentó a los tebanos en el 379-378 a. C. a oponerse al régimen proespartano en su patria, que fue derrocado mediante un golpe de mano. A pesar de los esfuerzos y la intervención de los espartanos, en los años siguientes Tebas logró resucitar la liga beocia bajo su égida, concebida únicamente para mantener su hegemonía y sentar las bases de su rápido, pero muy breve, incremento de poder durante los años sesenta. Atenas y Tebas, que

concertaron una alianza en el 378 a. C, formaron al principio una coalición común contra Esparta, que por entonces ya había tomado un rumbo de abierta confrontación con Atenas. Así lo puso de manifiesto el ataque relámpago contra el Pireo efectuado el año 378 a. C. por un contingente espartano al mando de Sphodrias, a pesar de resultar un completo fracaso.

Esparta endureció su actitud cuando, ese mismo año, Atenas se dispuso a englobar los tratados bilaterales concertados hasta entonces para convertirlos en un amplio sistema de alianzas unitario con una poderosa estructura organizativa. El órgano decisorio principal era un consejo federal (*synhédrion*) en el que cada estado miembro tenía un voto, pero en el que la propia Atenas carecía de representación; era la Asamblea Popular ática la que deliberaba sobre los acuerdos del consejo federal. Es decir, que *synhédrion* y *ekklésía* votaban por separado, aunque sus acuerdos eran mutuamente dependientes. Este procedimiento garantizaba a los aliados cierta independencia, pero dejaba a Atenas una clara posición de preeminencia.

Así, justo cien años después de la creación de la primera Liga naval ática, surgió la denominada «Segunda liga naval ática». El «documento» de esta Liga naval —un plebiscito de febrero-marzo del 377 a. C. con el que Atenas invitaba a todos los helenos y bárbaros, siempre que no fueran súbditos del Gran Rey, a ingresar en esa Liga— volvía a corroborar la voluntad de los atenienses de aceptar sin limitaciones las reglas esenciales de la convivencia política establecidas en la paz del Rey, garantizar la salvaguardia de la libertad y autonomía de todos los estados y no tocar las posesiones del Gran Rey en Asia Menor. A todos los estados deseosos de ingresar se les aseguró la libertad de tributos, de ocupación y supervisores extranjeros. A los atenienses se les prohibió cualquier adquisición de tierras en el territorio de los aliados. Este precepto llevaba la impronta inconfundible de Calístrato y suponía una clara adhesión al rechazo de los principios hegemónicos de la primera Liga naval. La idea era una hábil jugada en el juego de intrigas de las potencias rivales y apuntaba expresamente contra Esparta, que se había desvinculado con sus ansias de hegemonía y cuyo papel como defensora (*prostátes*) de la paz del Rey pensaba asumir ahora Atenas.

La nueva Liga naval cosechó un éxito extraordinario. A los pocos años, el número de sus miembros había ascendido hasta cerca de 70. Todos los intentos de Esparta de oponerse militarmente a esta evolución resultaron inútiles. Pero tampoco dieron fruto los esfuerzos de todos los implicados de crear un amplio orden de paz y seguridad (*koiné eiréne*) para todo el Mediterráneo oriental a lo largo de tres conferencias internacionales celebradas en el 375 y 371 a. C. mediante una renovación de la paz del Rey. El intento de conciliar los intereses entre los diferentes estados fracasó una y otra vez por las ambiciones de poder de cada uno de ellos.

A finales de los años setenta, fueron los esfuerzos hegemónicos de Tebas los que provocaron una nueva definición de la constelación de poder en Grecia, enterrando cualquier esperanza de estabilizar la situación. Con la destacada victoria en la Leuctra beocia sobre los espartanos el año 371 a. C., Tebas se convirtió en la nueva potencia hegemónica. En muy poco tiempo, y gracias a la habilidad militar y diplomática de sus ambiciosos políticos Pelópidas y Epaminondas, los tebanos lograron instalar en la Grecia central un sistema de alianzas muy estructurado. A comienzos de los años sesenta, Tebas extendió su zona de influencia hasta el Peloponeso y, tras la construcción de una flota propia, llegó incluso a poner los pies temporalmente en el Egeo oriental.

De este modo Tebas se convirtió en una amenaza para Atenas y Esparta por igual, lo que favoreció la voluntad de alcanzar un acuerdo pacífico entre estas dos potencias. Ya antes de la batalla de Leuctra, el político ateniense Calístrato se había esforzado por conseguir un acercamiento a Esparta. En el 369 a. C. se concertó una alianza formal

entre atenienses, espartanos y sus respectivos aliados, que recordaba en cierto sentido la alianza entre atenienses y espartanos del 421 a. C. Fue un intento de resucitar la política de las viejas potencias ante la aparición de nuevos protagonistas. Pero no se veía por ningún sitio una verdadera voluntad constructiva, de modo que los años sesenta estuvieron marcados por las rivalidades y por coaliciones continuamente cambiantes de potencias en lucha por la hegemonía. El desenlace de la batalla de Mantinea, en la que participaron casi todas las polis destacadas y que constituyó un punto de cristalización de las luchas por el poder en Grecia, se convirtió en el 362 a. C. en un símbolo de la aporía de la situación política: todos reclamaron para sí la victoria, y ambos bandos enemigos erigieron un trofeo.

En los años sesenta, la situación de Atenas había empeorado considerablemente. Cada día perdía más influencia en Grecia, y en el 366 a. C. incluso tuvo que aceptar la pérdida de todo el territorio de Oropos, que Tebas se anexionó. La rivalidad con Tebas repercutía también en la liga naval ateniense y en el poder de Atenas en el Egeo. En el 367 a. C. los tebanos, durante unas negociaciones celebradas en la corte persa, consiguieron atraer a su bando a Artajerjes II e imponer su exigencia de desmovilización de la flota ateniense. Era obvio que los atenienses rechazarían ofendidos dicha exigencia. Decepcionados por el giro persa, los enviados atenienses anunciaron que se buscarían un amigo distinto al Gran Rey. Y lo encontraron rápidamente en la persona del persa Ariobarzanes, sublevado por entonces contra Artajerjes II y que inauguró la serie de sublevaciones de sátrapas que durante la década siguiente perturbaron el ámbito de poder del soberano persa en Asia Menor y trastornaron las fronteras trazadas por la paz del Rey.

En el 366 a. C. los atenienses enviaron en apoyo de Ariobarzanes a su estratega Timoteo, un hijo de Conón, que en los años setenta había tenido una participación decisiva en la creación de la nueva Liga naval. Naturalmente, la gran expedición de la flota ateniense al Egeo no perseguía metas altruistas, sino que alimentaba la esperanza de fortalecer su propia posición de poder. No obstante, Timoteo recibió la orden estricta de atenerse a lo establecido en la paz del Rey. Los persas, por el contrario, habían vulnerado poco antes por primera vez la paz del Rey, cuando el vicesátrapa Tigranes acantonó una guarnición en Samos, traspasando con ello las fronteras territoriales fijadas en dicho tratado de paz. Este proceder ofreció a Timoteo el pretexto para sitiar y tomar Samos. Tras la conquista de la isla, los atenienses decidieron no anexionar a su Liga naval esta importante avanzadilla en el Egeo, sino transformarla en una colonia ática. Expulsaron a los habitantes y asentaron en la isla a dos mil colonos atenienses, a los que en las décadas posteriores siguieron varios miles más. Poco después se aplicó el mismo modelo a Potidea, a Sesto y al Quersoneso tracio. De este modo los atenienses se construían un ámbito de poder paralelo al de la Liga naval, que les permitía tener intervención directa sobre esta.

Desde el punto de vista formal, este proceder no constituía una ruptura de los acuerdos de la Liga naval, ya que la declaración de renuncia de Atenas a la creación de colonias solo se refería a los territorios aliados. No obstante, esta política debía por fuerza influir en la conducta de los aliados, tanto más que Atenas inició una política exterior más ruda, llegando a cobrar contribuciones y a estacionar tropas de ocupación en el territorio aliado. Aunque estas medidas se pudieran atribuir en cada caso a razones condicionadas por la situación, para los aliados el nuevo rumbo político exterior de Atenas resultaba ofensivo y debió de despertar malos recuerdos de los tiempos de la hegemonía ática en la primera Liga naval. Atenas caía cada vez más en el modelo de la política tradicional de la alianza naval del siglo V; en aquellos años, Calístrato no perdió su influencia por casualidad —al igual que otros de sus compañeros de lucha— y

finalmente acabó exiliándose para librarse de la inminente condena a muerte. Dentro de este contexto, no es de extrañar que entre los aliados del Egeo se extendiera una animosidad contra Atenas y un deseo de independencia, que recibieron un impulso adicional con la confrontación cada vez más aguda entre persas y atenienses en la zona del Egeo.

El peligro que esto suponía para los atenienses se tornó evidente cuando la recién construida flota tebana al mando de Epaminondas apareció en el Egeo en el 364 a. C. y no solo puso en aprietos a las posiciones atenienses en la Propóntide (mar de Mármara), sino que avanzó hasta aguas de Rodas y operó incluso en la costa continental de Caria. Además de Bizancio, ahora también Quíos y Rodas abandonaron a Atenas. Pero como tras la batalla de Mantinea, en la que Epaminondas encontró la muerte, la hegemonía tebana se desmoronó rápidamente, los tebanos tampoco pudieron aprovechar después del 362 a. C. sus «éxitos de ultramar». Bizancio, Quíos y Rodas ya no volvieron, sin embargo, al sistema de alianzas ateniense, sino que, en medio de los desórdenes de las sublevaciones sátrapas, prefirieron unirse al príncipe de Caria, Mausolo de Halicarnaso, que cosechó, como frutos maduros, los éxitos de Epaminondas. Por su parte, Mausolo, aprovechando el momento favorable, amplió su zona de influencia más allá de Caria, creando con Bizancio, Quíos, Rodas y Cos un nuevo sistema de alianzas que sería el pilar fundamental durante los posteriores enfrentamientos con Atenas.

Con Mausolo les surgió a los atenienses un peligroso rival, que, en competencia con Atenas, llegó a convertirse en portavoz del mundo griego en el Egeo oriental. Atenas no estaba dispuesta a contemplar cruzada de brazos los esfuerzos de este por extender su propio ámbito de poder más allá de Caria, hasta las islas de la costa egea. Así que los atenienses, con el ataque a Quíos emprendido el 356 a. C, iniciaron la «guerra de los aliados», que tuvo un final desastroso un año después: el entramado de relaciones político-exteriores en el Egeo, laboriosamente trazado en el pasado, se rompió. Finalmente, Atenas tuvo que conceder a Quíos, Rodas y Bizancio la independencia de la Liga naval, perdiendo con ello a unos aliados importantes. Solo la colonia de Samos pudo ser defendida con éxito y, desde entonces, constituyó una avanzadilla aislada en el sudeste del Egeo. En este momento, la influencia de los atenienses ya solo se extendía hasta las Cícladas y a zonas del norte del Egeo, que sin embargo muy pronto le serían disputadas por Filipo II, el nuevo rey de Macedonia, que mientras tanto —temido, odiado y también deseado por muchos— se había propuesto conseguir la hegemonía sobre el mundo estatal griego.

6  
LA INFRUCTUOSA LUCHA  
POR LA LIBERTAD:  
A LA SOMBRA  
DE MACEDONIA

El desenlace de la guerra de los aliados provocó un cambio de opinión política en Atenas. Las consignas de los que todavía defendían la antigua hegemonía ya no hallaban eco. Los éxitos en política exterior y todos los beneficios del auge económico de los años setenta se habían dilapidado en el transcurso de los años de guerra. Ya en el 374 a. C, los atenienses habían instaurado el culto a Eiréne, la diosa de la paz, y, poco más tarde, la estatua de Eiréne creada por el escultor Cefisodoto, padre de Praxíteles, que sostenía en su brazo a Plutos (la personificación de la riqueza), fue instalada en el Ágora. Pero las esperanzas depositadas en una paz y bienestar duraderos no se habían cumplido. Por eso, bajo la dirección del político Eubulo, Atenas, a partir del 354 a. C, cambió su rumbo político, centrándolo en la consolidación y estabilización de las condiciones económicas y sociales internas y, en política exterior, buscando una línea más bien defensiva, orientada a conservar sus posesiones. El núcleo de esta política fue una reorganización radical de las finanzas estatales. La caja que al principio solo servía para administrar los fondos destinados a la asistencia a los festivales de teatro (*theoriká*), fue unida a la caja de guerra (*stratíotikón*) para formar una caja central (*theorikón*), a la que afluían todos los excedentes del Estado y que acabó convirtiéndose en el más importante instrumento de dirección y control de la política financiera y económica de Atenas.

La dirección de esta caja fue encomendada a un grupo de funcionarios (*hoi epí to theorikón*), elegido por la Asamblea Popular cada cuatro años. A causa de sus amplias competencias y posibilidades de influencia, este cargo electivo evolucionó hasta convertirse en un cuerpo de dirección política que ofrecía a los políticos destacados la posibilidad de afianzar su posición en las instituciones, aunque con el control permanente del conjunto de la ciudadanía. De ese modo, Eubulo logró desarrollar, entre el 354-353 y el 339-338 a. C, una política que condujo a Atenas a una nueva etapa de prosperidad, testimoniada también por numerosos proyectos de construcción públicos. La reactivación de la economía aumentó las rentas públicas de 130 a 400 talentos.

Eubulo fortaleció también la infraestructura militar de Atenas y —al igual que haría después su «sucesor» Licurgo— forzó la ampliación de la flota, de forma que Atenas, con sus casi 400 trirremes, acabó disponiendo del mayor contingente de barcos de su historia, convirtiéndose de nuevo en la potencia naval griega más potente del momento. Pero supo también ser consecuente, y practicó una política exterior comedida, atenta a no volver a incurrir en los errores del pasado y que se limitó a asegurar y consolidar el poder que le quedaba a Atenas. De hecho, los atenienses evitaron cualquier nuevo compromiso militar en el sureste del Egeo. El año 351 a. C, y a pesar de la incitación de Demóstenes, mantuvieron sin vacilar la política de no intervenir en los conflictos internos de Rodas; y se aceptó sin protestar el ingreso de los estados insulares de Quíos, Cos y Rodas, antes aliados de Atenas, en un protectorado dominado por Mausolo y sus sucesores.

Frente a Macedonia, los atenienses adoptaron una actitud más bien expectante. En el 352 a. C., tropas atenienses participaron en el rechazo de un primer ataque macedonio contra Grecia central, y al mismo tiempo —aunque con escaso éxito— intentaron oponerse a las primeras invasiones de Filipo en Tracia y en el Helesponto. También el agresivo proceder de Filipo contra la Liga de ciudades calcídicas en el 349-338 a. C.



provocó solo, pese a las insistentes proclamas de Demóstenes, una reacción muy vacilante, de forma que los atenienses no lograron impedir la conquista y total destrucción de la ciudad de Olinto, por entonces aliada suya. Cuando más tarde, en el 346 a. C, se firmó la paz con Filipo por mediación del ateniense Filócrates, Atenas tuvo que contentarse con un reconocimiento del *statu quo* y renunciar a viejas reivindicaciones territoriales en la costa tracia. Tampoco se opusieron a la conquista macedonia de la Fócida, que procuró a Filipo voz y voto en el Consejo de dirección internacional de la Anfictiónía de Delfos y consolidó a Macedonia como potencia hegemónica en la Grecia central.

La «paz de Filócrates» no había logrado realmente calmar un ápice la situación, y Filipo, despreciando los acuerdos adoptados, prosiguió su ofensiva política hegemónica. Consiguió asegurarse el apoyo de partidarios promacedonios —como, por ejemplo, los atenienses Isócrates y Esquines— que lo consideraban un garante de la estabilización del mundo estatal griego, originando en las ciudades enfremamientos y agitaciones intestinos. Pero, en vista de la desenfrenada expansión macedonia, que amenazaba con perturbar el entramado de poder en todo el Mediterráneo oriental y acabar con las bases de la paz del Rey, a fines de los años cuarenta, los enemigos de Macedonia acabaron imponiéndose, y no solo en Atenas.

Demóstenes había abogado incansablemente por la creación de un frente antimacedonio en Grecia. Por fin, en el 341-340 a. C., consiguió reunir junto con su aliado Hipérides una alianza contra Filipo, en la que ingresaron, además de muchos estados griegos de la metrópoli, Bizancio y Abidos, y que recibió también el apoyo de Quíos, Cos y Rodas y, en consecuencia, el de Mausolo.

En el 340 a. C, con el asedio de Bizancio y el apresamiento de una flota de grano ateniense, Filipo provocó finalmente la declaración de guerra de Atenas. La política de Demóstenes consiguió un primer triunfo parcial con la victoriosa defensa de Bizancio, pero un año después —el 2 de agosto del 338 a. C.— fue derrotada en la batalla de Queronea, en Beocia. Los atenienses y sus aliados —sobre todo los tebanos, que poco antes se habían unido a la Liga helena antimacedonia— fracasaron definitivamente en su intento de impedir que prosiguiese la penetración de los macedonios en Grecia.

Tras la catastrófica derrota de Queronea, los atenienses se dispusieron, en un principio, a oponer resistencia, y pusieron a su ciudad en estado de alerta. Pero la confrontación militar no se produjo, pues Filipo, sabiendo de la situación insostenible de Atenas, le ofreció un tratado de amistad y de alianza muy favorable. Aunque los atenienses tenían que renunciar a sus posesiones exteriores en el Quersoneso tracio y disolver su Liga naval, conservaban sus islas colonias de Lemnos, Imbros, Skyros y Samos, así como la autoridad sobre Delos; además, se les volvía a adjudicar el territorio de Oropos. Atenas ingresó también en la «Liga de Corinto», en la que el 337 a. C. formaron una confederación casi todos los estados de la metrópoli griega y del Egeo bajo la égida del rey macedonio. Macedonia no pertenecía a la Liga, sino que solo estaba vinculada a ella a través de la persona del rey, al que correspondía el papel dirigente como «hegemon» electo. Con la creación de esa Liga, que se vinculaba a las formas tradicionales de la *koiné eiréne* reafirmada una y otra vez desde la paz del Rey, Filipo quería dar a su dominio sobre Grecia una justificación institucional y, al mismo tiempo, procurarse una base para su proyectada «campana de venganza» contra Persia, cuya realización acordó la Liga de Corinto inmediatamente después de su constitución, atendiendo a los deseos de Filipo.

La campana de Persia no había pasado de los primeros preparativos cuando, en el verano del 336 a. C., Filipo fue víctima de un atentado y le sucedió su hijo Alejandro. De repente se puso de manifiesto la fragilidad de la Liga de Corinto, que a los ojos de la

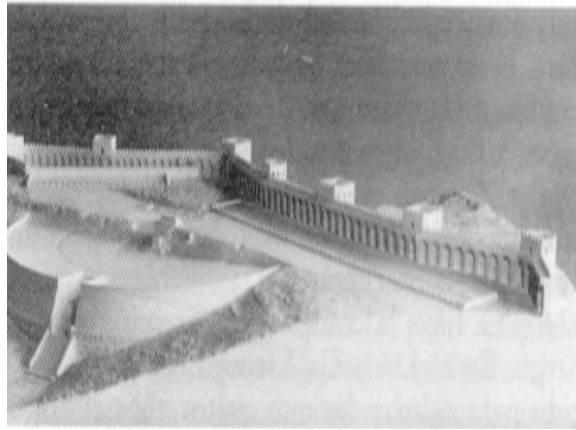
mayoría de los griegos no era más que un instrumento de dominación de los reyes macedonios. La oposición contra Alejandro se generalizó, sobre todo después de que cundiera el rumor de que el nuevo rey había caído en una campaña en Iliria. Demóstenes, a propuesta del cual el Consejo de Atenas había acordado ya un sacrificio en acción de gracias por el asesinato de Filipo, llegó a presentar un supuesto testigo ocular de la muerte de Alejandro en el campo de batalla para caldear el ambiente. Atenas, y sobre todo Tebas, se pusieron a la cabeza del movimiento antimacedonio, que se sustentaba en la convicción de que Macedonia no se encontraba en situación de volver a atacar a Grecia. Cuando la muerte de Alejandro se reveló falsa y el rey se plantó de improviso ante Tebas al frente de su ejército, ni una mano se movió en Atenas para apoyar a los tebanos decididos a resistir. Tebas fue destruida y la población superviviente esclavizada. Tras este castigo, en el 335 a. C. se desvaneció cualquier asomo de resistencia, y todas las polis se apresuraron a garantizar a Alejandro su lealtad.

A pesar de que los atenienses habían llegado muy lejos con su conducta, lograron también ahora salir bien librados. En las negociaciones se consiguió incluso hacer desistir a Alejandro de su ultimátum de entregar a los destacados enemigos de Macedonia, entre ellos Demóstenes y Licurgo. Alejandro necesitaba tener las manos libres para acometer la campaña contra Persia, para lo cual necesitaba a la flota ateniense. Razón suficiente para mostrarse indulgente con Atenas y benévolo con las demás polis de la Liga de Corinto. Pero la desconfianza mutua no había desaparecido. Por ello, Alejandro limitó de manera consciente la participación de tropas regulares griegas en el ejército movilizado para la campaña persa: de los 32.000 soldados de infantería y los 5.500 jinetes, los estados de la Liga de Corinto únicamente aportaban 7.000 hoplitas y 600 jinetes; en la flota tuvieron forzosamente una participación mayor, pues los macedonios no disponían aún de una marina digna de ese nombre. Para cubrirse las espaldas durante la campaña y prevenir posibles rebeliones, en el 334 a. C, Alejandro dejó atrás en «Europa» a su partidario Antípater como gobernador (*strategós*).

Para los atenienses estaba claro que, en aquellas circunstancias, no cabía seguir pensando en ofrecer resistencia abierta a Macedonia. Pero ello no fue óbice para que las relaciones con el soberano macedonio siguieran siendo muy tensas, sobre todo cuando la conducta de Alejandro con las ciudades griegas de Asia Menor demostró con claridad meridiana que la muy invocada libertad de las polis no era tal. Pero si se quería provocar a largo plazo un cambio de la situación, de momento había que seguir una política pragmática y posibilista, sin perder de vista el objetivo final. Y fue precisamente esta línea política la que siguieron de forma consecuente los atenienses hasta el 324 a. C. bajo la competente dirección de Licurgo. En el 336 a. C, Licurgo había sido elegido para ocupar durante cuatro años el cargo recién creado de «director de las finanzas del Estado» (*ho epí tē dioikései*) y aprovechó este cargo a lo largo de los doce años siguientes —primero como titular del mismo, después a través de delegados suyos— para ejercer una decisiva influencia en los destinos de Atenas («era de Licurgo»). Enlazando con la política financiera de su predecesor Eubulo, incluso logró aumentar los ingresos anuales del Estado a 1.200 talentos.

Con un amplio programa de restauración, Licurgo creó las condiciones materiales necesarias para sacar a su polis natal de la profunda crisis en la que había caído tras la derrota de Queronea. Era uno de los más importantes oradores de Atenas, y encareció a sus conciudadanos que reflexionasen sobre los tiempos de esplendor de Atenas. El recuerdo de los méritos de los antepasados debía servir para una renovación espiritual que luego se acompañó de un programa de obras de grandes dimensiones, ya desarrollado en parte bajo Eubulo. Atenas y todo el Ática fueron tan ricamente dotadas

de construcciones útiles y suntuosas como no sucedía desde la época de Pericles. Y este «rearme» moral se vio acompañado del militar. Las instalaciones portuarias y defensivas fueron renovadas y ampliadas, y el número de barcos de guerra alcanzó unas dimensiones desconocidas hasta entonces. Se reorganizó por completo la formación militar (*ephebie*) de los jóvenes atenienses, ampliándola a un servicio militar de dos años que los efebos, tras prestar juramento de fidelidad a la polis y a su ordenamiento estatal, realizaban primero en los cuarteles del Pireo, para después, durante el segundo año, dedicarse a servicios de vigilancia y patrulla en las fortalezas fronterizas áticas. Pero a pesar de que los atenienses disponían de un potencial defensivo extraordinariamente grande y de una poderosa fuerza de combate, a finales de los años treinta y comienzos de los veinte evitaron cualquier conflicto abierto con Macedonia. Incluso cuando Agis, el rey de Esparta, llamó en el 331 a. C. a la guerra contra Macedonia, y en Atenas se alzaron muchas voces en su apoyo, los atenienses —también por consejo de Demóstenes— se mantuvieron al margen, librándose así de la completa derrota que Antípater, ese mismo año, infligió al frente antimacedonio en Megalópolis.



Maqueta de la Pnyx (fase III, último tercio del s. IV a. C); American School of Classical Studies at Athens: *Agora Excavations*.

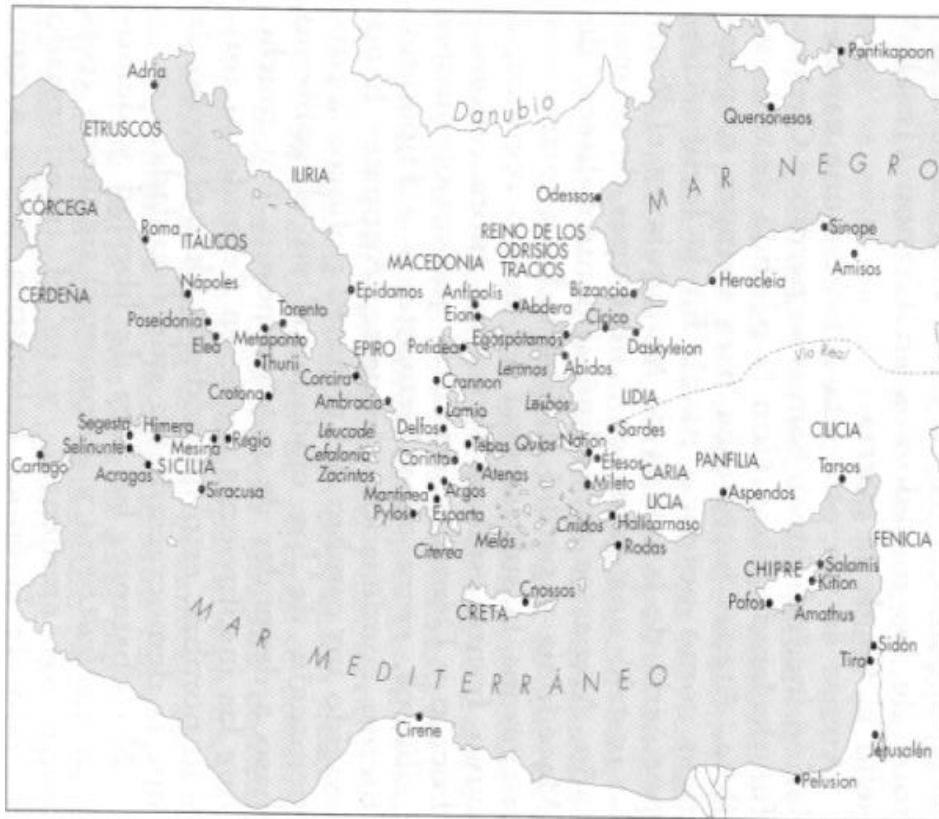
La situación cambió radicalmente en el 324 a. C, cuando Alejandro promulgó un edicto por el que obligaba a todos los estados griegos a readmitir a todos sus conciudadanos que vivían en el exilio. Este decreto de desterrados afectaba particularmente a Atenas, pues Alejandro había exigido también expresamente la liquidación de la colonia ateniense de Samos y la repatriación de los exiliados samios. Desde la conquista de la isla y la creación de la colonia en el 365 a. C, miles de atenienses se habían establecido allí. El inminente regreso de esta masa humana ponía a los atenienses ante problemas sociales y económicos de difícil solución. Por eso confiaron en hacer cambiar de actitud a Alejandro mediante negociaciones. Para granjearse sus simpatías, la Asamblea Popular ateniense —al igual que otros muchos estados de entonces— acordó aceptar la demanda de apoteosis de Alejandro y adorarlo como a un dios. Paralelamente, los atenienses intentaban distanciarse, aunque con cautela, de las actividades de Harpalos, el tesorero de Alejandro, que había huido de Babilonia a Atenas el año 324 a. C. con un ejército de mercenarios y un rico tesoro en plata, para librarse de rendir cuentas ante Alejandro. Considerado al principio por muchos como un atractivo refuerzo de la potencia bélica ateniense, Harpalos fue convirtiéndose cada vez más en una carga en las negociaciones con Alejandro. Pero, tras su detención, la exigencia de su entrega se evitó permitiéndole la fuga en circunstancias poco claras.

Como Alejandro se mostraba inflexible en la cuestión de Samos, y Atenas no estaba dispuesta a plegarse a su exigencia de desalojar la isla, la escalada del conflicto parecía inevitable. Por esa razón, los atenienses adoptaron todos los preparativos posibles y realizaron cuantiosas levadas de mercenarios. En el verano del 323 a. C. estaban preparados para la guerra, cuando se conoció la sorprendente noticia de la muerte de Alejandro. Ahora ya no se trataba solo de defender Samos: los atenienses proclamaron la libertad común de todos los helenos (*koiné ton hellénon eleuthería*) y llamaron a la guerra contra la potencia de ocupación macedonia. Bajo el liderazgo de Atenas se constituyó una nueva Liga helena dirigida contra Macedonia, en la que participaron casi todos los estados de Grecia central y también zonas del Peloponeso. El hecho de que Esparta y Beocia no participasen en esta Liga por miedo a que Atenas recuperase demasiado poder, no era más que una nueva muestra del viejo mal de la incapacidad del mundo de las polis griegas para alcanzar un compromiso de intereses duradero.

En otoño del 323 a. C. comenzó la «guerra helénica», que al principio tuvo un curso exitoso con el cerco de Antípater en Lamia, una ciudad de Grecia central (de ahí que se llamase también «guerra de Lamia»). Pero los aliados helenos habían subvalorado la firme resolución de los diádocos (los sucesores de Alejandro) de defender la herencia del macedonio. En la primavera del 322 a. C., Antípater logró romper el cerco de la ciudad sitiada. Los momentos decisivos sucedieron después, en verano, y en el mar. En dos batallas, Abidos en el Helesponto, y ante la isla ciclada de Amorgos, la flota ateniense fue completamente aniquilada. Y en agosto del 322 a. C. la victoria terrestre total de los macedonios en Cranon (Tesalia) selló el fin de la guerra.

Atenas se vio obligada a firmar una capitulación incondicional. Samos se perdió y Oropos fue declarado libre. Con la pérdida de toda su flota, Atenas sacrificaba para siempre su prestigio como potencia naval. En la fortificación portuaria de la colina de Muniquia en el Pireo se instaló una guarnición de tropas de ocupación, Atenas se subordinó al control directo de Macedonia y perdió su libertad. La guarnición aseguraba la subsistencia del nuevo régimen, a cuyo frente estaban ahora los filomacedonios Foción y Démades, mientras que sus oponentes políticos, entre ellos Demóstenes e Hipérides, fueron condenados a muerte. Antípater había exigido un cambio del régimen político: la participación de los ciudadanos en el gobierno pasó a depender de su patrimonio. Por mucho que las instituciones siguiesen llevando su antiguo nombre, esto no podía ocultar el hecho de que la democracia había sido liquidada.

No obstante, las ideas de libertad y democracia (*eleuthería* y *autonomía*) siguieron vivas entre los atenienses, y en el transformado mundo de la época helenística se iba a convertir de nuevo en una fuerza directriz fundamental de su actividad política.



El mundo griego en la época clásica

#### CRONOLOGÍA

- 594-593 Reformas políticas de Solón
- 546 Establecimiento de una tiranía por Pisístrato tras varios intentos
- 514 Asesinato del pisistrátida Hiparco por Harmodio y Aristogitón
- 510 Expulsión del tirano Hípias con ayuda espartana
- 508 Expulsión del arconte Iságoras y ejecución de sus seguidores
- 508-507 Comienzo de las reformas de Clístenes
- 506 Defensa exitosa contra los ataques de Esparta, Beocia y Calcis
- 499-494 Sublevación contra Persia de las ciudades griegas de Asia Menor
- 498 Intervención en la sublevación jónica
- 493-492 Temístocles, arconte; inicio de la ampliación del Pireo
- 490 Rechazo del ataque persa en Maratón
- 489 Fracaso de la expedición de la flota de Milcíades contra Paros
- 487 Primer proceso de ostracismo del conjunto de la ciudadanía; introducción del sorteo para el nombramiento de los arcontes
- 483 Comienzo del programa de construcción de la flota iniciado por Temístocles
- 480 Derrota de las Termópilas ante los persas; evacuación del Ática; devastación del Ática por los persas; victoria naval de Salamina
- 479 Victorias sobre los persas en Platea y en Micala, Asia Menor
- 478-477 Creación de la Primera Liga Naval Ateniense
- h. 467-466 Victoria terrestre y naval sobre los persas en Eurimedon (Panfilia)
- 462-461 Destitución del Areópago
- Desde 460 Ampliación de las empresas de la Liga naval en Chipre y Egipto; se inicia la construcción de las «murallas largas» entre Atenas y el Pireo
- 457 Hegemonía en Grecia central tras la victoria de Oinofyta

- 454 Aniquilación en Egipto de la flota de la Liga naval; traslado de la caja y de la administración de la Liga naval de Delos a Atenas
- 451 Armisticio de cinco años con Esparta
- 449-448 Paz con Persia (paz de Calías)
- 446-445 Paz de treinta años con Esparta
- 440-439 Guerra contra Samos
- 433 Alianza defensiva con Corcira contra Corinto
- 432 Conflicto con Potidea; bloqueo comercial contra Megara
- 431-404 Guerra del Peloponeso (guerra de Arquidamo: 431-421; guerra de Decelia y Jónica: 414/413-404)
- 430-429 Estallido de la peste; muerte de Pericles
- 421 Firma de la paz de cincuenta años con Esparta (paz de Nicias)
- 417 Último proceso de ostracismo
- 415-413 Expedición de Sicilia
- 413 Ocupación espartana de Decelia
- 411 Golpe de Estado oligárquico
- 410 Restablecimiento de la democracia
- 406 Victoria naval en las Arginusas
- 405 Derrota de Egospótamos
- 404 Capitulación; toma del poder oligárquica de los «Treinta»
- 403 Guerra civil; amnistía y división del Ática en un estado democrático y otro oligárquico
- 401-400 Reunificación del Ática en un estado democrático
- 395-386 Guerra de Corinto; reconstrucción de las fortificaciones y de la flota
- Desde 390 Ampliación de la posición hegemónica en el Egeo
- 387-386 Conclusión de la paz del Rey (paz de Antalcidas)
- 378 Creación de la segunda Liga naval Ateniense
- 375-371 Intentos de renovar la paz del Rey
- 369 Tratado de alianza con Esparta
- 366 Expedición de la flota de Timoteo; creación de una colonia en Samos
- 364 Bizancio, Quíos y Rodas abandonan la Liga Naval
- 362 Batalla de Mantinea
- 356-355 Guerra de los aliados
- 354-339 Liderazgo político de Eubulo
- 346 Conclusión de la paz con Filipo II de Macedonia (paz de Filócrates)
- 340 Constitución de la Liga Helena antimacedónica a instancias de Demóstenes; declaración de guerra a Filipo II
- 338 Derrota de Queronea
- 337 Ingreso en la Liga de Corinto
- 336-324 Liderazgo político de Licurgo Desde
- 334 Participación en la campaña de Persia de Alejandro Magno
- 324-323 Oposición al decreto de desterrados de Alejandro; asunto Harpalos
- 323 Muerte de Alejandro; nueva creación de una Liga Helena antimacedónica
- 323-322 Guerra Helénica (Guerra de Lamia)
- 322 Capitulación; acantonamiento de una guarnición macedónica en el Pireo; abolición de la democracia